

FAMSI © 2003: Laura Solar Valverde

Dinámica Cultural del Valle del Mezquital durante el Epiclásico



Año de Investigación: 2001

Cultura: Xajay

Cronología: Epi-Clásico

Ubicación: Valle de Mezquital, México

Sitio: El Zethé

Tabla de Contenidos

[Resumen](#)

[Abstract](#)

[Introducción](#)

[Evidencias de Interacción Interregional durante el Epiclásico](#)

[Las Figuras](#)

[Un marcador del Epiclásico](#)

[Algunos Contextos](#)

[Area Maya](#)

[Oaxaca](#)

[Xochicalco](#)

[Cerro de las Mesas](#)

[Hidalgo y Querétaro](#)

[Tula](#)

[Similitudes y diferencias entre los contextos](#)

[Ausencia de restos óseos](#)

[Restos humanos asociados](#)

[Indumentaria y parafernalia ritual](#)
[Características comunes entre las ofrendas](#)
[Interacción Social en el Epiclásico](#)
[Esferas de Interacción y Redes Distributivas en Mesoamérica](#)
[El Sector Norte de la Mesa Central](#)
[Valle del Mezquital](#)
[La Red Septentrional del Altiplano](#)
[Algunas Esferas y Posibles Traslapes](#)
[Esfera del Bajío](#)
[Blanco Levantado](#)
[Rojo sobre Bayo y Negro-Café Inciso/Esgrafiado](#)
[Esfera Septentrional](#)
[La Concurrencia de Vínculos Inmediatos en la Construcción de Redes](#)
[Macroregionales](#)
[Lista de Figuras](#)
[Referencias Citadas](#)

Resumen

El período Epi-Clásico (c.a. 600/700–900/1000 d.C.) la mayor parte fue de Mesoamérica, excepto por el Valle de México, un período de apogeo regional caracterizado por la interacción inter-regional intensa. Durante ese tiempo, una comunicación de redes intensas hicieron posible el acceso a mercancías lujosas similares a sociedades de regiones extremas dentro el territorio Mesoamericano, de la mayor parte del norte del Altiplano Central del Área Maya. Los lujos involucrados en esta red Pan-Mesoamericana incluye placas de jade figurativas de un estilo particular, turquesa, obsidiana Ucareo/Zinapécuaro y concha de ambas costas.

Navegando desde una perspectiva macro-regional a nivel regional, en este proyecto planteamos algunas de las redes de distribución que pudieron estar involucradas en el tránsito de estos productos.

Abstract

The Epi-Classic period (ca. A.D. 600/700–900/1000) was in most parts of Mesoamerica, except for the Valley of México, a period of regional apogee characterized by intense interregional interaction. During that time, an extensive communication network made possible the access to similar luxury goods to societies from extreme regions within Mesoamerican territory, from the northern-most part of the Central Plateau to the Maya Area. The luxuries involved in this Pan-Mesoamerican network include figurative jade plaques of a particular style, turquoise, Ucareo/Zinapécuaro obsidian and shell from both coasts.

Drifting from a macroregional perspective to a regional level, in this project we approach some of the distributive networks which may have involved the transit of these products.

Entregado el 7 de marzo del 2002 por:

Laura Solar Valverde

laurasolar@yahoo.com

Introducción

El periodo Epiclásico (c.a. 600/700-900/1000 D.C.) fue en casi todas partes de Mesoamérica, con excepción del Valle de México, un periodo de apogeos regionales caracterizado por una intensa interacción interregional.

Durante ese momento estuvo en funciones una red de comunicación que vinculó a sociedades asentadas en regiones extremas del territorio mesoamericano, desde la porción norte de la Mesa Central hasta el Área Maya. Esta red 'Panmesoamericana' se insinúa a partir de la generalizada dispersión de algunos objetos de lujo.

Entre estos objetos destaca la existencia de ciertas figuras de piedra verde, cuyas características peculiares, amplia distribución geográfica y relativamente limitada extensión temporal, las convierte en un excelente marcador de horizonte. A dicho fenómeno dedicamos la primera parte de este trabajo.

La dispersión de las figuras coincide además con la circulación de otros productos, como la turquesa, la obsidiana gris de Ucareo/Zinapécuaro y concha de ambas franjas costeras. La obtención de materiales de origen tan diverso sólo puede entenderse como resultado de la participación activa y dinámica de estas sociedades en un sistema macrorregional.

Al reducir la escala de nuestro análisis puede observarse a dicho sistema como un proceso integrativo y continuo espacialmente, donde los vínculos con regiones distantes derivan de la concurrencia de vínculos con regiones inmediatas. En la segunda sección de nuestro ensayo se esbozan algunas redes distributivas que posiblemente atañen al tránsito de los productos mencionados, desde una perspectiva interregional con énfasis en la porción norte del Altiplano Central, hasta una regional donde se subrayan aspectos del Valle del Mezquital.

Como se planteó en nuestro proyecto a FAMSI, nuestro objetivo es contribuir a reducir el número de 'espacios vacíos' que dificultan la percepción de Mesoamérica como espacio social antes que geográfico, y a su historia prehispánica como consecuencia de una estructura flexible, permeable y en permanente interacción. Lo anterior nos obliga a revalorizar el papel que jugaron los grupos humanos que habitaron en ella, como sociedades integradas en un marco de relaciones incluyentes, dentro de una

matriz social mucho mayor. En este sentido, la postura de algunos grupos como marginales o ajenos al desarrollo de Mesoamérica, ya no es fácilmente sostenible.

Evidencias de Interacción Interregional durante el Epiclásico

Hace ya cuarenta años, durante las exploraciones en Xochicalco que se desarrollaban bajo su dirección, el arqueólogo César Sáenz localizó una serie de ofrendas antecediendo la segunda etapa constructiva de la Pirámide de las Serpientes Emplumadas.

Lo singular de este hallazgo fue la presencia de ciertas figuras labradas en piedra verde que, llamando la atención del propio Sáenz, parecían compartir los mismos rasgos ([Figura 1](#) y [Figura 2](#)). Distribuidas en tres de los cuatro contextos principales registrados en ese edificio durante la temporada de 1962-63, las piezas estaban acompañadas de otros objetos peculiares como una vasija de tecali con decoración policroma al fresco, un caracol labrado y sartales de concha, en el caso de la Ofrenda 1, varios caracoles y cuentas de concha en el caso del Entierro 1 y cuentas tubulares y cuadrangulares de piedra verde, además de un par de orejeras del mismo material, en el Entierro 2.

En su reporte sobre estos hallazgos, Sáenz advierte que uno de los personajes representados en piedra verde guarda gran similitud con la placa hallada por él mismo al participar en las exploraciones del Templo XVIII de Palenque, en 1954 (Sáenz, 1956:8-9, Hirth, 2000:203) ([Figura 3](#)), además de con algunos objetos que forman parte de la colección Woods Bliss y que fueron ilustrados por Samuel Lothrop en su trabajo *Pre-Columbian Art* (1959, en Sáenz, 1963a:21-22).

Con respecto a estas últimas figuras, Lothrop sugiere una posible conexión con la cultura zapoteca y Sáenz añade que el tipo de decoración en el tocado que porta la mayoría de los personajes aparece en los jades de la altiplanicie de Guatemala y El Salvador, lo mismo que en la región olmeca (ibíd:22). Todo lo anterior lo lleva a proponer que "[...] debemos buscar su asociación con la región zapoteca y quizás también con las culturas que se encuentran más hacia el sur." (idem)

Sumando estos hallazgos a los realizados meses antes en el Edificio "C", donde también se conjuntaban pendientes de piedra verde, caracoles, cuentas de concha y placas del estilo que nos interesa, César Sáenz concluye que "Las nueve placas o pendientes de jade que encontramos y que proceden tanto de la Estructura C, como de la Pirámide de las Serpientes Emplumadas, nos indican la existencia e importancia de esta deidad en Xochicalco, puesto que todas ellas representan con ligeras variaciones, al mismo personaje." (Sáenz, 1963b:7)

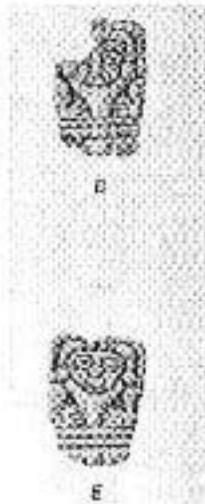


Figura 1. Sáenz, 1963a.



Figura 2. Tomado de Sáenz, 1963a.



Figura 3. Tomado de Sáenz, 1956.

A partir de los años treinta Alfonso Caso estuvo al frente de un amplio programa de exploraciones en Oaxaca. Con ayuda de varios investigadores se recorrieron y excavaron sitios tanto de la Mixteca como de los Valles Centrales, de esta última región principalmente Monte Albán (Bernal, 1965:793). John Paddock, quien participó en estos trabajos, reúne algunas de las interpretaciones alcanzadas durante más de treinta años de intervenciones en aquella zona en su obra *Ancient Oaxaca. Discoveries in Mexican Archaeology and History* (1966).

Mencionamos de manera especial la publicación de Paddock porque en ella se ilustra una gran variedad de piezas que son variantes del estilo descrito por Sáenz, la mayoría de las cuales actualmente forma parte del acervo del Museo Nacional de Antropología e Historia ([Figura 4](#)).

Paddock reproduce estos objetos pero no profundiza en su descripción ni menciona a qué contexto pertenecieron, aunque los atribuye a las fases Monte Albán IIIb, IIIb-IV y IV (1966:152, figs.159-165). La misma asignación temporal y escasos datos sobre su procedencia se desprenden del trabajo de Alfonso Caso sobre lapidaria oaxaqueña, publicado un año antes. En éste, Caso reconoce la similitud que guardan con piezas mayas contemporáneas (1965a:906-907), lo que puede observarse claramente en el trabajo de Robert Rands sobre jades de las tierras bajas mayas, que aparece en el mismo volumen (1965:569-573).



Figura 4. Tomado de Paddock, 1966.

Nadie niega que existieron vínculos entre Xochicalco, los Valles Centrales de Oaxaca y el Área Maya, pero tampoco sobran elementos para reflexionar sobre qué tan estrechos llegaron a ser y qué matices adoptaron en el aspecto social, rebasando el valor comercial de los objetos compartidos. Es precisamente en ese sentido que pueden resultar de utilidad las piezas y contextos que motivaron este trabajo.

Sorpresivamente su rastreo nos lleva más allá de estas regiones, hasta sitios y contextos tan lejanos geográficamente y en apariencia tan ajenos culturalmente, que valdría la pena revalorar su papel dentro del dinámico mosaico mesoamericano.

César Sáenz es uno de los primeros investigadores en exponer con detalle el contexto en el que fueron encontradas las piezas. La importancia de sus publicaciones radica en reconocer la similitud de los rasgos representados, de manera que pueden considerarse no sólo dentro de un mismo estilo, sino incluso asociados a una deidad específica, a cuyos atributos se suman los objetos con los que suelen compartir un contexto arqueológico.

Años antes de los hallazgos en Xochicalco se había documentado la existencia de estas piezas en lugares como Tula, Monte Albán, Palenque, Veracruz, Chichén Itzá y diversos sitios en Centroamérica (véase Ringle *et al*, 1998; McVicker y Palka, 2001); incluso Ramón Mena, como Jefe del Departamento de Arqueología, había publicado un catálogo de los objetos de jade que albergara en sus bodegas el entonces Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnografía, en el cual se ilustran varios ejemplos (1990 [1927]:láms. 2, 5, 13). Ahora sabemos que además existen ejemplares en otros lugares de Hidalgo, en Querétaro, Estado de México, Guerrero y la Mixteca, por ejemplo, y que abundan en los sitios de las tierras mayas del sur.

Las Figuras

¿Cómo son, y cuáles son los rasgos que comparten para incluirlas dentro de un mismo estilo? Como puede observarse en las ilustraciones que acompañan a este texto, se trata de placas de piedra verde,¹ muchas veces con perforaciones que las convierten en pendientes, y que mediante la técnica del bajo relieve retratan la imagen frontal de un personaje antropomorfo.

El personaje presenta los ojos² y la boca abultados, porta orejeras, además de un tocado que puede variar en complejidad. Frecuentemente lleva pegado al cuello un sartal de cuentas circulares. Cuando la figura se representa completa muestra a un individuo de pie o hincado "[...] con las manos levantadas en actitud ritual sobre el pecho [...]" (Sáenz, 1963a:21, ver también Hirth, 2000:203). Algunas veces sosteniendo entre ellas un objeto circular.

¹ Con frecuencia se hace referencia a la piedra verde con el nombre de "jade", pero son en realidad muchas las variantes de acuerdo con su estructura y composición química: "jadeíta", "nefrita", "actinolita", "cloromelanita"... pueden sostener a simple vista una gran similitud y el hecho de que la apariencia del material varíe incluso al interior de un mismo yacimiento (Easby, 1961:79), dificulta la detección de su lugar de procedencia.

² Muchas veces dan la impresión de estar cerrados, lo que hace suponer a algunos autores que se trata de la representación de un muerto (Acosta, 1955:153; Zeitlin, 1993:134). Esto no es definitivo, puesto que los personajes muestran en general posturas dinámicas, se encuentran de pie o sentados en "flor de loto" y las manos las sostienen a la altura del pecho (i.e. piezas ilustradas por Rands, 1965:571-573).

Como afirman William Ringle, Tomás Gallareta y George Bey, estos jades muestran un conjunto sorprendentemente restringido de atributos (1998:203), siendo el tocado uno de los más significativos. Dichos autores han diseñado una clasificación preliminar en cuatro grupos principales a partir de placas procedentes de Chichén Itzá, Xochicalco, Monte Albán y Tula, que incluye "Hombres con un espejo circular u ornamento en el centro del peinado"; "Hombres con tocado sosteniendo un par de rostros humanos o de serpientes mirando en direcciones opuestas"; "Hombres con tocado de 'fauces de monstruo'", y "Señores sentados inclinándose hacia uno u otro lado" (Ringle *et al*, *ibíd*:203, fig. 20, véase también McVicker y Palka, 2001).

En el primero y más sencillo de esos casos el tocado muestra un detalle al centro de la frente del cual salen dos o más bandas, algunas veces rizadas, que descienden rodeando la cabeza hasta rematar en las orejas o a la altura de ellas. En el segundo puede apreciarse el perfil de cabezas de serpiente o antropomorfas a cada lado del tocado. En el tercer caso el personaje se representa de frente y su cabeza "[...] emerge de un casco con efigie de serpiente [...]" (Winter, 1994:165). En el último se ilustran verdaderas escenas donde la figura principal se sienta a la usanza oriental y porta un tocado de rasgos serpentinos que se muestra de perfil.

Las diferencias en la complejidad del tocado, que hacen ver a unas y otras figurillas como radicalmente distintas, pensamos se debe a que los niveles de abstracción varían, desde una precisión y realismo casi barrocos, hasta un alto grado de simplificación que reproduce únicamente los rasgos mínimos esenciales. Coincidimos con Ringle, Gallareta y Bey (a propósito de las placas de Chichén, 1998:203) en que la mayoría de los tocados tienen rasgos que se remiten a una alusión serpentina (véase también McVicker y Palka, 2001:183).

A pesar de la asombrosa extensión geográfica que abarca la distribución de estas placas, no se ha resuelto hasta ahora cuál es el lugar o lugares de los que provienen, en mucho debido a nuestro desconocimiento sobre el total de yacimientos de piedra verde disponibles en México y sus características particulares.³ De este modo, generalmente son interpretadas como piezas alóctonas y sólo estilísticamente se les relaciona con determinada región (Hirth, 2000:203).

³ Sobre la nefrita Ramón Mena señala su existencia en los estados de Guerrero, Oaxaca, Chiapas, Zacatecas, Morelos e Hidalgo (Mena, 1990 [1927]:1, 76-77). Respecto a la jadeíta el mismo autor añade que aparece en la Mixteca y en el Estado de Morelos, cerca de Xochicalco (*ibíd*:5). Por su parte, Tatiana Proskouriakoff asegura que la nefrita no se localiza en América Media, y que fue jadeíta el mineral tanpreciado en la época prehispánica. Citando a diversos autores nos dice "[...] William Niven encontró nódulos de jadeíta en los ríos del Oro y de las Balsas en Guerrero [...]" y "Servin Palencia menciona una mina en Zacatecas y anota que el jade se obtiene en los estados de Querétaro y San Luis Potosí. En el área Maya, sólo un depósito de jade se ha reportado [...] descubierto por Robert Leslie en el Manzanal, en el Valle de Motagua". Sobre el trabajo de Mena agrega que tal vez no ha sido confirmada la existencia de los yacimientos que él propone y, por último, refiriéndose a la serpentina dice que ésta puede obtenerse en Guatemala y Belice, entre otros varios puntos en México (Proskouriakoff, 1974:1-2). Para más información sobre este material y su talla se recomiendan: Easby y Easby, 1956; Foshag W. F., 1957; Rands, 1965; Digby, 1972; y Pastrana, 1991.

Un marcador del Epiclásico

Al decir en nuestra introducción que el rastreo de las figuras nos lleva hasta "sitios y contextos tan lejanos", vale la pena especificar que hablamos en términos geográficos y quizás 'culturales', pero no cronológicos. De una buena parte de las piezas que hemos identificado se desconoce procedencia, muchas veces pertenecen a coleccionistas, se encontraron aisladas, o el contexto del que formaban parte no fue registrado con detalle o no favorece la asignación de una temporalidad específica... sin embargo, pensamos que *el fenómeno de su amplia distribución* puede circunscribirse a un espacio temporal más o menos preciso, por dos razones. En primer lugar, el fechamiento absoluto o relativo de aquellas piezas que lo permiten, coincide en un rango cronológico que abarca aproximadamente del año 650 D.C. al 950 D.C., es decir, finales del Clásico Medio a principios del Postclásico Temprano (véase también McVicker y Palka, 2001:183). En segundo, resulta significativo el encontrar ejemplares de este tipo en sitios que, a pesar de sostener una continuidad ocupacional prolongada, experimentaron un periodo de auge en estos siglos. De este modo, podría considerarse al estilo de estas placas con sus variantes regionales, como un marcador de horizonte.

El Epiclásico⁴ es un momento noble para los estudios sobre interacción, y la razón es muy simple. En el lapso inmediatamente anterior, el Clásico, casi cualquier rasgo que pudiera considerarse panmesoamericano es comúnmente asociado con Teotihuacán, como foco responsable de todo proceso que tuviera como consecuencia la distribución generalizada de bienes. Y aún antes, hacia el Preclásico, la mayoría de los estudios persiguen discernir la complejidad alcanzada por los grupos humanos más que los vínculos existentes entre ellos.

El primer caso desde luego tiene un fundamento lógico, y es el hecho de que para su época Teotihuacán se hallaba a la cabeza de una estructura social macrorregional de impresionante alcance. De extrañar sería que, siendo la ciudad más importante y vínculo estratégico entre regiones extremas del territorio mesoamericano, la creación y dispersión de elementos le resultaran ajenas o le pasaran desapercibidas, pero es necesario tener presente que "no todo lo que aparece en Teotihuacán puede considerarse un rasgo teotihuacano", como lo señalara John Paddock en 1966 (1972a:225), y por lo tanto, que muchos de los elementos que efectivamente forman parte del acervo rescatado en Teotihuacán pueden encontrarse ahí precisamente por estar generalizados y ser propios de la época, en palabras de Paddock, "un estilo propio de los tiempos teotihuacanos en toda Mesoamérica, y Teotihuacán participa como los demás centros [...]." (ibíd:227)

Igualmente sería absurdo negar que el sistema teotihuacano fue innovador de un sinnúmero de rasgos culturales, además de sostener y transformar otros que le antecedieron; proceso que también ocurrió a su caída. Es importante destacar esta

⁴ Este lapso, como fue propuesto por Jiménez Moreno (1959:1063), abarca específicamente los siglos comprendidos entre 600/700 D.C. y 900/1000 D.C. Nos referiremos con frecuencia al "Clásico Tardío", respetando de ese modo la mención original de los autores, pero es importante aclarar que en términos cronológicos, son básicamente equivalentes.

continuidad porque muchos de los aspectos que aquí observamos durante el Epiclásico son herencia de siglos anteriores.

Algunos Contextos

Para arribar de lleno al posible significado de las figuras y las implicaciones de su distribución, consideramos importante puntualizar en las regiones donde aparecen y, en caso de existir información, los contextos de los que formaron parte.

Area Maya

Una muestra numerosa de estas piezas fue extraída del Cenote Sagrado de Chichén Itzá ([Figura 5](#), [Figura 6](#) y [Figura 7](#)). A pesar de lo difícil que es arribar a conclusiones con piezas que fueron desligadas de su contexto original, Tatiana Proskouriakoff llevó a cabo la extraordinaria tarea de analizar los objetos recuperados por la Institución Carnegie de Washington en ese lugar y publicó un trabajo que rebasa la labor exclusiva de catalogación (Proskouriakoff, 1974). En él, la autora hace una clasificación preliminar de los objetos para distinguir temporalidad y procedencia, considerando como variables principales los motivos y representaciones, formas y arreglo, y técnica de manufactura.

Independientemente de las diferencias impresas por cada fabricante Proskouriakoff observa en el conjunto la aparición, transformación y declinación de ciertas técnicas, y un análisis comparativo de monumentos, esculturas y contextos le permite proponer una secuencia cronológica para este desarrollo.

En dicha evolución, a partir del Clásico parece adoptarse y generalizarse el manejo de implementos mecánicos que permitieron lograr un efecto más nítido y estandarizado al delinear motivos, y mayor precisión en los trazos curvos (Proskouriakoff, 1974:9).

Como parte de esta innovación tecnológica se observa el uso de perforadores o taladros tubulares, que dejan huellas muy particulares consideradas uno de los principales indicadores cronológicos del Clásico Tardío (Digby, 1972:24; Proskouriakoff, *ibíd*:13).



Figura 5. Tomado de Proskouriakoff, 1974.



Figura 6. Tomado de Proskouriakoff, 1974.

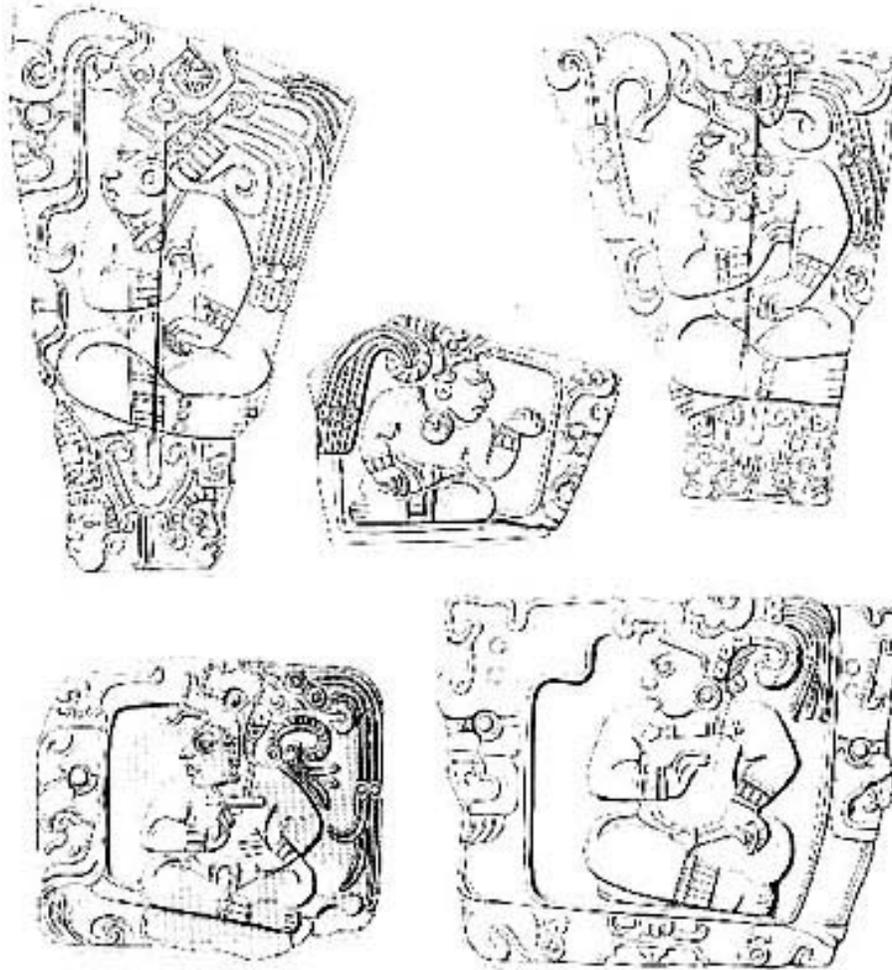


Figura 7. Tomado de Proskouriakoff, 1974.

Ciertos patrones iconográficos en las ilustraciones que acompañan este texto hacen su aparición durante el Clásico Temprano. En la descripción que hace Alfred Kidder (en Proskouriakoff, *ibíd*:12) de placas halladas por él en la región de Nebaj, Guatemala, correspondientes a ese periodo, las figuras muestran los brazos flexionados y los dorsos de las manos unidos a la altura del pecho, complicados tocados y collares ajustados al cuello. A nuestros ojos es significativa la ausencia de perfiles ofidios o humanos flanqueando el rostro de los personajes en las piezas guatemaltecas tempranas, lo que Proskouriakoff resalta como una diferencia con su colección, donde este motivo se presenta en piezas que ya considera de un estilo transicional Clásico Temprano-Tardío.⁵ Rasgos que se aprecian también por primera vez en esta

⁵ Con bases estratigráficas, Alfred Kidder pudo establecer las diferencias básicas entre la talla de jade del Clásico Temprano y la del Tardío, para la región de Nebaj, Guatemala (Rands, 1965:574). Como parte del estilo tardío aparecen las placas que muestran personajes con la cabeza en perfil portando tocados serpentinos, caracterizados por narices alargadas (*ibíd*:573, 578, fig. 43).

transición son una "borla" al centro de la frente y orejeras perforadas, "presagiando convenciones comunes en fecha posterior", nos dice Proskouriakoff (idem).

A lo ya mencionado se anexan también durante el Clásico Tardío las bandas dobles simples que conectan la borla del tocado con las orejeras, en las últimas épocas ocasionalmente rizadas hacia arriba,⁶ y un detalle importante: las manos se mantienen a la altura del pecho, pero esta vez aparecen las palmas hacia adentro, los dedos muchas veces tocándose, en contraste con la posición común en tiempos anteriores (idem).

Al finalizar su análisis, la autora concluye que "La mayoría de las piezas en la colección fueron manufacturadas, no en Chichén Itzá, sino en el área Maya del sur en el Periodo Clásico Tardío." (ibíd:x)

Hasta este momento sabemos entonces, que la manufactura de las piezas mayas que nos interesan ocurrió principalmente entre los años 600 y 900 D.C. y que derivan de un estilo sureño. Existe sin embargo una incógnita sobre en qué momento y con qué finalidad fueron ofrendadas al Cenote.

Lamentablemente es hasta ahora imposible conocer en qué momento se realizó el depósito (Thompson, 1973:133). Existen básicamente dos versiones sobre este hecho, que parten de concepciones disímbricas de sucesos históricos ocurridos en Chichén Itzá y el carácter de los vínculos que esta ciudad maya sostuvo con otras regiones.⁷

Proskouriakoff proporciona una alternativa para explicar la presencia de piezas del Clásico Tardío y estilo sureño en el extremo norte de la Península de Yucatán. Aunque algunos ejemplares pudieron llegar por esa vía, la autora considera que Chichén Itzá

⁶ En su estudio sobre jades mayas, Adrian Digby (1972:23-24) también menciona una evolución tecnológica e iconográfica que puede rastrearse desde el Clásico Temprano al Tardío. El uso de perforadores o taladros tubulares había ya sido destacado por él como clave para diferenciar el estilo temprano del tardío, correspondiendo al último, al igual que las bandas que aparecen rizadas por encima de las orejeras (ver también Easby, 1961:74-75).

⁷ Nos referimos a la secuencia ocupacional de Chichén Itzá, que ha sido dividida en dos grandes periodos: una ocupación propiamente "maya" del sitio (600/750-950 D.C.) y una ocupación tolteca (950-1250 D.C.) (Thompson, 1941; Kubler, 1961; Wren, 1984; Coggins, 1984, 1992). Es indudable que se dio una relación estrecha entre Tula y Chichén, lo que no es claro es en qué momento ocurrió y bajo qué condiciones. Hay quienes piensan que un grupo de guerreros provenientes de la ciudad de Tula arribaron a la península yucateca sojuzgando a la población local (Diehl, 1983:144; Coggins, 1984) e imponiendo un estilo arquitectónico y artístico (Jiménez Moreno, 1941:82; Acosta, 1956-57:108-109). Por el contrario, se exponen evidencias de que el impacto de los extranjeros no fue tan determinante en la población residente (Du Solier, 1941:188; Wren, 1984:21), que la "influencia" transitó también en sentido inverso incidiendo en el arte y arquitectura de la capital tolteca, e incluso que los toltecas residentes en Chichén exportaron más de lo que aportaron (Kubler, 1961:49, 76-79). Actualmente se sabe que algunas estructuras que se consideraban características de ese periodo son anteriores (Wren, ibíd:20; Cohodas, 1989:228-231; Wren y Schmidt, 1991; Ringle *et al*, 1998:184, 188-192), que el llamado 'estilo tolteca' combina también conceptos de la Costa del Golfo y Oaxaca (Wren y Schmidt, ibíd:203; Schmidt, 1999:439; Ringle *et al*, ibíd:184) además de las tierras bajas mayas del sur y la costa pacífica de Guatemala (Wren, ibíd:19-20) y que muchos de los elementos definidos como 'toltecas' en Chichén y otros centros de las tierras bajas tienen antecedentes en la propia región o ni siquiera existen en Tula (Kubler, 1961:47-79; Cobean, 1978:105-106; Cohodas, idem). Esto último ocurre con la mayoría de las piezas del Postclásico Temprano ofrendadas en el Cenote Sagrado (Proskouriakoff, 1974:16), y con respecto a las placas de piedra verde que nos interesan, tan abundantes en las colecciones provenientes del Cenote, hasta donde sabemos sólo cuatro ejemplares se han hallado en el sitio hidalguense. Quienes actualmente trabajan esta problemática se inclinan por una solución intermedia, donde los aspectos multiétnicos representados en el arte y arquitectura de Chichén Itzá son interpretados como "[...] un ejemplo de convergencia cultural, más que la oposición entre elites de dos grupos étnicos [...]." (Wren y Schmidt, ibíd:201)

no fue durante el Clásico lugar de reunión para peregrinos procedentes del Petén, pues explica que no existe evidencia suficiente para pensar en un "intercambio" intenso entre ambas zonas en ese momento. Para ella, fue durante la "ocupación tolteca" que estos objetos fueron ofrendados a las aguas del Cenote Sagrado, sin haber sido esa su finalidad original, en palabras de Proskouriakoff: "[...] la mayoría de las piezas fabricadas en el sur fueron usadas ahí y debidamente enterradas con sus dueños en tumbas del Clásico, para ser desenterradas más tarde, ya sea por merodeadores toltecas o sus aliados regionales, y enviadas a Chichén Itzá como tributo o regalo [...]." (ibíd:14-15). Para Proskouriakoff esta situación explicaría por qué una buena parte de los entierros en las regiones del sur se hallan despojados de su contenido⁸ y por qué siendo el 'periodo tolteca' el momento de mayor actividad en el Cenote Sagrado son objetos que datan del Clásico Tardío los más abundantes. Sin embargo, revisiones recientes de la cronología de Chichén Itzá han desvanecido la abrupta y secuencial distinción que se presumía entre las 'ocupaciones' maya y 'tolteca' de Chichén, e incluso parecen confirmar que el periodo de mayor dinámica en aquella ciudad se remite al Epiclásico (Cohodas, 1989; Wren y Schmidt, 1991; Ringle *et al*, 1998).

Clemency Chase Coggins propone que las piezas fueron arrojadas poco tiempo después de su manufactura: "Es lo más sencillo asumir que todos estos objetos foráneos, que fueron rotos en su consignación ritual al Cenote,⁹ fueron llevados a Chichén Itzá durante el periodo Clásico Terminal cuando fueron tallados, más que hayan sido todos reliquias, o saqueados de tumbas mucho tiempo después" (1984:27).¹⁰

Coggins considera que se depositó a la mayoría de las placas de jade durante el Periodo Temprano I, alrededor del siglo IX (1984:43, véase también McVicker y Palka, 2001:184). Ringle, Gallareta y Bey proponen que esto pudo iniciar desde un siglo antes, contemplando el hallazgo de piezas del mismo tipo en contextos epiclásicos al interior de la propia ciudad de Chichén, en Monte Albán y en Xochicalco (Ringle *et al*, 1998:203).

Durante las exploraciones en el Templo del Chac Mool en Chichén Itzá, a cargo de E. Morris, J. Charlot y A. Morris de la Institución Carnegie, se localizó una caja de piedra con tapa depositada como ofrenda a un altar. El recipiente contenía restos de un collar de concha, jade y un pendiente con un rostro tallado del estilo que hemos descrito, además de un mosaico de turquesa (Morris *et al*, 1931:186-188, figs. 119 y 121). De iguales características es el collar que, también dentro de una caja de piedra, se

⁸ Al parecer, la profanación de tumbas y el despojo de sus ofrendas fue una práctica común. Grube, N. y L. Schele han trabajado textos jeroglíficos al interior de tumbas mayas, que describen la irrupción en el sepulcro sellado en busca de reliquias (en Chase y Chase, 1996:77). Se sabe de un comportamiento similar entre los aztecas (Proskouriakoff, 1974:15).

⁹ Sobre el deterioro intencional al que fueron sujetas las piezas antes de arrojarlas al Cenote, McVicker y Palka proponen que fue resultado de un acto ritual en el que objetos emblemáticos de un orden político determinado fueron "matados" en razón del establecimiento y justificación de un nuevo orden (2001:194).

¹⁰ Esto es lo más viable, sobre todo porque, como señalan Ringle, Gallareta y Bey, la limitada variedad de motivos entre la numerosa cantidad de piezas sería poco probable si los objetos hubiesen sido 'pepenados' (1998:207, nota 17). No hay que olvidar, sin embargo, que en el Cenote existían piezas mucho más tempranas contenidas en ofrendas de copal del Postclásico Tardío, sobre las que sí acepta Coggins que "[...] habían sido aparentemente tomadas de tumbas u ofrendas cerca de un milenio anteriores [...]" (1984:27).

dispuso al pie de la escalinata interior de El Castillo (Erosa, 1939:241; Marquina, 1990 [1951]:854-855, foto 428; CCM/MEB, 1990:189, fig. 96; Ringle *et al*, 1998:203, fig. 18; McVicker y Palka, 2001:184), esta vez junto a un "pequeño depósito de restos humanos" (Erosa, *idem*). Nuevamente el sartal estaba acompañado por dos mosaicos de coral, concha y turquesa, con diseños de serpientes en perfil (Erosa, *ibíd*, figs. 6 y 7; Marquina, *ibíd*, fotos 426 y 427). Hasta el momento es difícil asignarle a estos dos contextos una temporalidad definitiva, pero revisiones recientes de la cronología del sitio (Cohodas, 1989:227-238; Wren y Schmidt, 1991; Ringle *et al*, 1998:183-184, 188-192) permiten suponer que su disposición antecedió al Postclásico Temprano.¹¹

Es viable que arrojar las placas de piedra verde a las aguas del Cenote Sagrado sea una acción contemporánea con la época de su manufactura, y que las ceremonias durante las que fueron ofrendadas deban insertarse en el ámbito de su significación original (como proponen Ringle *et al*, *idem*), pero a diferencia de Coggins (1984:70) creemos que su producción no estuvo diseñada con esa exclusiva finalidad.

Contrario a lo que afirma Coggins para sustentar que las figuras estuvieron siempre destinadas a arrojarse al Cenote, las versiones más sencillas de estas placas sí son representadas en escultura y pintura siendo portadas por personajes como parte de collares, pecheros o cinturones, razón por la que la mayoría tienen perforaciones, de lo que se desprende que sí fueron posesiones personales y ornamentos ([Figura 6](#) y [Figura 7](#); véase también Acosta, 1955, lám. 2; Jiménez, 1998, figs. 22 y 59; Mastache y Cobean, 2000, fig. 23; McVicker y Palka, 2001, figs. 10, 11 y 12c; ver nota 37).

En las tierras mayas del sur se han rescatado estas piezas en contextos de enterramiento. Por ejemplo, durante los trabajos en la Estructura A34 de El Caracol, en Belice, Diane y Arlen Chase exploraron una tumba donde habían sido colocados los restos de mínimo cuatro individuos y algunas ofrendas (1996:66-78). El depósito se había realizado por lo menos en dos episodios, reutilizando el sepulcro. Esta situación alteró parcialmente las deposiciones previas, dificultando la asociación entre los objetos y sus propietarios, pero las piezas cerámicas denotan un lapso de aproximadamente cien años en el que transcurrieron los eventos, dentro del Clásico Tardío.

De los cuatro individuos, sólo un adulto joven había sido desmembrado y sus restos posiblemente arreglados en un fardo mortuario. Los artefactos asociados con este conjunto de huesos incluyen cuentas, orejeras y otros ornamentos de concha, navajas de obsidiana y un pendiente de jadeíta como los que tratamos aquí, del tipo que

¹¹ La subestructura de El Castillo es un edificio temprano en la segunda fase arquitectónica del sitio y la superestructura corresponde a la última parte de esa misma fase. Con base en fechamientos por C14 Cohodas ha situado ambas construcciones cuando más tarde en el Clásico Terminal (1989:229, ver también Ringle *et al*, 1998:191-192, Tabla 1). El Templo del Chac Mool, una porción del cual fue arrasada al construir el Templo de los Guerreros (Morris *et al*, 1931:70), corresponde a la siguiente fase arquitectónica, de lleno en el Clásico Tardío (Cohodas, *idem*). También se han obtenido fechas epigráficas y por radiocarbono, que vinculan al sitio de Uxmal con Chichén Itzá hacia el Clásico Terminal. Es interesante que en el Adoratorio al frente del Palacio del Gobernador, en Uxmal, se recuperó una de nuestras placas (Easby, 1961:72; Rands, 1965; CCM/MBE, 1990:190, fig. 100). De Uxmal también proviene una de las vasijas de tecali que se asemejan más en forma a los vasos cilíndricos de soporte pedestal, también de tecali, registrados en Tula (Acosta, 1956-57:100), Sabina Grande (Carrasco, *et al*; Carrasco en preparación) (ver más adelante) y el Cenote (Coggins, 1984:33). La pieza de Uxmal tiene un panel grabado "en estilo maya Clásico Tardío-Terminal (800-900 D.C.)" (Coggins, *idem*).

muestra únicamente el rostro con los característicos ojos y boca abultados, orejas y el remate al centro de la cabeza, que en este caso es descrito como "[...] una especie de corona en su frente que ha sido asociada con las autoridades reales mayas." (Chase y Chase, ibíd:70-71, fig. 9)

Otro ejemplo es el ya citado hallazgo de César Sáenz en Palenque. En el año de 1954, cuando se realizaban trabajos de excavación y consolidación en el Templo XVIII, cerca del pórtico y por debajo del piso de estuco se hallaron tres cistas selladas con lajas. De éstas, la denominada Tumba No.2 contenía un entierro secundario al que acompañaban más de un centenar de objetos de jade (cuentas, pendientes, fragmentos de un mosaico y dos orejas), concha (cuentas y una pieza con glifos grabados), pedernal (pendientes), perlas, pirita (laminillas), obsidiana y cerámica (Sáenz, 1956:8-9). Entre los objetos resalta "[...] una placa de jade que representa un "halach huinic" en posición sedente [...]" según la descripción de Sáenz (idem), a la que más tarde agrega: "[...] con tocado formado por un círculo con dos líneas que se cruzan en forma de X, y dos especies de cabezas de serpientes, una a cada lado. Lleva orejas y collar" (Sáenz, ibíd:15 y lám. 20) ([Figura 3](#)). El material que acompañaba al individuo desmembrado no pudo ser fechado absolutamente, pero al liberar el pórtico del templo se encontraron adheridas al muro exterior, por ambos lados, "[...] dos lápidas con su correspondiente Serie Inicial y fecha de Cuenta Larga [...]" cuya lectura es "[...] 9.12.6.5.8, 3 Lamat 6 Zac, año 678 de nuestra Era en la correlación B, y en la correlación A corresponde al año 418" (ibíd:9). Como se ha demostrado que la correlación Goodman-Martínez-Thompson es la más acertada, Sáenz se inclina por la fecha 678 D.C. y en sus menciones posteriores de este hallazgo se refiere únicamente a ella.

Volviendo al trabajo sobre los objetos del Cenote Sagrado, Tatiana Proskouriakoff concluye que "[...] la extensión geográfica total de la colección es difícil de juzgar. Un reducido número de piezas pueden adscribirse a las tierras altas de Guatemala y a su costa en el Pacífico" (1974:x) y posteriormente recuerda su existencia en Oaxaca: "Hay un estilo oaxaqueño relacionado cercanamente, que emplea mucho de la misma técnica [del Clásico Tardío]. Los ojos, nariz y boca son representados mediante simples arcos, y en los pendientes más grandes el tocado se compone de la borla central del Clásico Tardío y bandas que algunas veces se enrollan por encima de las orejas." (ibíd:14)

Las coincidencias con Oaxaca fueron también señaladas por Clemency Coggins quien, refiriéndose a una placa de estilo "Nebaj" que forma parte de la colección recuperada en el Cenote Sagrado, opina que: "Como sea que haya viajado [desde las regiones mayas del suroeste], eventos similares probablemente vincularon al centro oaxaqueño de Monte Albán con la región del Río Usumacinta, donde está su origen. Un fragmento de una placa "Nebaj" como ésta fue incluida en una ofrenda de Monte Albán IIIB con una variedad de jades comparables con aquellos encontrados en el Cenote (Caso 1965a, fig. 20)." (Coggins, 1984:70)

Oaxaca

Alfonso Caso ya había observado el vínculo expuesto por Coggins, señalando una aparente influencia maya en la talla de jade en Monte Albán IIIb, además de que algunos fragmentos directamente importados desde aquella región fueron localizados como parte de ofrendas con piezas locales (Caso, 1965a:899).

Como ya hemos mencionado, son varias las piezas que provienen de Monte Albán y que se asignan a los periodos IIIb, IIIb-IV y IV (Caso, *ibíd*:906-911; Paddock, 1966:157-160) ([Figura 4](#)). En la secuencia cronológica del sitio son precisamente esos periodos los que encierran mayores confusiones en su delimitación temporal y caracterización social, ya que no existen verdaderas distinciones materiales entre ellos (Flannery y Marcus, 1983:184; Paddock, 1983:187; Kowalewski, 1983:188; Scott, 1998:185). Ignacio Bernal considera que culturalmente son "exactamente el mismo", pues tanto la cerámica como la arquitectura son iguales y el único rasgo que corresponde al último es la destitución de Monte Albán como centro principal del valle de Oaxaca (Bernal, 1965:802, 804, 806-807). Por este motivo el mismo autor concluye que se trata de un mismo periodo con dos subfases, no de dos periodos, y atribuye esta continuidad a que, independientemente del abandono de su centro ceremonial, el valle permaneció habitado (Bernal, *ibíd*:804).

En fecha reciente el arqueólogo Marcus Winter expuso un análisis detallado de los elementos que pudieran atribuirse confiablemente a cada intervalo, en Monte Albán y otros sitios contemporáneos, corroborando que no existe sustento para diferenciar los periodos IIIb y IV. Reconociendo que sólo es válida una designación (IIIb), y basándose en fechas de radiocarbono y correlaciones cerámicas, propone su inicio cuando más temprano en el año 500 D.C. y su culminación alrededor de 800 D.C. (los fechamientos oscilan específicamente entre 640 y 755 D.C.); en este lapso la antigua ciudad zapoteca de Monte Albán experimentó su apogeo. Winter agrega que tampoco existen bases para extender su ocupación hasta el año 1000 D.C., lo que comúnmente se ha hecho (1989:127).¹²

Es significativo que en los Valles Centrales de Oaxaca las figuras de piedra verde que nos interesan sustituyen a las de marcado estilo teotihuacano, que fueron comunes durante el Periodo IIIa (Caso, 1965a:903). Caso se refiere a este cambio como un renacimiento o reanimación de la talla del jade en Monte Albán, contemporáneo o ligeramente posterior al renacimiento del estilo maya en el Clásico Tardío.

A decir por el trabajo de Caso, lotes de estas figurillas fueron localizados en la Ofrenda 3 del Templo del Jaguar, y en la primera y tercera ofrendas del Montículo B. Con

¹² La siguiente fase sobre la que se tienen algunas certezas en los Valles Centrales de Oaxaca es Monte Albán V (1250-1521 D.C.), quedando un espacio de aproximadamente quinientos años de los que se sabe muy poco (Winter, 1989:127-129). Considerando el abandono de Monte Albán anterior al año 1000 D.C., secuencialmente correspondería al Periodo IV una duración aproximada de 200 años, por lo menos en aquella ciudad. Para evitar el problema que conlleva la designación numérica de fases, quienes actualmente trabajan en Oaxaca han propuesto una nueva terminología (ver: Winter, 1998:158, fig. 1), donde se denomina a la época de apogeo de Monte Albán como 'fase Xoo' (Winter, *ibíd*:158, 170-176).

excepción de una pieza, en este trabajo no se hace referencia a su asociación con entierros humanos ni se profundiza en las características contextuales, resultando además asombrosa su aparente ausencia al interior de las famosas tumbas zapotecas. Es una lástima que de los ejemplares más elaborados que conocemos y sabemos provienen de Oaxaca, Caso sólo ilustra dos, uno de Guiengola cuya procedencia exacta se desconoce, y otro rescatado en el Montículo B de Monte Albán, de temporalidad dudosa (Caso, ibíd:908, 910, figs. 26 y 27). Sobre esta última pieza, que muestra a un individuo con vistoso tocado, nos dice Caso: "[...] tal vez representando a un hombre con atributos de una serpiente emplumada (i.e. Quetzalcóatl) [...]" (ibíd:908)

Los tocados con atributos de serpiente son comunes entre las placas más complejas, como aquella que se encuentra en el Museo de Völkerkunde, en Viena,¹³ ilustrada por Marcus Winter, quien a propósito nos dice: "Estos adornos son portátiles y probablemente fueron intercambiados entre grupos de distintas regiones, por lo cual han sido encontrados también en Xochicalco y Chichén Itzá. Su lugar de manufactura no se ha determinado." (Winter, 1994:165)

Xochicalco

Mencionamos al principio de este texto que las ofrendas rescatadas, tanto en la Pirámide de las Serpientes Emplumadas como en la Estructura "C", comparten muchos elementos. César Sáenz nos dice: "En las dos exploraciones obtuvimos ofrendas, entierros y datos [cerámica] que relacionan ambos monumentos por la similitud de los objetos encontrados, algunos de los cuales aparecían por primera vez en esta zona, existiendo por lo tanto una contemporaneidad entre ellos" (1964:9); agregando más tarde que "Uno de los aspectos en que más se asemejan las ofrendas de uno y otro monumento es en las placas o pendientes de jade con representaciones de personajes con tocado en forma de fauces de serpiente [...]" (ibíd:13)

A estas coincidencias añade los rasgos arquitectónicos, que también aparecen semejantes (ibíd:10). A pesar de esta sincronidad, la Pirámide de las Serpientes Emplumadas fue sujeta por lo menos a una renovación arquitectónica más, habiendo quedado la Estructura "C" abandonada, o simplemente sobreviviendo con el mismo aspecto hasta el abandono de ambos monumentos.

¹³ Una pieza de éstas, casi con seguridad de manufactura zapoteca, fue encontrada en San Jerónimo de Juárez, Guerrero (Von Winning y Stendahl, 1972, fig. 338; Hirth, 2000:203). En el tocado del personaje se muestra una serpiente de perfil de cuyas fauces emerge el rostro, también en perfil, de otro personaje. Desconocemos su procedencia exacta y sobre su asociación contextual sólo sabemos que se encontraba al interior de una vasija trípode de tecali, con dos conchas (Von Winning y Stendahl, ibíd, fig. 337). Con estos datos es difícil proponer una temporalidad, ya que en este sector de la costa guerrerense hubo una ocupación aparentemente continua desde el Formativo y hasta el Postclásico Temprano (Weitlaner, 1948:80-81). Específicamente hacia el Clásico se habla de objetos 'teotihuacanos' y 'mayoides', y más tarde de elementos de la 'cultura mazapa' y cerámica plumbate (ibíd:83).

En nuestra introducción están las descripciones de las figuras de jade que rescató Sáenz en la Pirámide de las Serpientes Emplumadas además de los materiales asociados, por lo que no enlistaremos nuevamente el contenido de esas ofrendas, pero vale la pena recordar que forman parte de la construcción de la segunda etapa arquitectónica de ese monumento, la cual puede situarse por correlación cerámica en la fase III de Xochicalco (siglo VII a X de nuestra era) (Sáenz, 1963b:7).

En cuanto a los hallazgos en la Estructura "C", estos se realizaron al practicar una cala a todo lo ancho y en el centro del edificio de la plataforma superior. Al romper el piso de estuco, al interior de un cajón revestido de piedra, se recuperaron ornamentos de jade, conchas y coracoles, además de "[...] una placa o pendiente de jade que representa a un personaje con tocado en forma de fauces de serpiente y con las manos sobre el pecho en actitud ritual (lám. VII, A); [y] otra placa o pendiente de jade con una representación antropomorfa y tocado también en forma de fauces de serpiente (lám. VII, B)" (Sáenz, 1964:12)

A la entrada del edificio, entre los dos pilares que daban acceso al vestíbulo, se localizó un entierro para cuyo depósito se había alterado el piso de estuco, acompañado de una ofrenda que Sáenz considera pudo ser extraída de una caja similar y cercana a la del hallazgo anterior, que se había encontrado vacía. El entierro era secundario y se encontró acompañado por una cuantiosa ofrenda, nuevamente con ornamentos de jade, concha y tres piezas de jade descritas de la siguiente manera "[...] una placa o pendiente de jade grande cuyo bajo relieve representa a un personaje con los brazos sobre el pecho, tocado en forma de fauces de serpiente y dos caras de perfil en la parte superior a uno y otro lado del tocado (lám. VIII, A); un pendiente antropomorfo de jade con tocado estilizado figurando fauces de un ofidio (lám. VIII, B); otro pendiente, cabecita antropomorfa de jade, con tocado muy estilizado imitando fauces de serpiente (lám. VIII, C) [...]" (ibíd:12-13).

La intrusión del entierro secundario es considerada por Sáenz como un evento tardío. Es cierto que su disposición fue posterior a la construcción del edificio, pero eso no significa necesariamente que fuera posterior a su ocupación, en particular, ni al uso del centro ceremonial en general. Es viable su idea sobre la remoción de los objetos para su integración en un contexto de enterramiento, pero ambos eventos pudieron ocurrir en el ámbito de significación original del monumento.

En este informe nuevamente menciona Sáenz la similitud que guardan las placas de piedra verde con el pendiente hallado por él en Palenque, y concluye: "Todo lo anterior nos demuestra la contemporaneidad entre las construcciones de la Pirámide de las Serpientes Emplumadas y la Estructura "C", que podemos considerar dentro del Período Clásico Tardío. Nos hace creer además en una fuerte influencia u ocupación de pueblos procedentes del Sur de México, principalmente de la región maya." (ibíd:14)

Cerro de las Mesas

Durante 1941 los arqueólogos Matthew Stirling y Philip Drucker, patrocinados por el Smithsonian Institute y la National Geographic Society, llevaron a cabo exploraciones en el sitio veracruzano de Cerro de las Mesas. Durante la excavación de la Trinchera 34 se encontró una ofrenda de 800 piezas de jade al pie de un montículo del Grupo Central (Drucker, 1943:11, 13-14). La ofrenda conjuntaba figuras de diversas proporciones y atributos, como placas grabadas, discos, perforadores, cuentas, orejeras, y algunos ejemplares como los multicitados por nosotros (cf. Drucker, 1955:figs. 31b, e y 34a).

La cerámica del montículo delante del cual se rescató la ofrenda (tiestos procedentes del relleno y piezas completas en ofrendas mortuorias localizadas en el edificio) fue estudiada por Drucker y asignada al Horizonte Inferior II (aprox. 750-1000 D.C.). En sus resultados publicados en 1943 propuso que, dada su relación con el edificio, la ofrenda misma podría datar de esa época (1943:79-80; 1955:29), pues no hubo posibilidad de fecharla absolutamente. Sin embargo, en 1952 el mismo Drucker inició el estudio de los jades, que publicó el Smithsonian tres años más tarde, y en él nos dice:

"[...] el jade ha probado ser un material de difícil estudio. No sólo fueron los objetos de jade ampliamente comerciados en Mesoamérica, sino que, como se ha mostrado repetidamente, algunas piezas se preservaban por largo tiempo—como reliquias tal vez, o tesoros, o posiblemente hasta como objetos d'art [sic]—. Situar temporalmente una pieza de jade no es como posicionar un tipo cerámico o categorizar un rasgo distintivo; lo único que esto nos proporciona es una posible fecha límite. Las figurillas de jade olmecas proveen el más claro de los ejemplos que uno pudiera encontrar. Los objetos son por supuesto fácilmente reconocibles desde el punto de vista estilístico. Esta evidencia sugiere que el periodo, o al menos el principal periodo, de su manufactura fue el Preclásico-Medio en el horizonte Tres Zapotes-La Venta [...]. Sin embargo algunos objetos de este tipo existen en la ofrenda de Cerro de las Mesas, presumiblemente traídos desde la región olmeca vecina, durante un periodo considerado con otras bases como contemporáneo a Tres Zapotes Superior [750-1000 D.C.]. En consecuencia, si estas varias suposiciones son correctas, los objetos habían sido fabricados bastante tiempo antes de que fueran enterrados bajo los escalones al frente del montículo [...]. Los datos de Cerro de las Mesas por sí solos podrían desviarnos completamente." (Drucker, 1955:30)

Transcribimos esta extensa cita por la claridad con la que el autor expone el problema de asignación cronológica, con el que también se toparon, por ejemplo, quienes estudiaron las piezas del Cenote Sagrado.

El montículo al que se asociaba la ofrenda es un referente a cuándo NO fueron depositados los jades (es decir, antes de su edificación), pero la construcción del edificio y el depósito no fueron necesariamente fenómenos sincrónicos. Tenemos entonces, como límite temprano, las fechas correspondientes al Horizonte Inferior II,

que como ya se vio abarca aproximadamente del año 750 al 1000 D.C.¹⁴ En el otro extremo, y ya que las piezas pudieron ser ofrendadas al montículo durante los últimos años de su ocupación o incluso estando abandonado, tenemos como fecha límite más tardía aproximadamente 1400/1450 D.C., después de la cual no ha sido detectada actividad en el sitio (Drucker, 1943:81-87). Este rango genera más dilemas de los que resuelve, en torno al origen y significado de la ofrenda.

A decir por el amplio análisis de Drucker (1943:13-14; 1955:29-67), se integraron elementos de contrastable funcionalidad, temporalidad y procedencia, sin orden aparente y sin asociación a restos humanos o de ningún otro tipo. No se destaca alguna pieza sobre las otras, y tampoco se observa un patrón en su estado (existen ejemplares nuevos y desgastados por el uso, completos y fragmentados, tanto joyeles o alhajas como piezas mayores...). Nos enfrentamos con un depósito donde, creemos, se conjuntan elementos que originalmente formaron parte de otros contextos, de los que fueron extraídos para constituir uno nuevo. Es de esperar que en ello las piezas perdieran su significado original para asumir otro, cuyo sentido se nos escapa por completo.

Por las características expuestas nos inclinamos por una fecha tardía para el depósito; además de que en lo equivalente al Horizonte Inferior II de Drucker, en otras regiones las piezas se hallaban dispuestas en contextos primarios, como aquellos de los que suponemos fueron despojadas algunas de las que forman la ofrenda de Cerro de las Mesas.¹⁵

Hidalgo y Querétaro

Por parte del Proyecto Valle del Mezquital de la ENAH, durante el invierno de 1998, se realizaron excavaciones miniextensivas en el sitio Sabina Grande, municipio de Huichapan, Hidalgo (Carrasco *et al*, 2001). En este lugar aparecen representados en superficie los complejos Corral, Corral Terminal y Tollán (López y Fournier, 1992:16-42; Fournier, 1995) como fueron designados por Robert Cobean para Tula (1990), pero durante los trabajos de excavación se detectó una secuencia estratigráfica que puede situarse dentro de los límites del complejo Corral Terminal (900-950 D.C.).

El Complejo Corral Terminal es transicional entre las fases relativas a Coyotlatelco y la ocupación principal de Tula Grande. En él se traslapan materiales de ambos complejos, Corral (800-900 D.C.) y Tollán (950-1150/1200 D.C.): "[...] la principal continuidad cerámica entre las ocupaciones de las esferas Coyotlatelco y Tollán en Tula, es el 'traslape' temporal de algunos tipos bien definidos de ambas esferas, en lugar de la

¹⁴ Jiménez Moreno considera que el Horizonte Inferior II de Cerro de las Mesas en realidad inicia hacia 300 D.C. y culmina hacia 800 D.C. (1959:1027-1028).

¹⁵ Es posible que en el sitio mismo existan ejemplares como los que nos interesan, en contexto original. En el análisis cerámico de Drucker se mencionan varios entierros con objetos de jade, pero no son descritos detalladamente (quizás lo haga Stirling en su informe general de la temporada, que no fue consultado por nosotros). Habría que ahondar más en ello, pues algunos de los componentes de la ofrenda pudieron incluso haberse retirado de depósitos locales.

existencia de tipos de transición" (Cobean, 1990:502; ver también Cobean y Mastache, 1989, Tabla 5.2; Healan *et al*, 1989:243-244). En este momento además aparece como diagnóstica la cerámica Mazapa de Líneas Rojas Ondulantes (Healan *et al*, 1989:243; Cobean, 1990:267-280).

En congruencia con lo anterior, en la descripción estratigráfica de Sabina Grande (Carrasco *et al*, 2001:59-67) dentro de un mismo estrato se reportan tipos que de acuerdo con la clasificación de Cobean inician en Corral (i.e. Pastura, La Luz, Rito); otros diagnósticos de Corral Terminal (como Mazapa Líneas Ondulantes y Joroba) y algunos extensivos a Tollán pero que hacen su aparición desde Corral Terminal (i.e. Macana, Manuelito, Proa) (Cobean *et al*, 1981:195; Cobean, 1990:301-303, 327, 333, 362, 364, 502). Independientemente de esta convivencia, un indicador más de que la secuencia en general puede circunscribirse a los límites de Corral Terminal es la notoria ausencia tanto de los tipos más comunes en etapas anteriores como de tipos exclusivamente tardíos.¹⁶

Una cerámica que se considera diagnóstica de fase Tollán es Jara Anaranjado Pulido, cuya presencia en fases anteriores es insignificante en relación con su abundancia hacia la parte final de Tollán (Cobean, 1990:345). En contraste, menciona el autor que Blanco Levantado, que inicia en Corral Terminal y se extiende hacia Tollán, disminuye a medida que aumenta Jara, considerándolos incluso "excluyentes" (ibíd:455). En la excavación de Sabina se recolectaron cantidades importantes de Blanco Levantado, mientras que en el análisis cerámico preliminar se reportan únicamente dos tiestos de Jara (Carrasco *et al*, 2001:59-67).

Adicionalmente, no existen ejemplares de Sillón Inciso o Plumbate, cuya presencia sería de esperar en un contexto como el que describiremos a continuación. Ambos tipos se han localizado en la región a nivel de superficie, por lo que sabemos que sus habitantes tenían acceso a ellos, siendo el último "[...] relativamente común en sitios de la fase Tollán en la región de Tula, fuera de la zona urbana." (Crespo y Mastache, 1977, en Cobean, 1990:483)

En el contexto ofrendario principal de la excavación en Sabina, acompañaban a un entierro secundario una serie de objetos manufacturados en concha, jade, tecali,¹⁷ sílex, obsidiana y escasos componentes de un mosaico, presumiblemente de turquesa.

¹⁶ Otro referente cronológico es un malacate con decoración moldeada al que se aplicó un baño de chapopote. Estas piezas provienen de la región Huasteca y sur de Veracruz y se consideran diagnósticas del Clásico Medio y Tardío (Drucker, 1943:66, 76; Thompson, 1953:453; Hall, 1997:129-130).

¹⁷ Entre las sociedades prehispánicas el tecali debió considerarse un objeto de lujo, a decir por su escasez, fragilidad y dificultad para trabajarse. Desconocemos si además el propio material tuviera un significado metafórico, como ocurre con el jade. Sobre su origen, Coggins nos dice "El Tecali es una piedra calcita de las montañas de Puebla y Norte de Oaxaca" (1984:54) y Acosta: "Posiblemente provienen de la región de Veracruz, que fue uno de los centros principales de producción de objetos de este material" (1956-57:101). Vasijas de tecali se han encontrado en lugares muy distantes como Culiacán (Kelly, 1941:200), la Sierra Gorda de Querétaro (Museo Regional de Querétaro), Tula (Acosta, 1956-57:100-101; Castillo, 1970 en Diehl y Stroh, 1978:74-75, fig. 1, Diehl, 1983:101; y Paredes, 1990:188), Monte Albán, Chichén Itzá, Uxmal (Coggins, 1984:33, 54) y Tikal (Sáenz, 1963a:21). Algunas vasijas con pintura al fresco aparecieron en lugares como Xochicalco (Sáenz, 1963a:13, 21, lám. III) y nuevamente en el Cenote, donde la pieza es comparada con algunas provenientes de Oaxaca (Coggins, 1984:54).

Se cuenta también con un pendiente de piedra verde con un rostro tallado, del tipo que estamos tratando (Carrasco *et al*, 2001:61, 68-70, 72-73) ([Figura 8](#)).



Figura 8. Carrasco *et al*, 2001.

La presencia aislada de este objeto en esta región podría interpretarse como anómala, y su obtención como producto de un intercambio poco común a larga distancia, a no ser por el resto de los objetos que lo acompañan y el contexto similar que fue hallado unos años antes en San Juan del Río, Querétaro, y al cual nos referiremos en breve.¹⁸

Entre los ornamentos recuperados en Sabina Grande sobresalen la vasija de tecali,¹⁹ dos orejeras y varios objetos labrados en piedra verde, una navaja y un cuchillo de obsidiana, y varias puntas de sílex (Mario Carrasco, en preparación); cuentas y placas de concha labrada, un aro extraído de la superficie de un bivalvo y espirales labrados sobre caracoles (Mónica Jiménez, en preparación).

Por su parte, durante las excavaciones de rescate realizadas en 1991 en el Barrio de la Cruz en San Juan del Río, Querétaro, Ana María Crespo y Juan Carlos Saint Charles exploraron una serie de entierros y ofrendas de gran interés (Crespo y Saint Charles, 1991). Acerca del Entierro 3 nos dicen:

¹⁸ En comunicación personal (2001) Raúl García Chavez nos ha informado de un hallazgo similar en las cercanías de Tecamac, Estado de México. Se trata de un entierro con una placa de jade del mismo estilo al que nos hemos referido, conchas y vasijas cerámicas. Raúl García identificó entre los materiales de Sabina Grande los mismos tipos cerámicos del contexto excavado por él.

¹⁹ En Tula, Acosta considera a las piezas de tecali "objetos en boga durante la ocupación tolteca" pero reconoce que "Por desgracia, los pocos fragmentos hallados hasta ahora carecen de valor cronológico" (1956-57:100). Algunos ejemplares recuperados durante la construcción de la carretera Actopan-Tula, que contenían restos humanos calcinados, tienen igual forma que la pieza procedente de Sabina: "[...]un vaso cilíndrico sencillo y con soporte circular, hecha en alabastro color blanco-amarillento no muy bien pulido [...]"(idem). Del Cenote Sagrado Coggins (1984:33) ilustra una vasija con la misma forma, y en este sentido la iguala con otra hallada en Uxmal que además tiene un panel grabado "en estilo maya Clásico Tardío-Terminal (800-900 D.C.)" (idem).

"Se trata del enterramiento directo de un individuo adulto acompañado de tres osamentas infantiles, dos de ellas completas aunque mutiladas, y un cráneo. [...] Al frente del cráneo adulto se encuentran los tres cráneos infantiles alineados norte sur con la parte frontal al oriente. Diversos huesos largos, infantiles, parecen estar delimitando los restos del personaje central. Son acompañados por el esqueleto de un mamífero decapitado, posiblemente un perro[...]. Bajo el cráneo del individuo adulto, se localizó una cuenta tubular (1.5cm) de piedra verde –jadeíta– y un fragmento de navaja prismática de obsidiana; alrededor del mismo cráneo se encontraron cerca de 300 pequeñas cuentas de concha y piedra verde, las cuales eran parte de un collar que remataba con una placa también de piedra verde. Esta placa, de 5cm, tiene en una de las caras un personaje figurado de frente, en bajo relieve, al estilo mixteca." (Crespo y Saint Charles, 1996:130, fig.10, ver también Saint Charles, 1991a:7-8, 11; Crespo y Saint Charles, 1991 s/p) ([Figura 9](#)).

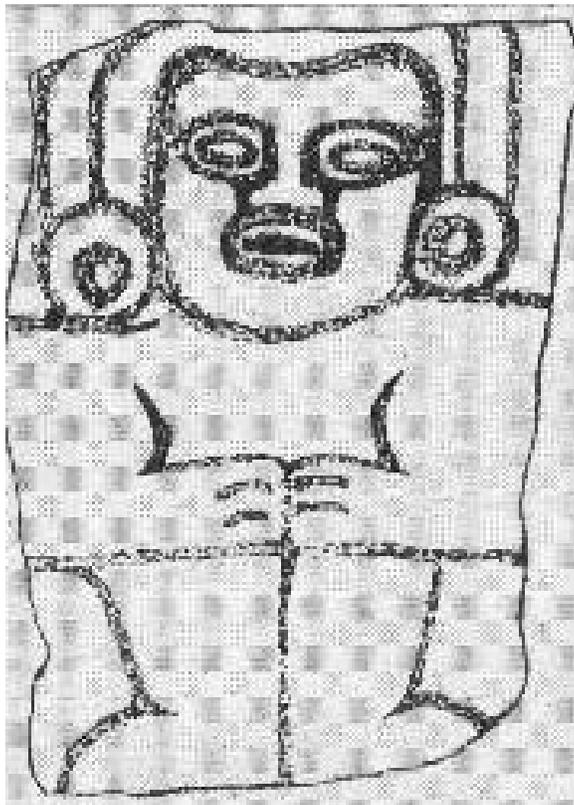


Figura 9. Tomado de Crespo y Saint Charles, 1996.

El contexto fue hallado al excavar una trinchera en una de las plazas ubicadas al oeste del Cerro de la Cruz, cuya construcción fue fechada con base en muestras de C14 entre los años 650 y 750 D.C., aproximadamente (idem). Por desgracia, el Entierro 3 parece ser un evento intrusivo, por lo que su temporalidad es dudosa, pudiendo ser ligera o considerablemente posterior a estas fechas. Creemos, sin embargo, que no dista mucho de ellas, pues contenía vasijas que en otros contextos en el mismo sitio (i.e. UEG) aparecen asociadas a piezas que en su mayoría "[...]guardan gran similitud con cerámicas del Epiclásico[...]" tanto del Centro de México como del Bajío (Crespo y Saint Charles, 1996:137). Adicionalmente, en el Entierro 3 se recuperó una pieza del tipo denominado Rojo Inciso Postcocción Xajay, cuya situación cronológica es controversial desde que fue identificado en superficie por Enrique Nalda en el área de San Juan del Río (1975:95-98).

Sin embargo, aunque es posible que esta cerámica rojo esgrafiado haya tenido una vasta extensión temporal, al menos en un lapso se corresponde con tipos cerámicos ubicados en otras regiones dentro del Epiclásico. Por ejemplo, en el informe de la excavación extensiva en El Zethé, Hidalgo, se reporta la correspondencia de tiestos Xajay con Cañones Rojo/Café (Morett *et al*, 1994:93), este último tipo perteneciente a la Esfera Coyotlatelco en el área de Tula, principalmente dentro de la fase Corral (800-900 D.C.) (Cobean, 1990:238-244).²⁰ Durante la misma exploración se localizó una cista que contenía varios entierros y vasijas cerámicas, entre ellas un ejemplar de Rojo Inciso Postcocción Xajay. El contexto se asociaba a la construcción de una plataforma que fue fechada por Carbono 14 entre los años 777 y 997 D.C. (Morett *et al*, 1994:93, 115).

Mientras aquella placa recuperada en Sabina Grande reproduce únicamente el rostro del personaje, la procedente de Barrio de la Cruz sí aparece completa, con las manos al pecho. Ambas carecen del tocado con atributos de reptil, pero en el caso de Sabina, como parte de la misma ofrenda, fue recuperada una serie de conchas labradas que integraron un sartal (Carrasco *et al*, 2001:72) y que nuevamente retratan al personaje en cuestión, pero esta vez con cabezas de serpiente de perfil en ambos lados.

A pesar de su cercanía y por lo menos de en un punto su contemporaneidad, los sitios de Sabina Grande y Barrio de la Cruz pueden considerarse como pertenecientes a sistemas sociales distintos. El patrón de asentamiento y arquitectura difieren notablemente y hasta ahora se considera lo mismo de la mayor parte de su vajilla (es muy importante resaltar que aunque pocos, sí comparten tipos cerámicos, ver más adelante). Así, las coincidencias en la calidad de los objetos que componen las ofrendas recuperadas en ambos, los insinúa partícipes de un mismo 'bagaje' ideológico que en principio no parece equivaler a un contacto cotidiano.

En su informe sobre el hallazgo de la figura queretana, Crespo y Saint Charles mencionan el reporte de Aveleyra de placas de serpentina con motivos semejantes en

²⁰ Al excavar un drenaje en el Barrio de la Cruz fue localizada una rica ofrenda posteriormente entregada al INAH. Las vasijas provenientes de esta ofrenda fueron estudiadas por Juan Carlos Saint Charles, quien las interpreta resultado de dos eventos distintos. El autor también considera a los ejemplares Rojo Inciso Postcocción Xajay y Cañones Rojo/Bayo como parte del mismo evento (1998:341).

entierros de Apatzingán, Michoacán,²¹ y agregan: "La representación del personaje es parecida a la que se observa en una placa procedente de Tula, Hidalgo, como parte de las ofrendas dentro de recipientes de piedra en los altares de las salas ceremoniales exploradas por Acosta." (Crespo y Saint Charles, 1991, s/p)

Tula

Entre la séptima y décima temporadas de trabajo arqueológico en Tula, Hidalgo, bajo la dirección de Jorge Acosta, se centraron las exploraciones en las Salas 1 y 2 del Edificio 3 o Palacio Quemado. Ambas salas tuvieron banquetas que corrían a lo largo de los muros interiores, en la Sala 2 cubierta con hermosos relieves que representan una procesión. Adosados a las banquetas en ambos cuartos se encontraron altares, dos de ellos conteniendo las ofrendas que nos interesan (Acosta 1954:95-106, 112-114; 1955:146-154, 167-168; 1956-57:100). En el Altar Sur de la primera sala se recuperó:

"[...] una importantísima ofrenda que se encontraba a 25cm de profundidad y que consiste en un recipiente cilíndrico con tapa, hecho en piedra caliza y pintado de rojo. En su interior se encontró una placa de jade y 18 cuentas de concha (láms. 45 y 46). La placa que todavía conserva bastante pintura roja, tiene perforaciones para ser usada como pendiente (lám. 47). Es de color verde oscuro y en ella se talló magistralmente, una figura humana que ocupa toda la superficie de una de sus caras. [...] El personaje está visto de frente y de pie, con la mano izquierda sobre el pecho, lleva orejeras circulares y como tocado, un gran penacho que le cae a ambos lados." (Acosta, 1954:104) ([Figura 10a](#), abajo)

Acerca del altar en el que se encontraron estos objetos, Acosta señala que se trata de una superposición, pues está construido sobre el piso general de la sala y a partir de la banqueta circundante (ibíd:106). Esta situación es la misma del Altar Este en la Sala 2, donde:

"[...] a los 0.20cm de profundidad, se halló un recipiente de piedra de forma cilíndrica y con tapa, también pintado de rojo. [...] al levantar la tapa se vio que contenía una hermosa placa de jade, dos conchas y 16 pequeñas cuentas de este material (lám. 27). La placa fue usada seguramente como pectoral, en vista de que tiene dos perforaciones laterales. Sobre una de sus

²¹ Los autores se refieren al catálogo de adquisiciones del Museo Nacional que compendió Aveleyra en 1964. Entre los materiales de Occidente se muestra un collar de "cuentas de caracol marino con plaquitas de serpentina intercaladas" que lleva como ornamento central una placa con la figura de un personaje, efectivamente del estilo que trabajamos aquí. A decir por su introducción a esta sección, Aveleyra considera que el collar es tarasco, pero no proporciona absolutamente ningún dato sobre su contextualización o temporalidad particular, o sobre quién realizó el hallazgo y cuándo. Es posible que la pieza fuese producto de saqueo, como ocurre con una buena parte de los objetos que fueron adquiridos (comprados) por el Museo para acrecentar su acervo, a principios de la década de los sesenta (Jiménez Betts, com pers. 2001). La ocupación en Apatzingán inicia cuando menos a la par con Teotihuacán III (Kelly, 1948:67-70), por lo que la temporalidad de la placa de jade de este lugar no necesariamente es tardía. Existe otro ejemplar que se presume proviene de Michoacán (actualmente en el Museo de Brooklyn), pero nuevamente fue producto de saqueo y no se sabe nada sobre él (McVicker y Palka, 2001:184-185, notas 9 y 10).

caras tiene esculpida una bella figura humana vista de frente (lám. 28). Los cabellos están sujetos sobre la frente con un adorno circular y caen a los lados con rizos. Lleva dos orejeras circulares y sobre el pecho pende un collar de cuentas esféricas. Tiene las manos sobre el tórax, agarrando un objeto circular que ha aparecido sobre otra escultura en Tula [...]" (Acosta, 1955:152-153) ([Figura 10b](#))



Figura 10. Tomado de Acosta, 1956-57.

En el mismo trabajo, el autor presenta una lámina comparativa donde están presentes la figurilla apenas descrita, la escultura tolteca con la que encuentra similitud, la placa hallada por Sáenz en Palenque y tres ejemplos de piezas provenientes de Monte Albán; podríamos incluir una placa que se expone en el Museo Nacional, procedente de Guerrero, que reúne los mismos rasgos.²² Los brazos están levantados en la posición que frecuentemente observamos en otras figuras, a la altura del pecho y con

²² Eduardo Noguera describe una escultura del Museo Nacional, proveniente de Xochicalco, que muestra similitud con el monolito tolteca: "[...] un personaje de pie que sostiene entre las manos un disco perforado." Sin embargo, en esta ocasión "La cabeza aparece dentro de las fauces de una serpiente y ostenta grandes orejeras." como ocurre en las imágenes de las placas de jade. Noguera concluye: "Esta deidad se ha identificado como Chalchiuhtlicue" (1960:61). Karl Taube ilustra otra escultura del Clásico Tardío, procedente de Puebla, nuevamente con tocado de serpiente y sosteniendo un objeto similar (2000b:318, fig. 10.27c).

las palmas de las manos enfrentadas, tal vez representando la misma actitud, pero en esta ocasión sostienen entre las manos un objeto cuyo significado o funcionalidad se desconoce.²³

Tenemos conocimiento de tres placas más del mismo estilo provenientes de Tula, dos de ellas de jade y la tercera de concha. La primera se exhibe actualmente en la Sala Tolteca del Museo Nacional, donde no se detalla su contextualización. La segunda fue recuperada durante las exploraciones en la Localidad El Canal por parte del Proyecto Missouri (Diehl, 1983, fig. 51), pero además de su imagen y procedencia general no se proporciona mayor información. Por último, algunos autores ilustran o hacen referencia a un fragmento de concha grabado en estilo maya del Clásico Tardío, hallado por Désiré Charnay en Tula a finales del siglo XIX y que actualmente se encuentra en el Field Museum of Natural History de Chicago (Easby, 1961:72; Thompson, 1973:217; Schele y Miller, 1986:78, 89, fig. 5; Paredes, 1990:13-14; McVicker y Palka, 2001). Se pensó durante mucho tiempo que se trataba de concha de abulón, cuyo origen se restringe al norte del océano Pacífico y Golfo de California (véase Schele y Miller, idem); sin embargo, en un estudio reciente se ha propuesto que corresponde en realidad a la especie *Pinctada mazatlanica*, también circunscrita al Pacífico pero con una extensa distribución que abarca desde el Golfo de California hasta Perú (McVicker y Palka, 2001:179). Se ha considerado que la pieza fue tallada por lo menos dos veces y que finalmente se exportó a Tula (Schele y Miller, idem; McVicker y Palka, ibíd:179, 182). Es lamentable que no existan datos sobre su contextualización, pues además de ser una pieza única se observa en ella un fenómeno interesante: aunque la composición, la postura y parte de la indumentaria del personaje ciertamente son de estilo maya, no ocurre lo mismo con el fenotipo (McVicker y Palka, 2001:182) que parece más cercano a las representaciones toltecas.²⁴ Adicionalmente el individuo porta orejeras tipo Q y nariguera de barra, ornamentos ausentes en las placas mayas conocidas por nosotros, pero que aparecen juntos y con frecuencia en las representaciones escultóricas de Tula (Jiménez, 1998) y ocasionalmente en esculturas o murales de sitios mayas como Seibal, Chichén Itzá y Halal, o del Centro de México, como Cacaxtla, durante el Clásico Terminal (McVicker y Palka, idem, fig. 12). Para McVicker y Palka las similitudes entre estos motivos iconográficos y el ornamento de concha son indicadores de contemporaneidad (ibíd:183)

²³ Sobre el elemento circular Acosta nos dice: "[...] ha sido identificado provisionalmente como un espejo mágico, de los que utilizaban los sacerdotes para sus adivinanzas" (1955:167). En la misma Sala 2 del Palacio Quemado se han recuperado varios espejos de pirita (Mastache y Cobean, 2000:121). Karl Taube muestra dos figurillas de estilo teotihuacano que fueron recuperadas por Joseph Ball como parte de una ofrenda en Becán, también sosteniendo un objeto circular entre sus manos, que también identifica como un espejo (Taube, 1992:179-180, fig. 10). En otro trabajo el mismo autor comenta que fue éste un tema escultórico relativamente común en Mesoamérica durante el Clásico Tardío (Taube, 2000b:317). El pendiente que porta el personaje en la placa de concha que trataremos a continuación, también ha sido interpretado como un espejo (McVicker y Palka, 2001:182).

²⁴ McVicker y Palka han realizado un extenso estudio sobre esta pieza (2001). Comparándola con otras de materia prima y manufactura similar, los autores encuentran cierta similitud con un bivalvo sobre el que fue tallada la figura de un personaje sentado, procedente de Panaba en el extremo noreste de la Península de Yucatán (ibíd:179). Aunque en un estilo muy cercano al ejemplar de Tula, los autores subrayan que los rasgos faciales de la placa de Panaba son más "clásicos" mayas y la sitúan tentativamente en el Clásico Tardío/Terminal. Subrayan a su vez la similitud entre esta última representación y la escena grabada en una vasija de tecalli, recuperada con un jade figurativo en una ofrenda en Uxmal (idem).

Puede pensarse que la placa fue tallada en Tula emulando el estilo maya y tal vez utilizando como referente una placa de jade original de aquella región,²⁵ pero entonces resultaría extraño que el objeto muestre en una de sus caras una serie de glifos mayas, que de ningún modo son un rasgo extensivo al Altiplano Central. Quienes la han estudiado sostienen que el grabado anterior y posterior de la pieza se realizó en episodios distintos, habiéndose dañado la inscripción cuando se representó la figura (Schele y Miller, 1986:78; McVicker y Palka, 2001:181). ¿Puede esto tener alguna relación con los rasgos no-mayas de la imagen central? McVicker y Palka comentan: "Si fue un talismán poseído por extranjeros que no estaban familiarizados con los textos mayas, la inscripción en sí misma pudo haber sido de poca importancia" (idem). De tratarse efectivamente de una exportación maya, podría ser que su destino estuviera previsto desde que la placa se talló por segunda ocasión. Esto aportaría alguna información sobre el momento de su arribo a la capital tolteca, pues la integración de rasgos alóctonos (frecuentemente del Centro de México) y su arreglo en una composición con raíces locales, es un fenómeno común en las tierras bajas mayas a partir del Epiclásico (Wren y Schmidt, 1991; McVicker y Palka, 2001:194). Creemos que uno de los candidatos plausibles para su fabricación es Chichén Itzá, sitio con el que Tula sostuvo una íntima relación.

En realidad no se cuenta con elementos suficientes para 'fechar' confiablemente la presencia en Tula de ninguna de las placas de jade. Se ha dicho que la ocupación en El Canal se remite a la fase Tollán (Diehl, 1983:91; Healan, 1989:163; Healan *et al*, 1989:244; Paredes, 1990:85), pero nuestro desconocimiento sobre la procedencia exacta y el contexto en el que fue encontrada la pieza de jade, nos impide reflexionar sobre su presencia en ese lugar.

Se tiene un poco más de información sobre las figuras del Palacio Quemado, pero su asignación temporal se dificulta al no haberse recuperado material cerámico asociado. En cuanto al edificio mismo, algunos elementos cerámicos recolectados durante las exploraciones de Acosta le sugieren una temporalidad tardía (1945, en Paredes, 1990:122). En realidad, el edificio estuvo en funciones durante fase Tollán pero es plausible que su construcción se remita por lo menos a la fase Corral Terminal (dentro del Periodo Antiguo en la secuencia definida por Acosta), dada la presencia de tiestos Coyotlatelco y Mazapa Líneas Ondulantes (Paredes, 1990:60, 122; Gómez *et al*, 1994:17). Se ha propuesto que la construcción en Tula Grande inició en época Coyotlatelco, cuando el centro ceremonial de Tula Chico todavía estaba en funciones, y que el sector monumental de fase Tollán se desplantó sobre aquella primera construcción (Mastache y Cobean, 2000:101). Respecto al Palacio Quemado, Robert Cobean y Elba Estrada se refieren a una serie de ofrendas, localizadas al centro del mismo edificio, como depositadas entre los años 900 y 1000 D.C. (1994:77).

²⁵ Debe resaltarse que ninguna de las placas de jade que se conocen para Tula parece haber sido importada desde el Área Maya. En las ilustraciones de este texto pueden compararse las piezas de esta última región con las halladas por Acosta. La figura del Museo Nacional se asemeja más a las zapotecas y la proveniente de El Canal está fragmentada y es de un trazo bastante simple, dificultándose su relación con alguna de las variantes regionales de este estilo.

En cuanto al hallazgo de las placas de jade, la supuesta ubicación tardía del recinto llamó la atención del propio Acosta, quien tenía conocimiento de las piezas provenientes de Oaxaca y Palenque:

"[...] que en Monte Albán haya representaciones parecidas a las de Tula no es de extrañarse, porque las últimas fases de esta gran urbe ya corresponden al Período Histórico y por tanto, son contemporáneas al Horizonte Tolteca. [...] Pero lo que sí es desconcertante es el ejemplar de Palenque que corresponde al Período Clásico, es decir, anterior a Tula." (Acosta, 1955:167) (como ya hemos expuesto, en ambos lugares se han fechado los hallazgos alrededor del Epiclásico)

La presencia de las placas en el Palacio Quemado es un fenómeno que puede ser interpretado por lo menos en tres direcciones, las dos primeras desligadas de nuestra propuesta cronológica:

1. De encontrarse estas piezas y aquella de El Canal en contextos primarios, correspondientes a fase Tollán (y de ser acertada la temporalidad propuesta para esta fase), la vigencia del fenómeno que hemos descrito sería mayor que lo propuesto y sus exponentes más tardíos se encontrarían en la antigua capital tolteca. Por supuesto las implicaciones de esto serían mucho mayores, incluyendo que no se conserva el patrón observado para la disposición de las piezas en los contextos de sitios vecinos.
2. Se puede pensar que las piezas se encontraban ahí por una situación similar a la de Cerro de las Mesas, es decir, tiempo después de haber sido fabricadas y habiéndose modificado su funcionalidad y simbolismo originales. Así, las piezas pudieron ser retomadas de contextos más tempranos en el mismo sitio (Tula Chico, por ejemplo), haber sido conservadas como reliquias o, considerando una estrecha relación con aquellos toltecas que supuestamente habitaron la península yucateca durante el Postclásico Temprano, ser importadas desde el sur, ya hacia finales de Fase Tollán.²⁶
3. La alternativa que nos parece más viable es que las figuras fueron depositadas en el transcurso del siglo diez, o quizás antes, como ocurría con placas de jade similares en lugares cercanos (Sabina Grande y Barrio de la Cruz, por ejemplo), y como ocurría con otras ofrendas en el mismo Palacio Quemado, que se han situado entre los años 900 y 1000 D.C. (Cobean y Estrada, 1994:77), cerca del momento en el que presumiblemente se obtuvo la placa de concha. En este caso, las singularidades en la integración de los contextos en Tula podrían

²⁶ Aunque menos plausible, debe considerarse la posibilidad de que las piezas hubiesen sido llevadas al sitio ya en el Postclásico Tardío, por parte de grupos mexica. Con frecuencia se han registrado contextos intrusivos con materiales aztecas (entre ellos cerámica IV) en los edificios de Tula Grande (1954:86; 1955:136, 145, 147, 164) y ofrendas similares en cajas de piedra se rescataron en el Templo Mayor, a decir por la información que acompaña a una de las placas de jade expuestas en el museo de este último sitio. Sin embargo, de los informes de Acosta se desprende que el escombros que cubrió al Palacio Quemado (material resultante del desplome del techo a raíz del incendio y derrumbe del edificio) sirvió como relleno a una plataforma mexica, y en este caso por lo menos el Altar Este de la Sala 2 hubiese quedado totalmente sellado.

deberse a la emulación de patrones deposicionales de otras regiones, pensando específicamente en los contextos ya reseñados del Templo del Chac Mool y la subestructura de El Castillo, en Chichén Itzá. Es interesante la gran semejanza que hay entre la disposición de los objetos hallados por Acosta y estas dos ofrendas: en los cuatro contextos se encontraron las placas de jade como parte de collares de concha, dentro de recipientes de piedra con tapa de la misma forma y dimensiones muy cercanas, en tres de los casos las piezas fueron depositadas en un altar y en los cuatro casos en relación con edificios donde se exponían esculturas tipo Chac Mool (Erosa, 1939:244; Acosta, 1955:147-151, 164-167; Marquina, 1990 [1951]:853, 855, foto 422). Las cajas toltecas no contenían mosaicos de turquesa, pero en la misma Sala 2 del Palacio Quemado fue recuperado uno de ellos por Acosta (1957, en Mastache y Cobean, 2000:121) y otro más años después (Mastache y Cobean, idem), con el diseño de serpientes que se observa en dos de los discos de Chichén. Las homologías entre todos estos depósitos son uno más de los singulares rasgos que comparten Chichén Itzá y Tula: "No cabe duda de que la gente de estas dos áreas mantuvo un contacto directo, y hay clara evidencia de la dispersión de una ideología político-religiosa altamente estructurada" (Sanders, 1989:216). El principal obstáculo para abordar la naturaleza de las relaciones entre estos dos sitios reside en que, como comenta Peter Schmidt (1999:444), aún quedan en ambos importantes detalles en la cronología absoluta y relativa por solucionarse.

Similitudes y diferencias entre los contextos

Además de las similitudes entre los materiales que acompañan a las placas de jade, también existen diferencias que es conveniente mencionar. Entre éstas resalta justamente la asociación a entierros humanos secundarios o primarios, o su ausencia, aunque existen casos, como Xochicalco, donde se han observado ambos fenómenos.

Ausencia de restos óseos

En el sitio veracruzano se conjuntan materiales de temporalidad variable muchas veces abarcando periodos largos de tiempo, la disposición de las piezas no muestra orden alguno y se mezcla todo tipo de objetos y ornamentos, razón por la que han sido interpretados como reliquias. Esta problemática ya la hemos expuesto y también hemos profundizado en lo concerniente a Chichén Itzá y Tula, por lo que únicamente resta hablar de Xochicalco y de Oaxaca. El sitio morelense y Monte Albán presentan una problemática especial, el primero porque sabemos que en él se han encontrado las figurillas con y sin restos humanos asociados. Es posible que la situación en el segundo haya sido similar, pero desconocemos las características de los contextos y la procedencia exacta de la mayoría de las placas de piedra verde de la región oaxaqueña. Aunque en las descripciones de Caso parece implícito que se trata de ofrendas exclusivamente artefactuales, dicho autor apenas menciona tres ejemplos; por

lo tanto, el que no conozcamos casos donde sí aparecen restos humanos no descarta la posibilidad de que existan. Por el momento, es poco lo que podemos añadir al respecto. Quizás deberíamos esperar que contextos primarios y de enterramiento, como los que hemos descrito, se localicen en los sitios de los Valles Centrales que durante el Epiclásico experimentaban su apogeo y no precisamente en la capital zapoteca del periodo anterior.

Restos humanos asociados

En el caso de existir inhumaciones una distinción es pertinente. Puede tratarse del entierro de un personaje en cuyo honor se depositaron las piezas (quizás sus pertenencias, como señala Proskouriakoff) o los restos óseos sumarse a los objetos ofrendados. Esta distinción, tan importante, es difícil de establecer.

La respuesta no parece encontrarse en el estado que guardan los huesos, pues la disposición de un entierro secundario no necesariamente representa sacrificio humano, sino que puede ser motivado por un patrón ideológico de tratamiento del cadáver *post mortem* como parte del ritual de inhumación.²⁷ En sepulturas individuales los entierros secundarios parecen ser un caso frecuente en Oaxaca, como lo expresa Alfonso Caso en un resumen sobre patrones inhumatorios zapotecas (Caso, 1933:645). A ello agrega que "[...] en algunas tumbas colectivas, coexisten entierros primarios y secundarios, pero en este caso, el entierro secundario es el más rico e importante" (idem). Por su parte, Chase y Chase especifican que los entierros primarios no son la práctica inhumatoria prominente en El Caracol y hacen referencia a la misma situación siendo relatada por Diego de Landa (1996:76-77).

Por otro lado, la relación de los restos óseos con elementos arquitectónicos sugiere que el individuo se sacrificó debido a una renovación constructiva, pero al menos por lo que se sabe para el Postclásico Tardío a través de las fuentes históricas, no siempre era así. Algunos personajes eran sepultados, de acuerdo con su importancia, en edificios con los que de alguna forma estuvieron relacionados en vida (López de Gómara, 1985:122, 302),²⁸ en épocas muy anteriores se deba a una costumbre similar el que se hayan alterado pisos, muros y escalones para depositar entierros.

²⁷ Mary Helms describe como práctica entre los cacicazgos panameños el abandono de cadáveres a la intemperie. Una vez que los animales salvajes limpiasen los huesos, los restos eran recogidos y debidamente enterrados con sus respectivas ofrendas (Helms, 1979:17, 186, nota 16). Por su parte, al analizar las marcas en restos óseos recuperados en el Salón de las Columnas, La Quemada, Faulhaber (1960, en Darling, 1998:387) concluye que se trata de entierros secundarios, donde la limpieza de los huesos se realizó tiempo después de que el proceso de descomposición había iniciado y posterior a un primer episodio de enterramiento. Nelson *et al* (1992, en Darling, idem) coinciden con esta interpretación, añadiendo que algunas estructuras, tumbas e instalaciones donde se llevó a cabo ese proceso de manipulación múltiple de osamentas, pudieron servir para albergar los restos de ancestros venerados, antes de su entierro definitivo.

²⁸ "Muchos templos hay en Méjico, por sus parroquias y barrios, con torres, en los que hay capillas con altares, donde están los ídolos e imágenes de sus dioses, las cuales sirven de enterramiento para los señores que las poseen, pues los demás se entierran en el suelo alrededor y en los patios." (López de Gómara, 1985:122)

Ambos aspectos (el tratamiento del cadáver y su relación con estructuras arquitectónicas) podrían resultar de tradiciones regionales y adquirir matices locales, para lo que el universo con el que contamos resulta limitado. Si analizamos por separado los contextos observaremos amplias divergencias. En los casos de Palenque y Xochicalco, Sáenz resalta el avanzado estado de deterioro en el que se encontraban los huesos. No sólo no mostraron relación anatómica, sino que aparentemente faltaban miembros, por lo que podríamos pensar que fueron removidos de algún otro lugar antes de ser depositados en las estructuras, sin dejar de ser ésta una mera suposición. En El Caracol, si el desmembramiento fue ritual o si fue durante la profanación que los huesos fueron retirados de su matriz original y amontonados junto con sus ofrendas al fondo de la cámara, tampoco es claro. Barrio de la Cruz mostró, como parte de un mismo evento deposicional, un individuo completo y tres infantes mutilados (además de un mamífero).

Entonces, quizás nos brinde una pista el analizar la relación que pudo existir entre los materiales y los individuos. Casi por regla general al existir restos humanos los objetos parecen complementarse en una indumentaria. Es cierto que también se encuentran elementos como sartales, pendientes u orejeras por separado, pero hay casos en los que los ornamentos se hallaron en el lugar que ocuparían si hubiesen sido portados por sus dueños (esto se especifica en el Entierro 3 de San Juan del Río y el Contexto de Sabina) y en el caso de las orejeras sólo aparecen dos de ellas (como ocurre en la Tumba 2 de Palenque, el Entierro 2 de Xochicalco, nuevamente en Sabina Grande y presumiblemente en El Caracol; en contraste con Cerro de las Mesas, por ejemplo, donde aparecieron decenas, o Tula y Chichén, donde no estuvieron presentes).

Indumentaria y parafernalia ritual

De ser cierto que se sepultó a los individuos con sus pertenencias, es posible que fueran en vida representantes de algún culto y las placas de piedra verde un distintivo de esa cualidad. Al hablar de las suyas, Jorge Acosta señala que son imágenes de sacerdotes puesto que no portan armas (1954:113; 1956-57:100). Claro que es imposible asegurar si hubo "armas" en los contextos arqueológicos descritos, más aún si éstas fueron de material perecedero, pero en contextos iconográficos, donde creemos se representan las figurillas de jade siendo portadas, quienes las llevan no usan armas sino que expresan una actitud ceremonial (ver [Figura 6](#) y [Figura 7](#); véase también McVicker y Palka, 2001, fig. 10 [vasija maya policroma del Clásico Tardío] y fig. 11 [panel grabado de Bonampak, Clásico Tardío]).²⁹ Además, portan muchas

²⁹ McVicker y Palka consideran que las placas de jade no fueron diseñadas para usarse como parte de una indumentaria, pues no conocen casos donde se representen individuos portándolas (2001:190). Disentimos con ellos, pues sí existen ejemplos donde las figuras aparecen en collares, cinturones o pecheros usados por personas, en escultura (principalmente estelas), pintura y en las placas mismas, cuando las imágenes son muy elaboradas. Los autores señalan que tampoco han sido recuperadas en tumbas o asociadas a individuos particulares en entierros (ibíd:192), lo que nosotros creemos sí ocurre en algunos casos, como ya hemos descrito. El hecho de que algunas de estas piezas fueron depositadas en ofrendas votivas no excluye lo otro.

veces tocados con atributos serpentinos que a su vez aparecen en escultura y pintura mural generalmente en representaciones sacerdotales o de gobernantes.³⁰

Se ha dicho con frecuencia que las funciones religiosas y políticas en algunas sociedades prehispánicas recaían en una misma persona (Jiménez Moreno, 1959:1057, 1064; Millon, 1988a:205; Florescano, 1995:17-18) o grupo de personas (Earle, 1990:76. Para el autor esto es distintivo de los cacicazgos complejos). En realidad, no es posible establecer una regla general que explique el carácter de todos los individuos a los que estaba destinado el uso de las placas (o de los tocados ofidianos). Esto se debe a que el sistema de gobierno prehispánico fue heterogéneo, quizás debido al nivel de complejidad y grado de jerarquización alcanzado por cada sociedad. Pero también a que los rasgos elegidos para representar la imagen de individuos prominentes encuentra congruencia, no sólo en la situación política del momento, sino principalmente en el tipo de mensaje proselitista que se persigue expresar, de modo que en algunos casos se resaltan atributos guerreros mientras que en otros se subrayan cualidades sacerdotales. Como se ha dicho, en esta última categoría se integra el uso de la mayoría de las figuras de jade.³¹

Para el caso de Teotihuacán Linda Manzanilla propone que: "[...] el gobierno teotihuacano estuvo en manos de los sacerdotes, quienes no sólo organizaban el culto estatal y local, sino que velaban sobre circuitos económicos de distinta índole." (1995:167-168). Un caso similar parece presentarse en Monte Albán.

Como expresamos con anterioridad, nos inquieta nuestro desconocimiento sobre el hallazgo de estas figuras de piedra verde en contextos de enterramiento en Monte Albán. Nos inquieta porque precisamente en aquella ciudad creemos encontrar un buen ejemplo de su uso. Nos referimos a las famosas urnas, cuya presencia en las tumbas es casi una regla. Alfonso Caso e Ignacio Bernal analizaron cerca de trescientas piezas de este tipo y sobre su posible significado nos dicen: "Indudablemente, la mayor parte de las urnas son representaciones de dioses o bien de sacerdotes ataviados con los

³⁰ Los tocados de serpiente muchas veces están asociados a imágenes que portan bolsas de incienso consideradas un atributo sacerdotal (Rands, 1955:286, 288; Coggins, 1980:62; Von Winning, 1987:1:79; Millon, 1988a; Manzanilla, 1995:163; Taube, 2000a:15). En murales teotihuacanos con frecuencia los personajes que usan estos tocados llevan consigo ollas 'irrigadoras de pulque' (Rivas, 1993), las bolsas (posiblemente con copal), y es común que de sus manos emane una corriente de agua o sangre y de sus bocas surja una vírgula que contiene elementos marinos y 'preciosos' (como conchas y chalchihuites) (Millon, 1988a:196). En los relieves de la Pirámide de las Serpientes Emplumadas en Xochicalco, los individuos que alternan con las ondulaciones de las serpientes representan "[...] varias figuras humanas sentadas a la usanza oriental: éstas llevan como tocado una cabeza de serpiente y largas plumas vueltas hacia abajo [...]. Algunos de estos personajes ostentan la vírgula de la palabra y por su gesto y actitud reverencial parecen sacerdotes aunque también se han identificado como grandes señores o jefes. Ostentan en el cuello cinco grandes cuentas, de las orejas les penden anchas orejeras [...]" (Noguera, 1960:45). En Oaxaca, los frescos de la Tumba 104 muestran varios individuos entre los que se encuentra uno, muy similar a los que aparecen en murales teotihuacanos, con tocado serpentino del tipo que tiene el hocico alargado hacia arriba. Lleva en una mano una bolsa mientras extiende la otra hacia el frente (las interpretaciones de Caso y Marcus acerca de las figuras en los frescos son las mismas que exponen para las urnas, ver más adelante) (Caso, 1965b:867, fig. 28; Marcus, 1983a:137, 140, fig. 5.9). La urna que decoraba la fachada de la Tumba 104 presenta los mismos rasgos (Caso, 1965b:867; Caso y Bernal, 1952:52, fig. 72).

³¹ Las únicas excepciones que conocemos de individuos que portan placas de jade y 'armas' se encuentran en la columna 10W del Templo de los Guerreros, en Chichén Itzá (en McVicker y Palka, 2001, fig. 12c) y en dos esculturas de Tula (Acosta, 1955, lám. 2; Jiménez, 1998, figs. 22 y 59). En una de éstas Mastache y Cobean identifican además de armas algunos posibles "símbolos de realeza" (2000:119, fig. 23).

vestidos de los dioses [...]" (Caso y Bernal, 1952:10; Paddock, 1972b:253). Centraremos la atención en un rasgo presente sólo en cuatro de ellas, correspondientes todas al periodo IIIb.

Al decorar la fachada de la Tumba 104 se empotró la imagen de un personaje que Caso y Bernal denominaron 'Dios con Cabeza de Cocijo en el Tocado'. El individuo extiende una de sus manos con la palma hacia arriba y con la otra sostiene una bolsa. Lleva, además del vistoso tocado con la imagen del dios de la lluvia, un "[...]pectoral formado por una mascarilla, que probablemente representa una mascarilla de jade, y un moño del que cuelgan tres cascabeles [...] formados por unos caracoles recortados del género *olivella*" (1952:52, fig. 72). A la entrada de la misma tumba se encontró otra urna, bautizada en esta ocasión como 'Dios del Moño en el Tocado', una de las supuestas advocaciones de Pitao Cozobi, deidad del maíz. La imagen también muestra "[...] un collar que tiene un pectoral formado por una mascarilla, probablemente de jade, de la que cuelgan tres cascabeles de caracol" (ibíd, 1952:101-104, figs. 168 y 168 bis). Además, en la boca lleva una "característica máscara serpentina, con la nariz volteada hacia arriba", rasgo que nuevamente aparece en el mural norte del sepulcro como tocado de un personaje y en la lápida que cerraba la entrada (ibíd:104, 107).

Los dos ejemplares restantes, que proceden de Xoxocotlán, llevan collares de las mismas características, presumiblemente insinuando adornos de jade y concha. La máscara de Cocijo cubre el rostro de uno de los individuos (ibíd:20, fig. 2) y el otro, sin máscara, fue asociado con Pitao Cozobi (ibíd:46, fig. 63).

Coincidimos con Joyce Marcus (1983b) en que la mayoría de las urnas representan seres humanos y no dioses. La autora argumenta que las deidades no reciben nombres calendáricos, como aparecen en algunas urnas, y llama la atención sobre la frecuencia con la que se combinan rasgos que se han supuesto inicialmente como de deidades diferentes. Este último fenómeno causó algunos problemas a Caso y Bernal, pues cada vez que aparecían nuevos elementos, o se recombinaban, recurrían a un nuevo nombre y al finalizar su clasificación pareciera que el panteón zapoteca fue vastísimo, una religión politeísta en toda la extensión de la palabra. Marcus propone: "[...] tal vez simplemente tenemos un sistema que incluye una figura humana y un grupo de atributos (por ejemplo agua, maíz, relámpago), que definen la fuerza supernatural o la serie de fuerzas supernaturales presentadas en el tocado." (1983b:146)

Pero, ¿qué significa que una persona muestre en su rostro o en el tocado estos rasgos? Marcus opina que en el primer caso puede tratarse de ancestros del enterrado que han adoptado atributos supernaturales, y en el segundo de individuos contemporáneos honrando a aquellos ancestros y a las fuerzas naturales plasmadas en sus adornos (ibíd:144, 146, 148). Esta segunda observación se asemeja a aquella de Caso y Bernal, no en el sentido de que se trata de deidades, sino de que pudieran ser imágenes de sacerdotes de un culto determinado (o cultos) que expresan esa cualidad a partir de su indumentaria (que en los cuatro casos particulares que señalamos incluye una figura de jade en sus collares).

La primera propuesta de Marcus presenta algunos obstáculos pues no siempre las urnas se encuentran asociadas a entierros, además de que muchas piezas fueron fabricadas en serie y se usaron en contextos diferentes (Caso y Bernal, 1952:10). Por ello, es difícil pensar que se trata de 'retratos' de personajes específicos o ancestros 'verdaderos'; sin embargo, bien podría ser que efectivamente se exprese con ellas un sentido de pertenencia a cierto linaje, pero tal vez un linaje ficticio o mítico, es decir, una línea de 'parentesco' a la que pertenecen sus dueños por ostentar algún cargo y no por herencia sanguínea directa.³²

Para generalizar nuevamente en los contextos, diremos por último que la mayoría de las urnas oaxaqueñas se han encontrado vacías, pero en las raras ocasiones que contienen algo "[...] hay navajas de obsidiana, cuentas de piedra verde, caracoles usados como cascabeles y, a veces, huesos de un pequeño animal." (Caso y Bernal, 1952:10)

Las navajas prismáticas, que son un elemento común entre las ofrendas que hemos descrito, podrían estar simbolizando el autosacrificio.³³ Haciendo una analogía con las prácticas observadas por los conquistadores a su llegada, el uso de navajas para autosacrificio es reseñado por Bernardino de Sahagún y Francisco López de Gómara, como parte de los preparativos de algunas fiestas celebradas por los mexica.³⁴

Quizás no aplica a todos los casos, pero específicamente en los contextos de Sabina Grande y San Juan del Río hay más elementos para considerar que las ofrendas son resultado del ritual de inhumación de un personaje, incluyendo la disposición de sus pertenencias, y que esta práctica estuvo vinculada con las actividades que el individuo ejerciera en vida. Como vimos, el adulto en Barrio de la Cruz estaba acompañado de restos infantiles (cuyos cráneos habían sido peculiarmente acomodados) y de un posible canino. Nuevamente remitiéndonos a las fuentes del siglo XVI, los mismos cronistas describen el sacrificio de infantes (Gómara especifica su "desollamiento")

³² A propósito de la anotación de Marcus acerca de que a las deidades no les corresponden nombres calendáricos, Judith Zeitlin menciona que en el Popol Vuh esos nombres sí se asignan a protagonistas sobrenaturales de eventos míticos (Zeitlin, 1993:133).

³³ Andrew Darling comenta que la abundancia de navajas prismáticas de obsidiana en ciertas áreas mesoamericanas ha motivado que se les considere objetos de carácter utilitario (1998:383); sin embargo, su importación como producto terminado, la proveniencia lejana del material (a pesar de la posibilidad de obtener este recurso en yacimientos cercanos) y su ocurrencia en contextos específicos, permiten al autor sugerir que la distribución de navajas prismáticas pudo obedecer a "[...] un intercambio de 'bienes de prestigio' entre elites o autoridades" (Darling, *ibíd*:382-383, 392, véase también Jiménez y Darling, 2000:175-177). Estos objetos fueron una herramienta ritual importante, incluyendo su uso para el autosagrado. Darling agrega que las navajas posiblemente se emplearon en el desmembramiento y limpieza de huesos, al completar un acto de sacrificio o como parte de un complejo ritual de inhumación de personajes prominentes (*ibíd*:384-388, 391): "[...] las navajas prismáticas no fueron un elemento esencial pero probablemente sí uno deseable en la ejecución de estos rituales, por su efectividad como herramientas y por su potencial significado como objetos sagrados de poder, asociados a contactos de larga distancia [...]" (Darling, *ibíd*:391)

³⁴ "[...] con unas navajitas de piedra se cortaban las orejas, y con la sangre que de ellas salía ensangrentaban las puntas del maguey que tenían cortadas y también se ensangrentaban los rostros." (Sahagún, Libro II, Capítulo XXV, 1982:114); "Los sacerdotes perfumaban aquellas nuevas navajas, y las ponían al sol en las mismas mantas. Cantaban unos cantares regocijados al son de algunos atabalejos. Callaban los atabales, y cantaban otro cantar triste, y luego lloraban muy fuerte. Iban entonces todos, unos tras otros, como quien toma ceniza, a un sacerdote que estaba en la grada más alta; el cual horadaba, como hombre diestro en el oficio, la lengua de cada uno por medio con su navaja, que para eso hacían tantas." (López de Gómara, 1985:325).

como ofrenda a los dioses del agua,³⁵ y también la costumbre de enterrar a los perros con sus dueños para que fuesen de utilidad durante su tránsito al inframundo.³⁶

Una característica distintiva de los sacerdotes es que portan incensarios al ejercer su oficio, como observamos en innumerables edificios, murales, estelas... y como lo señalan también las fuentes.³⁷ En la ofrenda del personaje sepultado en Sabina se añadió uno de éstos, además de una pipa de barro (Carrasco *et al*, 2001:61, 68, 70). Las pipas son objetos que aparecen con marcada frecuencia en la región y podrían considerarse también de carácter ritual.

Otro elemento propio del contexto de Sabina Grande es el aro de concha con perforaciones que ya ha sido mencionado y que guarda gran similitud con los que ilustra Séjourné a propósito de sus excavaciones en Teotihuacán (1996 [1969]:254). Se trata de elementos que originalmente estuvieron unidos en pares y que eran portados por los hombres a manera de anteojos, sostenidos por una banda en la parte posterior de la cabeza. El uso de anteojeras es un rasgo que en la pintura mural sirve para distinguir seres humanos de mitológicos, pues mientras las figuras humanas los llevan como máscara cubriendo sus ojos, en el caso de una deidad los anillos son parte "monstruosa" pero orgánica de la cara de la criatura (Pasztor, 1974:13). Es posible que este objeto en Sabina cumpliera con la misma función.³⁸

Características comunes entre las ofrendas

Es quizás el más importante entre los rasgos compartidos la procedencia geográficamente tan diversa de los objetos, que al conjuntarse constituyen un universo

³⁵ "[...] En este mes mataban muchos niños: sacrificábanlos en muchos lugares y en las cumbres de los montes, sacándoles los corazones a honra de los dioses del agua, para que les diesen agua o lluvias." (Sahagún, Libro II, Cap. I, 1982:77); "[...] hacían fiesta al dios llamado Tláloc, que es dios de las lluvias. En esta fiesta mataban muchos niños sobre los montes; ofrecíanlos en sacrificio a este dios y a sus compañeros para que los diesen agua." (Sahagún, Libro II, Cap. III, *ibíd*:79); "[...] hacían gran fiesta a honra de los dioses del agua o de la lluvia llamados Tlalocque. Para esta fiesta buscaban muchos niños de teta, comprándolos a sus madres; escogían aquellos que tenían dos remolinos en la cabeza [...]. A estos niños llevaban a matar a los montes altos [...]" (Sahagún, Libro II, Cap. XX, *ibíd*:98); "Cuando ya los panes estaban un palmo de altos, iban a un monte que para tal devoción tenían destinado, y sacrificaban un niño y una niña de tres años cada uno, en honor de Tlaloc, dios del agua [...] no les sacaban los corazones, sino que los degollaban. Los envolvían en mantas nuevas, y los enterraban en una caja de piedra. La fiesta de Tozoztli, cuando ya los maizales estaban crecidos hasta la rodilla, repartían cierto tributo entre los vecinos, con el que compraban cuatro esclavitos, niños de cinco hasta siete años y de otra nación. Los sacrificaban a Tlaloc para que lloviese a menudo [...]" (López de Gómara, 1985:319-20).

³⁶ "[...] hacían al difunto llevar consigo un perrito de pelo bermejo, y al pescuezo le ponían hilo flojo de algodón; decían que los difuntos nadaban encima del perrillo cuando pasaban un río del infierno [...]" (Sahagún, Apéndice al Libro III, Cap. I, 1982:205); "[...] un perro que lo guiase a donde había de ir." (López de Gómara, 1985:302)

³⁷ "[Los "sátrapas" o "ministros de los ídolos"] salíanse al patio del cu, y puestos en medio del patio tomaban brasas en sus incensarios y echaban sobre ellas copal e incensaban hacia las cuatro partes del mundo [...]" (Sahagún, Libro II, Cap. XXV, 1982:113).

³⁸ En el contexto de Sabina sólo fue recuperado uno de estos elementos, por lo que se podría cuestionar si su función fue realmente esa. Sin embargo, al reportar algunos entierros asociados a cerámica Mazapa en Atetelco, Pedro Armillas menciona el hallazgo de también una sola "placa anular de concha [...] con pequeños agujeros que seguramente sirvieron para pasar hilos para colgarla", dispuesta ante la órbita izquierda de uno de los cráneos (1950:56).

indivisible. No debe ser resultado del azar, sino de una intencionalidad y simbolismo subyacentes, que sitios tan distantes entre sí y con acceso diferencial a recursos y redes de intercambio, obtuviesen y conjuntasen el mismo tipo de objetos de 'lujo' en ofrendas similares. Que las placas de jade estén acompañadas por objetos de concha es un común denominador y en un mismo contexto pueden encontrarse elementos procedentes de ambas costas; la mayoría de las veces se trata de cuentas, pero existen varios ornamentos más complejos y piezas completas o labradas. Adornos de piedra verde, con mayor frecuencia orejeras y cuentas, se reúnen también, y en varios casos existen navajas prismáticas de obsidiana. Es común hallar laminillas que conformaron mosaicos (de turquesa en Sabina Grande y Chichén Itzá), mientras que vasijas de tecali se presentan en los contextos de Xochicalco, Sabina Grande, San Jerónimo (ver [nota 13](#)) y también en el Cenote Sagrado. Un rasgo más de coincidencia es, como ya hemos mencionado, su temporalidad.

Sobre las figuras de piedra verde, la mayoría muestra un tocado con rasgos ofidianos. George Kubler, estudioso de la iconografía teotihuacana, sugiere que "[...] los pintores y escultores buscaban formas logográficas claras y sencillas. Les interesaba menos registrar apariencias que combinar y componer asociaciones significantes [...]" (reflexión que comparte Pasztory, 1992:288); por esta razón experimenta la aplicación de un modelo lingüístico que le permite examinar cada forma de acuerdo con una hipotética función verbal. Durante su análisis descubre que la mayoría de los signos e imágenes son usados como expresiones nominales para describir sustancias y conceptos. En seguida los más numerosos son los que se usan como adjetivos para denotar cualidades y jerarquía. Menos comunes son los predicados verbales sobre obras y acciones (Kubler, 1972a:74). Entre las expresiones registradas de esta manera, Kubler encuentra que muchas formas ocupan varias posiciones "gramaticales" a la vez: "El uso normal aparece cuando se combinan propiedades sustantivas (como fauces de jaguar, lengua de serpiente y ojo de pájaro) en una imagen de culto. Empero, si esta forma aparece a modo de tocado, su papel es conferir al portador del mismo, carácter de devoto o celebrante, y puede entonces clasificarse como forma adjetiva" (ibíd:76). Este ejemplo podría corresponder a lo que observamos en las figuras de jade, cuya finalidad no sería retratar a un personaje específico sino expresar una cualidad, que de ser extensiva al usuario nos mostraría nuevamente a un representante de culto (ver [nota 28](#)). Respecto a un par de placas de este tipo (una de ellas procedente de Jaina), nos dice Herbert Spinden: "A pesar de que es evidente que los jades fueron con frecuencia enterrados con los muertos o usados como ofrendas votivas en los templos, es inseguro considerarlos retratos" (1975 [1913]:144, figs. 195 y 196). Ringle, Gallareta y Bey también piensan que la intención no fue retratar personajes históricos, dada la limitada variedad de vestuarios y posturas representados en las piezas, además de su presencia en fachadas arquitectónicas y ofrendas en sitios diversos (1998:207).

El otro rasgo que se presenta con una regularidad asombrosa entre las placas de jade es la postura de las manos. Muy pocas veces sostienen algo entre ellas, casi todas simplemente las elevan a la altura del pecho enfrentando las palmas o uniendo los dorsos. Es posible que esta postura derive de las representaciones escultóricas donde

sí aparecen las imágenes portando objetos, como vemos en aquellos monolitos descritos por Acosta y Noguera para Tula y Xochicalco (ver [pág. 26](#) este volumen);³⁹ en las Estelas 1, 2 y 3 de Nopala, en la costa oaxaqueña (Zeitlin, 1993:134, figs.12a, b y c);⁴⁰ y en innumerables estelas mayas, como las Estelas E, H, P, N, 3, 5, 6, y 7 procedentes de Copán (Spinden, 1975 [1913]:50, fig. 46 y fotos 18 y 19; Fash y Fash, 2000:fig. 14.1), la Estela 6 de Naranja (Spinden, *ibíd*:178, fig. 226) y la Estela 1 de Tikal (Spinden, *ibíd*:foto 21).⁴¹ A manera de glifo, manos en una postura muy similar aparecen acompañando escenas, lo que puede verse en la Estela 9 de Monte Albán y la Estela 1 de Xochicalco (Litvak, 1972:61), donde Joyce Marcus las ha interpretado como un glifo que simboliza alianzas políticas (Marcus, 1992:409, 411).

Ya de por sí la presencia generalizada de las figurillas de piedra verde en sitios tan distantes, como advierte Coggins, "[...] sugiere una relación a partir de una actividad ofrendaria ecléctica que fue dispersada en el Clásico Terminal" (Coggins, 1984:70),⁴² pero esta relación en realidad es mucho más compleja, si consideramos que dicho rasgo no está aislado. Como se ha señalado, el significado de las imágenes sobre piedra verde se expresa también en la asociación cualitativa de los diversos objetos que las acompañan.

³⁹ En El Cerrito, Querétaro, se recuperó un fragmento de la escultura de un personaje que aparece "[...] de frente y descansa las manos sobre el tórax; como adorno porta un pectoral y unas orejeras circulares" (Crespo, 1991b:203, fig. 24). Como la misma autora lo subraya (*idem*), esta representación es muy similar a las figuras de piedra verde.

⁴⁰ Estas piezas son muy interesantes porque, a diferencia de los ejemplares ilustrados por Acosta que muestran únicamente un objeto circular, en las Estelas 1 y 2 de Nopala el individuo sostiene con una mano un cuchillo y en la otra una voluta triple, que quizás simbolice un corazón (Urcid, 1993:148). A decir por las ilustraciones que acompañan los textos de Judith Zeitlin y Javier Urcid, esta postura no es la más común en la región, donde más bien se observan los brazos de los personajes cruzados sobre el pecho. La autora interpreta las piezas como representaciones de muertos asociados al ritual de sacrificio del juego de pelota (Zeitlin, 1993:134); Javier Urcid opina que se trata de ancestros (1993:148). Las esculturas de brazos cruzados muestran también alguna semejanza con las placas de jade, como puede verse en aquellas expuestas en el Museo de San Miguel Ixtapan, Estado de México, fechadas para el Epiclásico.

⁴¹ Hemos referido algunos casos en que los personajes esculpidos llevan un objeto circular. Entre los mayas es más frecuente una barra ceremonial, sostenida entre los brazos doblados y a la altura del pecho. Los extremos de estas barras comúnmente rematan en cabezas de serpiente (Spinden, 1975 [1913]:24, 49-50).

⁴² También menciona como "una faceta de las actividades ofrendarias contemporáneas postuladas para el Clásico Terminal" las vasijas de tecali (Coggins, 1984:54).



Mapa 1. Distribución de las Placas de Jade.

1. Barrio de la Cruz, Gro.
2. Sabina Grande, Hgo.
3. Tula, Hgo.
4. Tecamac, Edo.Mex.
5. Teotihuacán, Edo. Mex.
6. Cacaxtla y Xochitécatl, Tlax.
7. Xochicalco, Mor.
8. San Jerónimo, Gro.
9. Cerro de las Mesas, Ver.
10. Valles Centrales de Oaxaca
11. Palenque, Chis.
12. Nébjaj, Guatemala
13. El Caracol, Belice
14. Jaina, Camp.
15. Chichén Itzá, Yuc.
16. Apatzingán, Mich.

Interacción Social en el Epiclásico

En su interesante artículo, Ringle, Gallareta y Bey (1998) abordan la amplia distribución de las placas de jade en Mesoamérica como reflejo de la dispersión ideológica de un culto relacionado con Quetzalcóatl. A diferencia de estos autores, los datos y contextos

que hemos examinado en este trabajo y su análisis iconográfico nos sugieren la expresión de un culto diferente, relativo al complejo mesoamericano del agua y la fertilidad a partir de uno de sus principales exponentes: la serpiente emplumada. Este aspecto lo exploramos ampliamente en un trabajo nuestro en preparación (Solar, en preparación).

En fin, que los individuos inhumados pudieron ser sacerdotes que presidían este culto y que las placas de jade formaron parte de su peculiar indumentaria, es una posibilidad. Que eso al mismo tiempo les confiriera un status o poder político, también es viable (ver [págs 33-34](#), este volumen). Los mismos personajes, en vida, podrían haber dispuesto algunas de sus pertenencias como parte de ofrendas votivas en ceremonias relativas al culto del que eran representantes, o a su muerte serían acompañados por ellas como testimonio de su distinción. Por ahora, lo que nos interesa es que podemos ver esta expresión no en una ciudad ni una región, sino a todo lo largo de dos terceras partes del territorio mesoamericano.

En un excelente trabajo sobre continuidad como común denominador en el aspecto social, John Paddock nos dice: "[...] el 'Clásico' mesoamericano no 'declinó', no se extinguió y no lo siguió una 'Edad Media' que antecediera el surgimiento del 'Postclásico' [...] lo siguió directa e indirectamente una fase panmesoamericana [...]" (Paddock, 1987:26, ver también Flannery y Marcus, 1983:183; L. Austin y L. Luján, 2000:23; Jiménez, 2001:4). Este fenómeno no debe ser resultado de otra cosa que una apertura en el sistema de comunicación e intercambio ideológico a que dio lugar el desvanecimiento del auge teotihuacano. Un obstáculo para acercarse a dicho sistema lo representa la concepción que se tiene de Mesoamérica durante el Epiclásico como un periodo de enorme tensión y constante enfrentamiento entre grupos humanos.

El estrechamiento de vínculos ideológicos y el distanciamiento social son argumentos no sólo opuestos, sino contradictorios. Esto no quiere decir que el ser partícipes de un mismo bagaje ideológico descarte la posibilidad de enfrentamientos políticos, pero sí que la comunicación que se requiere para expresar de un mismo modo dicha ideología se vería mermada de existir un eterno e insalvable conflicto intercultural. ¿Cómo explicar esquemas ideológicos y su manifestación material compartidos entre sociedades en proceso de mutua anulación?: un "panorama marcado por la competencia y el bajo nivel de integración", un "clima incierto" donde se disputaban los "recursos escasos" y donde "la inestabilidad política logra que lo militar permee todos los ámbitos de la vida social" (López Luján, 1995:262, véase también Paredes, 1990:30, nota 21; Sugiura, 2001:347) y las poblaciones sostienen "una lucha interminable para mantener su autonomía ante sus ambiciosos vecinos" (Marcus, 2001:29), son algunas de las características que se han propuesto como descriptivas del Epiclásico.

No se puede negar que en la época prehispánica existieron conflictos entre poblaciones, pero como ya se ha desechado la idea de que la diferencia entre los periodos Clásico y Postclásico consistió en el carácter *exclusivamente* teocrático del

primero y el militarismo *exacerbado* del segundo,⁴³ el Epiclásico no debiera tampoco asumirse como el periodo de hostilidad que algunos autores han manejado (i.e. Pasztory, 1988:71; Hers, 1988:30-36; López Luján, 1995; Florescano, 1995:225-228; Ringle *et al*, 1998:185, 195; L. Austin y L. Luján, 2000; Marcus, 2001; Sugiura, 2001:347, 349, 385). En una situación de esa naturaleza es difícil concebir que pudieran sostenerse canales de tan estrecha comunicación e integración, como los reflejados en la obtención, distribución y contextualización de los rasgos que hemos tratado.

La presencia de materiales alóctonos ha sido un argumento de quienes esbozan imposiciones políticas, invasiones guerreras y conquistas (i.e. Bernal, 1976:133), como si la única vía por la que viajaran los objetos fuera la propia mano de sus fabricantes, sin intermediarios ni sistemas complejos de intercambio: "[...] confundimos a un pobre alfarero con un ejército imperial [...], creamos grandes imperios para explicar lo que podrían explicar unos cuantos mercaderes [...]", nos dice John Paddock (1972b:251).

Es difícil deslindar aspectos en esencia articulados como lo fueron la política, la economía y la religión (Drennan, 1998). En Mesoamérica el comercio estuvo estrechamente vinculado con todos ellos y podríamos decir que constituye precisamente el nudo de su enlace.

Pareciera que el auge de los sitios del Epiclásico resultó de un giro en la importancia religiosa, política y económica de Teotihuacán, que pudo propiciar la reestructuración (no la anulación) de los patrones de comercio e intercambio y dar oportunidad a otros centros de engancharse a la red económica con posturas más favorables (Senter, 1981:149; Flannery y Marcus, 1983:185; Ball y Taschek, 1989; Jiménez, 2001:2-3). En otro espacio profundizamos en algunos de los modos en que interactuaron dichas sociedades, como causa y consecuencia de su inmersión en un sistema de comunicación abierto, cuyo origen es más la tendencia natural de los seres humanos a buscar participar en la dinámica global de una civilización, que la existencia de meros receptores pasivos (Solar, en preparación).

Relaciones estrechas entre grupos humanos existieron a todo lo largo (geográfica y temporalmente hablando) de Mesoamérica, y este sistema no fue víctima de drásticas interrupciones, como lo aparentan nuestros cuadros cronológicos. El que Teotihuacán constituyera un atractor durante el Clásico no llegó a extinguir esa estructura. Coincidimos con Sanders en que tal vez la mayor herencia que dejó Teotihuacán al resto de Mesoamérica fue precisamente la integración de redes existentes (Sanders, 1989:214; ver también Willey y Phillips, 1958, en Jiménez Moreno, 1959:1058; Jiménez, 1989:29-30; Jiménez y Darling, 1992:22). Esta articulación entre sociedades se mantuvo durante el Epiclásico (no sólo a una escala local como se ha sugerido,

⁴³ La definición del mundo clásico como una teocracia fue introducida por Wigberto Jiménez, Pedro Armillas, Ángel Palerm, Ignacio Bernal y Alden Mason, entre otros (Jiménez Moreno, 1959:1056-1057), y la transformación de éste en militarista fue una propuesta principalmente del primero (ibíd:1063-1064). El esquema se adoptó y gozó de bastante popularidad hasta hace pocos años, pero actualmente se conocen indicios de militarismo en la capital "teocrática" del Clásico, y también se sabe que el Epiclásico y Postclásico Temprano no fueron exclusivamente periodos de conflicto social.

véase Sugiura, 1996:239; 2001:376), y es posible incluso que su complejidad aumentase.

Precisamente a raíz de aquellas expresiones que no son de enfrentamiento, la interacción entre sociedades adquiere mayor complejidad y de manera irregular e impredecible van tomando forma fenómenos de alcance geográfico inaudito.

Entre las observaciones de los autores citados se desprende que, aunque existen varios lugares donde el jade está disponible, la *producción* física de las figurillas que nos interesan se desarrolló hacia la costa del Pacífico, en el territorio que actualmente ocupan los estados de Guerrero (al sur), Oaxaca y Chiapas, en México; y Guatemala y El Salvador, en Centroamérica. ¿Por medio de qué redes distributivas arribaron las placas de jade a los estados de Querétaro e Hidalgo? y, en sentido inverso, ¿Por qué vías pudo haberse distribuido la turquesa hasta la Península de Yucatán?

En la siguiente sección esbozaremos algunas de las redes por las que pudieron haberse dispersado estos objetos, con énfasis en la porción norte de la Mesa Central. Esta región, cuyo papel en la dinámica mesoamericana se ha subestimado, es clave si se intenta profundizar en la magnitud y alcances de ese sistema social.

Como veremos, en la medida que se reduce la perspectiva de análisis desde un nivel macro hasta uno regional, las relaciones suelen involucrar a un mayor número de elementos materiales.

Esferas de Interacción y Redes Distributivas en Mesoamérica

"Esta dispersión [de las placas de jade] plantea interesantes problemas, pues no es congruente con nuestra impresión general del aislamiento de las tierras bajas mayas en tiempos del Clásico Tardío, y el limitado intercambio de piezas cerámicas en ese momento"
(Proskouriakoff, 1974:14)

A pesar de que se ha considerado a la Cuenca de México como actor principal en el discurrir histórico de Mesoamérica, no fue ésta un agente primordial en el establecimiento de los sistemas de comunicación e intercambio prehispánicos. En la peculiar geografía mesoamericana las franjas costeras fueron importantes arterias por las que transitaban objetos e ideas, ramificándose tierra adentro. Por desgracia es aún precario nuestro conocimiento sobre estas áreas comúnmente consideradas marginales, y los esfuerzos de quienes trabajan en la costa apenas comienzan a llenar este vacío.

Importantes distancias culturales y geográficas se redujeron vía el Golfo de México y en este sentido, como comenta Jaime Litvak, es importante considerar la importancia de Veracruz "como reducto general en una red mesoamericana total" (1987:204); agregaríamos al Istmo de Tehuantepec como un nudo de igual magnitud en conexiones culturales (Schmidt, 1999:427; Fash y Fash, 2000:433) y, desde luego, como antesala de otro corredor de relevancia: El Pacífico.

Por lo menos desde el periodo Formativo⁴⁴ se configuraba en Mesoamérica una red con algunos cauces principales, como aquellos que corrieron paralelos a las franjas costeras fusionándose en el Istmo, aquellos que abrazaban a la Cuenca y aquel que se adentraba a ésta desde el sur. Nos dice el arquitecto Ignacio Marquina:

"Son mucho más abundantes los restos de cerámica pertenecientes a este periodo, que demuestran la gran extensión de la cultura arcaica, ya que se encuentran en los Estados de México, Querétaro, Morelos, Hidalgo, Veracruz, Tamaulipas y Guerrero [...] Sin embargo, el estudio detallado de estos tipos [...] parecen demostrar que el centro de la cultura arcaica no estuvo en la Mesa Central, sino que se trata de una cultura periférica debida a la influencia sobre los pueblos que habitaban el centro de México, de una cultura ya desarrollada en la costa del Golfo, desde Tamaulipas hasta el sur de Veracruz, que se extendió por la cuenca del río Pánuco y por los valles de Puebla y de Morelos, hasta Teotihuacán y Cholula, y después hasta Michoacán y Guerrero. Esto indicaría que desde esta época, que ya podría colocarse dos o tres siglos antes de la Era Cristiana, había ya cierta unidad entre las culturas del Golfo y las de la Mesa Central, y por consecuencia en los monumentos y en la cerámica ciertos elementos comunes que persisten a través de su desarrollo posterior [...] los elementos básicos de los edificios son también, desde entonces, los mismos en todas partes, aún cuando después van diferenciándose con modalidades propias de cada región."(Marquina, 1941:137-138)

En un estudio comparativo entre Veracruz y la Región Maya, Eric Thompson nos muestra que las relaciones entre estas regiones durante la época prehispánica fue una constante: "[...] desde la época formativa hasta la llegada de los españoles, Veracruz y la región maya fueron vinculados por fuertes eslabones culturales" (1953:453). Las evidencias de contacto abarcan desde Guatemala y Belice, atravesando los estados de

⁴⁴ A propósito del rastreo de ciertos materiales como el jade, la obsidiana verde y las plumas de quetzal, el ingeniero Joaquín García Bárcena concluye: "[...] muchas de las rutas de intercambio estuvieron en uso desde el Preclásico y, todas al parecer, a partir del Clásico, aunque el uso de la ruta del N.W. (La Quemada-Chalchihuites) parece establecerse no antes del Clásico tardío. [...] Se observa, pues, una constancia en las rutas comerciales utilizadas en Mesoamérica a través del tiempo, aunque la intensidad de uso de una ruta determinada pudo no ser constante. Esta constancia pudo deberse a que los materiales susceptibles de acarrear a grandes distancias fueron deseables durante todo el periodo comprendido entre el Preclásico Medio y el S. XVI [...]" (G. Bárcena, 1972:154). Por su parte, Jaime Litvak habla de "[...] un patrón formalizado de rutas que comunicó a Mesoamérica, en su totalidad y regionalmente, y que sirvió para el transporte tanto de artículos como de ideas. Dicha red debió establecerse desde épocas muy tempranas, seguramente no posteriores al Preclásico y sufrió cambios constantes durante su existencia. Estos cambios reflejan [...] el patrón también cambiante de interacción cultural en la superárea." (1972:72). Véase también Jiménez (1989:36) y Jiménez y Darling (1992:22) a propósito de los 'antecedentes estructurales' de redes macrorregionales.

Chiapas y Tabasco hasta el Golfo de México, y de ahí al norte a lo largo de la costa hasta Tampico.⁴⁵ En general esta conexión corresponde al área bautizada por Lee Parsons (1969) como la "Periferia de las Tierras Bajas Costeras" (*Peripheral Coastal Lowlands o PCL*). Llama la atención de Thompson la interrupción en el uso compartido de tipos cerámicos durante el Clásico, pero no el de otros muchos elementos (ibíd:450). Éste es un ejemplo de que, a pesar de su utilidad como referente cronológico y correlativo, los cambios que en cerámica se observan abruptos no siempre son sinónimo de equivalentes fracturas en el sistema social.

Thompson menciona que, en contraste con la estrecha comunicación hacia el sur, los grupos de la Huasteca parecen ajenos a sus vecinos tierra adentro. Es cierto que los vínculos no son tan evidentes, pero existen. Habría que preguntarse por qué vía arribaron al sur de Querétaro y oeste de Hidalgo los ejemplares de concha provenientes del Golfo,⁴⁶ y de qué modo fue posible la integración casi idéntica de contextos en el poniente hidalguense y el norte de la Península de Yucatán (ver [pág. 30](#) este volumen).

Dada la enorme coincidencia entre el estilo arquitectónico y escultórico de Chichén Itzá y Tula, se ha considerado a las sociedades que habitaron la franja costera del Golfo como intermediarios en la estrecha relación de estos dos sitios. Ha llamado siempre la atención, sin embargo, la aparente escasez de materiales cerámicos compartidos entre todas estas áreas, y especialmente de rasgos culturales comunes a Tula y sus vecinos del oeste (Diehl y Feldman, 1974:106; McVicker y Palka, 2001:193). Esto, en realidad, parece derivar de la poca información arqueológica con que se cuenta para el centro de veracruz y la Huasteca. A medida que se realizan exploraciones arqueológicas, aquel vacío de rasgos y objetos comunes comienza a disolverse.

En algún momento se pensó que no existían tipos en Tula que pudieran considerarse importaciones desde la Huasteca, ni lo contrario (Diehl y Feldman, 1974:106). Sin embargo, en el Postclásico Temprano se encuentran en el Valle del Mezquital los tipos Las Flores Polícromo, Tlaxco Negro sobre Blanco (Fournier, 1995:446-447, figs. 20 y 21, cuadro 9) y presumiblemente el Inciso con Baño Blanco del Periodo V en la secuencia de Ekholm (véase Ochoa, 1984 [1979]:36); posteriormente aparecen el Tancol Policromo y Negro sobre Blanco del Periodo VI (Ekholm, 1944:364, 431-433; Ochoa, 1984 [1979]:39-40) (p.e. véase Fournier, 1995, figs. 20 y 21). La presencia de cerámica Huasteca del Periodo V también se ha especificado en Tula (Cobean,

⁴⁵ Un ejemplo que refuerza la tesis de Thompson con respecto a los alcances de esta red es la cerámica con reborde basal, tan diagnóstica de Xochicalco, sobre la que Eduardo Noguera nos dice: "[...] se encuentra en el periodo Monte Albán I, y debemos también mencionar que ese mismo rasgo aparece en las cerámicas de otras regiones, como en el área Tampico-Pánuco y Tres Zapotes y Cerro de las Mesas, del Estado de Veracruz. [...] en forma prácticamente idéntica en cerámicas de San Agustín Acasaguastlán, en Guaytan y en la de Uaxactun, localidades mayas situadas en Guatemala" (Noguera, 1960:69; ver también Sáenz, 1962a:80). Un rasgo más que vincula esas regiones y que aparece también en Xochicalco son los yugos y hachas (Sáenz, 1962a:42-45, 80), relativos a la práctica del juego de pelota.

⁴⁶ A partir del análisis de conchas procedentes de La Negreta, al sur de Querétaro, se sabe que por lo menos durante el Clásico arribaron a esta región ejemplares tanto del Atlántico como del Pacífico (Brambila Velasco, 1988:291). En Tula aparecen también piezas del Pacífico y el Golfo (cfr. Diehl, 1976:262; 1983:92, 94; Cobean y Estrada, 1994:78) y algunos ejemplares de concha recuperados en El Zethé se sabe que vienen del Golfo (López Aguilar, com. pers. 2002).

1978:119; Diehl, 1983:115, 144; Healan *et al*, 1989:246) y se ha supuesto que el concepto de arquitectura circular, presente por ejemplo en el edificio de El Corral, es resultado de un "impacto" huasteco (Diehl, 1983:143). En sentido contrario, se ha observado que "Unos pocos tipos cerámicos en el área de Tampico y otros lugares se asemejan cercanamente a materiales de la fase Tollán y arquitectura parecida a la tolteca puede observarse en Castillo de Teayo y otros sitios" (Diehl, 1983:144). La interacción entre estas dos áreas es también congruente con el sistema fluvial, pues el río Tula es tributario del río Pánuco (Diehl y Feldman, 1974:107). Para Diehl y Feldman esta relación representa el desvío hacia el norte de la expansión de Tula, debido a que hacia el oriente se vió impedida por la presencia de Tajín (Diehl y Feldman, 1974:107). Sin embargo, entre la capital tolteca y sociedades asentadas en la parte central y sur del territorio veracruzano también se observan coincidencias materiales (Cobean, 1978:119; Diehl, 1983:115, 144; Healan *et al*, 1989:246; Paredes, 1990:58, 77, 196, 210).

En Tula se han detectado cerámicas similares a Isla de Sacrificios (Healan *et al*, 1989:246) y Tres Picos (Diehl, 1976:263), en el centro de Veracruz. Se piensa que el Naranja Fino, tan común entre los sitios del sur veracruzano, Tabasco y Campeche, está ausente en Tula (Diehl, 1983:115; Healan *et al*, 1989:246-247; McVicker y Palka, 2001:193), pero Cobean y Mastache especifican que no lo hay en "cantidades significativas" (1989:44), además de que una vasija completa se exhibe en el museo de sitio. Beatriz Braniff argumenta que sí hay Naranja Fino en Tula (Braniff, 1972:289) y también en otros sectores del Centro Norte del Altiplano, como Carabino, al norte de Guanajuato (Braniff, 1972:280-281) y Villa de Reyes, al sur de San Luis Potosí (Braniff, 1992:152); Nalda lo menciona para San Juan del Río, al sur de Querétaro (1975:98; 1991:34). Esta cerámica se reporta también en la Huasteca, donde se aprecian conexiones estilísticas con varios tipos de Pánuco (Ochoa, 1984 [1979]:36). Es posible que del centro de Veracruz provengan las figurillas con ruedas que han sido recuperadas en Tula (Diehl y Feldman, 1974:106; Diehl, 1976:266; Diehl, 1983:109; Diehl y Mandeville, 1987:239,241), y que también hay en la Huasteca.⁴⁷

⁴⁷ Las figurillas con ruedas abarcan una amplia distribución en Mesoamérica. Además de en Tula, se han encontrado en Tenenepango (faldas del popo); Xolalpan (Teotihuacán); y en los estados de Michoacán, Guerrero y Nayarit (Diehl y Mandeville, 1987). En Veracruz las hay en Tres Zapotes, Pavón, Pánuco; Nopiloa, Remojadas, Cocuite y Tlalixcoyan, y algunos ejemplares se han recuperado en Centroamérica, por ejemplo en el sitio de Cihuatán, en El Salvador (Diehl y Mandeville, 1987). En la región de Tierra Blanca, Veracruz, se considera que corresponden al Clásico Tardío (Von Winning y Stendahl:171, 207, fig. 277). Braniff (1992:107-109, lám. 10h) ilustra lo que creemos podría ser una rueda de estas figuras, en Villa de Reyes, y lo mismo opinamos sobre algunas procedentes de Sabina Grande, Hgo., cuya relación con Tula ya se ha destacado. Diehl y Mandeville consideran que las figurillas con ruedas fueron inventadas en el centro de Veracruz en algún momento después del año 600 D.C., pero que la manufactura de la mayoría de ellas y su dispersión hacia el norte de Veracruz, el Centro de México y el Sur de Mesoamérica ocurrió entre 1000-1100 D.C. (Diehl y Mandeville, 1987:240, 243). Sin embargo, los mismos autores comentan que esto pudo ocurrir uno o dos siglos antes y simplemente no se cuenta con evidencia de ello: "Si esta reconstrucción histórica es correcta, la diseminación del concepto de figurillas con ruedas pudo haber sido parte de un proceso de difusión mayor [que] involucró la dispersión de motivos arquitectónicos de la costa del Golfo, elementos iconográficos, el juego de pelota y parafernalia asociada, y otros conceptos rituales de élite hacia muchas partes de Mesoamérica después de 600 D.C. (Parsons, 1969; 1978; Sharp, 1978; 1981). Entre las áreas que recibieron estas influencias se incluyen el Centro de México; la costa pacífica, pie de monte y tierras altas del sur de Mesoamérica; y Yucatán —y de éstos sólo en Yucatán no existen hasta ahora evidencias de figurillas con ruedas" (Diehl y Mandeville, 1987:243).

Existen igualmente similitudes entre algunos rasgos iconográficos de Tula y la región de El Tajín, como en el caso de la Estela de Cerro de la Morena (véase Pascual, 1990). A propósito de una lápida proveniente del Edificio J en la antigua Tollán, Karl Taube señala que el trato (donde se anexa a la imagen de Tlaloc un hocico alargado) es similar a las imágenes del dios de la lluvia del Tajín (en Mastache y Cobean, 2000:124). Ringle, Gallareta y Bey comentan que en el Juego de Pelota Sur de este último sitio fueron representadas esculturas tipo Chac Mool y el arquitecto Marquina menciona una especie de Chac Mool en Misantla, algunos kilómetros al sureste del Tajín (Ringle *et al*, 1998:203).

Volviendo a la Huasteca, hemos mencionado que se ha supuesto un aislamiento con respecto al resto del territorio mesoamericano hacia el Clásico y Epiclásico, considerándose que durante los Periodos III y IV los tipos huastecos no muestran relaciones directas con otras áreas culturales, en contraste con la cerámica del periodo siguiente (Thompson, 1953:450; Ochoa, 1984 [1979]:31). Sin embargo, coincidimos con Lorenzo Ochoa cuando dice que "[...] todo tiende a indicar que dichas relaciones no serían del Periodo V, sino más bien debieron empezar desde el anterior, esto es, en la última parte del período Clásico [...]" (1984 [1979]:33).

El intercambio de objetos entre el Valle del Mezquital, la Huasteca y el centro/sur de Veracruz no se limita al periodo Postclásico. En la primera de estas regiones se han identificado a partir del Epiclásico vasijas con pastas que pudieron ser importadas desde la costa (Fournier, 1995:61, 69; véase para Región Huichapan-Tecoazulta, Socorro de la Vega Doria, com. pers. 2001; para Chapantongo, Cervantes y Fournier, 1996:118; para Tula, Matos, 1974:67; Diehl, 1983:115, 143, Healan *et al*, 1989:246; Paredes, 1990:58, 77, 196, 210) y algunas piezas locales que muestran grandes semejanzas en forma y decoración con las de la Huasteca. En el Pozo 1 de Tula Chico se reporta "cerámica del Golfo" (Matos, 1974:67) y García Payón ha señalado que los sitios de Tuzapan y Castillo de Teayo tienen cerámica Mazapa (1971, en Diehl y Feldman, 1974:107).

Otros objetos posiblemente importados desde la Huasteca o el centro y sur de Veracruz, desde por lo menos el Epiclásico, son los malacates decorados o bañados en chapopote de Sabina Grande y Tula (ver [nota 18](#), también Diehl y Feldman, 1974:106; Paredes, 1990:194, esta autora menciona también "pedazos" de chapopote en dos cuartos del sitio Cerro de la Malinche, en los alrededores de Tula *ibíd*:153-154).

Es lo más factible que la relación entre Tula y la península yucateca se mantuviera estrecha por esta vía (McVicker y Palka, 2001:194) y que de manera natural dicha relación alcanzara otras áreas del Centro Norte del Altiplano, nuevamente, desde el Epiclásico. Como ejemplo de ello puede citarse la famosa pipa hallada en el Templo de los Guerreros de Chichén Itzá (Morris *et al*, 1931:177-179, lám. 21) que se ha considerado importada desde la capital tolteca o desde Michoacán (Porter, 1948:210; Thompson, 1966, en Cobean, 1978:73). Diez ejemplares similares (piezas completas y fragmentos) fueron localizados en Tula durante las exploraciones del Palacio Quemado a cargo de Acosta, pero con esa excepción su frecuencia en esta ciudad no es significativa (Cobean, *idem*). Contrastablemente estos objetos son abundantes en otras

zonas de Hidalgo cerca de sus límites con Querétaro, donde es posible que fueran manufacturados y si no, donde su uso se observa bastante generalizado ([Figura 11](#) y [Figura 12](#)). Sobre este tema volveremos más adelante.⁴⁸

Otra muestra clara de los vínculos sostenidos entre el área de Tula y las tierras del sur, volviendo al Postclásico Temprano, es la sorprendente abundancia de cerámica Plumbate y varios ejemplares de Nicoya Policromo en el sitio hidalguense (Diehl, 1976: 263; 1983:115; 1987:142; Cobean, 1978:97, 114; Cobean y Mastache, 1989:44; Healan *et al*, 1989:246; Paredes, 1990:84). No se ha encontrado cerámica Plumbate en la Huasteca (aunque existe una imitación local de ella; un tipo "plomizo" que también fue importado por Tula, Ochoa, 1984 [1979]:38) pero sí en el centro de Veracruz (Diehl y Feldman, 1974:106), mientras que en Los Tuxtlas y hasta la cueva de Balankanché se han recuperado Braseros Efigie Tlaloc (Thompson, 1973:268; Cobean, 1978:105; Cobean y Mastache, 1989:46) cuya producción se atribuye a Tula durante su fase Tollán.

Quizás las redes establecidas entre la región de Tula y la franja costera del Golfo, con seguridad desde el Epiclásico, se fortalecieron con el avance de los años. Cabe preguntarse si no es una posible consecuencia de ello el paulatino abandono de la tradición cerámica rojo sobre bayo y la integración de lozas naranja y crema que caracterizan al apogeo de la antigua Tollán; un viraje que ha inquietado a varios autores (véase Cobean, 1978:96-97; 1982:75-76; Healan *et al*, 1989:244).

⁴⁸ Un ejemplo más de que los vínculos con las tierras del sur involucraron otras áreas en Hidalgo además de la región de Tula, podría ser el uso de 'azul maya'. En 1996, con ayuda del Profesor Luis Torres del Instituto de Investigaciones Antropológicas de la UNAM, se analizaron muestras del pigmento que decoraba algunas piezas cerámicas provenientes del sitio "Los Huemás", municipio de Nopala de Villagrán. A partir de pruebas de reflexión, refracción, composición, textura, etc., se comprobó que se trataba del colorante conocido como 'azul maya' (Solar, 1997:66-67). Este pigmento fue identificado por vez primera durante los estudios de murales en Chichén Itzá a cargo de Merwin (1931), y bautizado en 1942 por R. Gettens y G. Stout, con el nombre de la región cultural en la que se observa su uso generalizado (1942:130; Gettens, 1961-62:557). Actualmente se sabe que la distribución del azul maya no se restringe a la región homónima, sino que sigue un patrón mucho más amplio que abarca dentro de la República Mexicana a varios estados. Sin embargo, el componente orgánico que da la coloración azul es una planta perenne conocida como indigófera, que crece en lugares y climas muy restringidos, especialmente la zona sur del país y norte de Centroamérica (Grinberg, 1987). Las diferencias en tonalidad dependen del tipo de arcilla que se emplee en la preparación, y se han identificado en general tres tipos distintos (Navarrete y Valencia, 1988:50, 52). Es posible que esta diferenciación responda a patrones regionales de preparación del pigmento, donde no necesariamente se importara el producto terminado, sino la planta y el método de fabricación (Solar, 1997:68-69). Por desgracia nuestra muestra proviene de superficie, por lo que no tiene hasta ahora un valor cronológico.

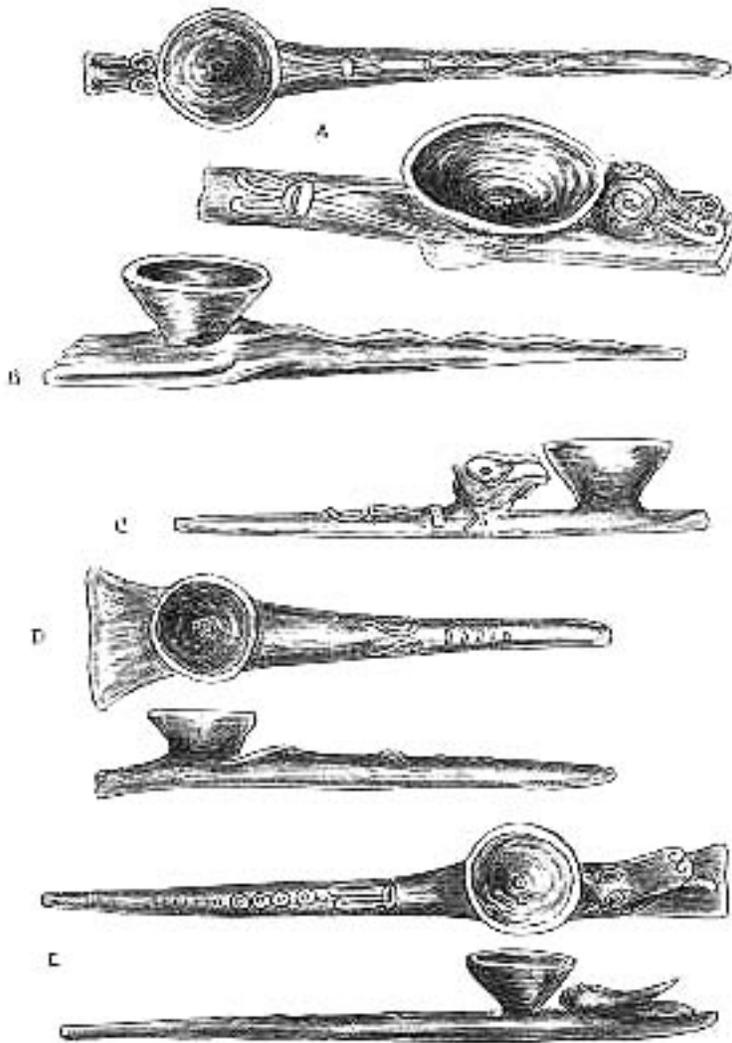


Figura 11. Tomado de Porter, 1948.

Siguiendo otra vertiente de relaciones interregionales, entre Tula y Xochicalco también se han subrayado algunas coincidencias (Noguera, 1941:161; Sáenz, 1962a:73-80; Litvak, 1972:67), considerando al segundo como importante influencia en la glífica y el arte temprano del primero, además de en su arquitectura (Cobean, 1978:56; de la Fuente, 1995:174). En esta relación la Cuenca de México pudo también jugar un papel secundario. Hasta donde sabemos, son pocas las evidencias que vinculan directamente a Xochicalco con los asentamientos clásicos y epiclásicos del Valle de México, a pesar de que algunos elementos en su arte y escritura derivan de ahí. Debra Nagao considera que las esculturas xochicalcas muestran motivos iconográficos pero no rasgos estilísticos teotihuacanos, y advierte que "Parece que Teotihuacán no fue una importante pareja comercial ni un centro de influencia en la emulación artística de Xochicalco" (1989:96; Litvak sostiene una postura antagónica, 1972:57-59).



Figura 12. Pipas recuperadas en el Valle del Mezquital, municipios de Tecozautla y Huichapan.

Desde tiempos teotihuacanos se observa una relación diferencial entre La Cuenca de México y los Valles de Morelos, siendo mucho más estrecha con los sitios situados al centro y oriente del estado (Angulo y Hirth, 1981; Sugiura, 2001:372). En algunos puntos del Valle Occidental se han recuperado materiales teotihuacanos (incluyendo a Xochicalco, Sáenz, 1962a:80), pero aparentemente resultan escasos en comparación con su abundancia en el resto del territorio morelense (Angulo y Hirth, 1981:86-87). De cualquier modo, durante el Epiclásico Xochicalco parece haberse desvinculado del Valle de México (Sugiura, 1996:234, 238; 2001:349, 360, 376).

Este contraste sigue una lógica geográfica. Mientras que en la porción central y oriental existen varios pasos naturales que conectan con la Cuenca, al norte del Valle Occidental comienza la pronunciada Serranía del Ajusco. El sistema serrano se extiende hacia el norte delimitando o rodeando al Valle de México (Angulo y Hirth, *ibid*:82). Es factible que los habitantes de esta sección de Morelos hubiesen mantenido

un poco más de comunicación con las poblaciones al oeste de la Cuenca, entre ellas las del vecino Valle de Toluca. Quizás también con el Valle del Mezquital por la misma vía, alcanzando Jilotepec y más tarde el área de Tula; o siguiendo hasta Huamango. En este último sitio se conjuntan tipos cerámicos tanto de la región toluqueña como de la porción oeste del Mezquital (Segura y León, 1981:116-117) lo mismo que en Teotenango (Nalda, 1996:269, nota 17) y ya se han señalado similitudes entre algunos componentes de la vajilla tolteca y cerámicas del Valle de Toluca⁴⁹ y de Michoacán (Acosta, 1940; 1941; 1945; 1956-57 en Cobean, 1978:72).⁵⁰ Por la presencia de cerámica matlatzinca en Xochicalco, Noguera sugiere que la conexión de éste con Tula pudo haberse sostenido a través del Valle de Toluca (1941:161), una red que ya en el Postclásico Medio se reconoce por la dispersión de la cerámica Tlahuica, que desde luego abarca Morelos y la zona Matlatzinca (Litvak, 1972:69), pero que también alcanza al Valle del Mezquital, donde se han identificado algunos tiestos (de la Vega Doria, com. pers. 2001).

Existen algunas evidencias más que relacionan a Xochicalco con el Valle de Toluca. Jaime Litvak menciona para finales del Epiclásico que "[...] los tipos relacionan el valle [de Xochicalco] con el norte de Guerrero y la zona de Toluca" (1987:206) pero no especifica a qué ejemplares se refiere. Es posible que se trate de la cerámica con engobe naranja grueso, cuya distribución sigue un patrón similar, ausente en la Cuenca de México y el sector oriental de Morelos pero vinculando a los valles de Xochicalco, Malinalco y Toluca, durante el Epiclásico (Sugiura y Nieto, 1987:459-463; Sugiura, 2001:360). Esta cerámica se encuentra también en tierra caliente guerrerense, donde se propone su origen dada la inclusión de concha triturada en la pasta (Sugiura y Nieto, *ibíd*:458, 463). Adicionalmente, Sugiura menciona que se han identificado algunos "rasgos xochicalquenses" en el estilo arquitectónico y escultórico del Sistema Norte en Teotenango (1996:242; 2001:360).

Por último, resulta muy significativo que durante el Epiclásico en Xochicalco se importó obsidiana desde Michoacán (Garza y González, 1995:128). De los resultados del Xochicalco Mapping Project se desprende que Ucareo/Zinapécuaro fue, por mucho, el principal abastecedor de obsidiana (Healan, 1997:77, 1998:102; Healan y Hernández,

⁴⁹ Nos dice Cobean: "En algunas zonas fuera del área de Tula se encuentran varios tipos que posiblemente sean transicionales entre los tipos Coyotlatelco y Macana. Se trata de cajetes trípodes hemisféricos que presentan "banda ancha roja" y que al mismo tiempo tienen diseños pintados de tipo Coyotlatelco. García Payón (1941) Du Solier (1941), y Piña Chán (1975) han descrito estos tipos para el Valle de Toluca, especialmente en Calixtlahuaca y Teotenango." (Cobean, 1982:75)

⁵⁰ Coincidimos con Acosta en que hay algunas vasijas procedentes de Michoacán cuya forma (no así su decoración y posible función) es extraordinariamente similar a la de algunos cajetes y molcajetes trípodes tipo Macana descritos por Cobean para el área de Tula, especialmente en los soportes "[...] con un área tabular ancha en la base que algunas veces hace que el soporte de perfil parezca una silueta abstracta con la cabeza de un pato" (Cobean, 1990:299, lám. 137). Adicionalmente, algunos ejemplares de Macana muestran decoración al negativo, del mismo modo que algunos ejemplares michoacanos. Macana es un tipo que de acuerdo con la clasificación de Cobean aparece en cantidades menores hacia la fase Corral Terminal (900-950 D.C.) y se generaliza hasta principios de la fase Tollán (950-1150/1200 D.C.), encontrándose además en la Cuenca de México, Guanajuato, Veracruz y Xochicalco (*ibíd*:302). Para una de las piezas recuperada en Urichu al interior de una tumba sellada que contenía un entierro múltiple, se obtuvieron dos fechas por C14 que sitúan al contexto entre los años 888 y 943 D.C. (Pollard, 1995: 41-43, 57, fig. 8b). De ser válida la comparación entre estas piezas michoacanas y las toltecas, es interesante que en Michoacán se generaliza su uso con ligera anterioridad que en Tula. Healan y Hernández también mencionan una variante local de Macana en el Valle de Ucareo (1999:139).

1999:136; Hirth, 2000:284-290) y la forma más sencilla para hacerlo debió ser atravesando precisamente ese valle de Toluca, que también obtenía obsidiana de la misma fuente (Sugiura, 1996:234, 247; 2001:360, 383-384)⁵¹

Otra fuente importante de obsidiana para Xochicalco fue Zacualtipan, Hidalgo (Hirth, 2000:284-290; Cobean, 1998:135), y es interesante que este material se ha identificado, también para el Clásico Tardío, hasta Laguna Zope y Ejutla, en Oaxaca, y algunos puntos de Chiapas y Guatemala (Cobean, 1998:135; Nelson y Clark, 1998:282-283, 293-296).

La región xochicalca destaca por los vínculos que mantuvo con múltiples lugares. Se ha considerado que su auge debió mucho a su postura estratégica con respecto a variados sistemas comerciales, conectándose directamente con Guerrero, el Estado de México, Oaxaca, el Área Maya y la Costa del Golfo (Litvak, 1972; Senter, 1981:149; de la Fuente, 1995:146-147, 155, 173-174; L. Luján, 1995:270; Hirth, 2000); sin embargo, el carácter de las relaciones que sostuvo esta sociedad con otras dista mucho de ser unicausal. El comercio pudo ser una de las principales, pero la adopción y adaptación de rasgos estilísticos, glíficos y numéricos ajenos, sugiere que existieron también otros canales de comunicación (León Portilla, 1995:35). Nos dice Debra Nagao: "[...] pareciera que Xochicalco trataba de desarrollar su propio estilo, tomando elementos simbólicos y glíficos de una variedad de fuentes, sin permitir que ninguna fuente particular predominara" (1989:97), y los "[...] estilos que se mezclan y confunden dan origen a una nueva personalidad" (de la Fuente, 1995:188, 194).

Volviendo a la posible comunicación entre el Centro Norte del Altiplano y el Valle Occidental de Morelos, Jorge Acosta observa que "[...] tanto los jeroglíficos como los numerales toltecas se parecen más a los zapotecas que a los de cualquier otra cultura. Esto quizá nos indica que hubo algún intercambio cultural entre la última etapa de Monte Albán y Tula y aunque no sabemos por dónde se produjo, creemos que pudo haber sido a través de Xochicalco, sitio donde existen algunos signos calendáricos comunes a ambos lugares [...]" (Acosta, 1954:92). El sistema de escritura y numeración es de los aspectos primordiales por ser de los pocos testimonios rastreables de intercambio informativo. A Xochicalco este aspecto lo vincula principalmente con Oaxaca y el Área Maya (Sáenz, 1962b; Litvak, 1972:61).

Se ha propuesto que la relación de los valles oaxaqueños con el Altiplano Central durante el Clásico tuvo una base principalmente intelectual, debido precisamente al desarrollo de estos sistemas numéricos y de escritura (Coggins, 1980:59; Winter, 1998:157), pero la extensión de estos contactos se ha subestimado. Poco se sabe de su impacto en otras áreas fuera de Teotihuacán y temporalmente su presencia se supone limitada al periodo de auge de esa ciudad: "[...] la presencia Zapoteca en el Centro de México puede ser más compleja y haberse dispersado más que lo que se ha documentado en Teotihuacán." (Winter, 1998:160-161, nota 4). Se sabe, por ejemplo, de asentamientos con cerámica oaxaqueña en lugares de Hidalgo, como Chingú (Díaz,

⁵¹ Para el Preclásico Litvak menciona la existencia de figurillas procedentes de Michoacán en el área de Xochicalco (1972:56), las que pudieron arribar también por esta vía o a partir de la relación que se supone con el norte de Guerrero.

1981:109) y el noreste de Tepeji del Río, en El Tesoro y Acoculco (Cobean, 1978:84; Cobean *et al*, 1981:189-190; Diehl, 1987:133; Cobean y Mastache, 1989:37; Hernández, 1994). Quienes han abordado la dispersión de elementos zapotecas en el Centro de México sugieren que las relaciones iniciaron desde temprano (Paddock, 1972b:257) y continuaron después del Clásico, independientemente de que ambos Monte Albán y Teotihuacán habían perdido la mayoría de su población y poder político (Winter, 1998:176-179; Scott, 1998:185).

También desde el formativo se percibe una estrecha relación entre las sociedades oaxaqueñas de los Valles Centrales y las mayas (Fash y Fash, 2000:439), fortaleciéndose a medida que avanzaba el periodo Clásico (Coggins, 1980). Es posible que dicha relación haya tenido mucho que ver con la integración de Xochicalco a las redes mayas, si ésta se dio a través de la Mixteca y la parte media del estado, aunque también pudo ocurrir paralela a la costa del Pacífico, como sugiere Jiménez Moreno: "[desde el formativo] parecen haber llegado influencias mayenses hasta Xochicalco—según Noguera—quien cree que el camino probable debió ser a lo largo de la Costa de Oaxaca—donde Brockington y De Cicco hallaron objetos mayooides—y luego por la costa de Guerrero, en la que Moedano encontró elementos análogos" (1959:1049-1050). Por esta vía parece también haberse dispersado hacia el este y sur el estilo Mezcala, que de acuerdo con Sáenz alcanzó hasta Guatemala y Costa Rica (1962a:53).

A pesar de que se ha profundizado en las relaciones que los Valles Centrales de Oaxaca sostuvieron con tierras lejanas, pocas menciones se hacen de la situación que prevaleció con sus vecinos de la costa. Nuevamente el sistema de escritura vincula estas dos áreas (Urcid, 1993; Joyce, 1993:76), cuyos desarrollos en otros aspectos culturales se perciben ajenos (Joyce, *ibíd*:72-75). Aparentemente, la fracción costera que corresponde a Oaxaca construyó un sistema cultural relativamente independiente, aunque enganchado a la red comercial de los Valles Centrales oaxaqueños que demandaba ornamentos de concha de esa región por lo menos durante el Formativo (Joyce, *ibíd*:69-72); al Centro de México durante el Clásico (Joyce, *ibíd*:74-76); y de manera continua a la red bautizada por Lee Parsons como la "Periferia de las Tierras Bajas Costeras" (PCL), que incluye territorio salvadoreño, guatemalteco y chiapaneco, para luego ascender por el Istmo y abarcar prácticamente todo el territorio veracruzano (Zeitlin, 1993:121-122, figura 1) (sobre la relación entre ambas costas ver además Sáenz, 1962a:42-45; Fash y Fash, 2000:439). También con estos vecinos de las PCL los habitantes de la costa oaxaqueña parecen haber sostenido una relación no exclusivamente comercial, pues el vínculo principalmente se expresa en rasgos de un culto compartido (Zeitlin, 1993; Joyce, 1993:76).

El Sector Norte de la Mesa Central

Los vínculos entre las regiones mayas, la oaxaqueña de los Valles Centrales, el centro y sur de Veracruz e incluso el Valle Occidental de Morelos, son algo que han percibido y explorado varios autores (Marquina, 1941; Thompson, 1953; Jiménez Moreno, 1959; Sáenz, 1963a; 1963b; 1964; 1966; Litvak, 1972; Coggins, 1980; Kroster, 1981;

Cohodas, 1989; Nagao, 1989; Joyce, 1993; Schmidt, 1999; Fash y Fash, 2000; entre otros). Lo mismo puede decirse en torno a la fracción septentrional de Mesoamérica y su relación con el Suroeste Americano, el Occidente, los Altos de Jalisco y el Bajío (Kelley, 1974; Braniff, 1974; 1977, 1994; 2000; Jiménez, 1989; 1992; 1995; 2001; Jiménez y Darling, 1992; 2000, Weigand, 1995; Ramos y López, 1996; 1999; entre otros). Sin embargo, para contextualizar esas dos grandes áreas en la historia general de Mesoamérica como un todo, existe un obstáculo evidente: el particularismo con el que se ha abordado la dinámica del Altiplano Central.

A lo largo de este texto hemos hecho mención de un par de sitios del Norte de la Mesa Central y hemos tratado de manera superficial algunos de sus rasgos. En esta sección intentaremos profundizar un poco más en los aspectos de aquella región, en apoyo al análisis sobre la distribución de las piezas y contextos que motivaron nuestro estudio.

Aunque se han realizado numerosos trabajos arqueológicos en el poniente del estado de Hidalgo, el sur de Querétaro, sur de San Luis Potosí, Guanajuato y el Noreste de Michoacán, su dinámica conjunta se ha enfocado sólo de manera superficial y poco se sabe sobre el papel que desempeñaron dentro de la red mesoamericana como un sistema social integrado, punto de enlace entre otras regiones. En aquella franja convergen elementos que se vinculan, por un lado, con los sectores oriental, septentrional y occidental de Mesoamérica, y por otro, con la Cuenca de México y el sur de la Mesa Central. Antes de abordar dicha problemática es conveniente explorar algunos esquemas que han condicionado a la arqueología del área, y por supuesto, que han derivado en un acercamiento fragmentario a su desarrollo histórico.

Entre los estudios realizados en el Centro Norte del Altiplano se percibe un argumento recurrente. Su historia prehispánica tiende a resumirse como un continuo desplazamiento y reacomodo masivo de grupos humanos, percepción que se ha adoptado como explicativa tanto de las transformaciones en los contextos arqueológicos como del abandono y fundación de nuevos asentamientos (véase Flores y Crespo, 1988:205; Castañeda *et al*, 1988:332; Cervantes *et al*, 1990; Paredes, 1990:30, nota 21; Saint Charles y Crespo, 1991:8; Crespo y Brambila, 1991:8; Saint Charles, 1991b:57; Braniff, 1992; Crespo y Viramontes, 1996:11; Viramontes, 1996:28).

A pesar de la clara continuidad en algunas secuencias arqueológicas, buena parte de las interpretaciones se apoya en esa idea de región fluctuante, una afirmación que se construyó hacia los años sesenta, cuando apenas iniciaban las investigaciones en la región pero ya se hablaba de desplazamientos.

En aquel marco se acogió con gusto la propuesta de Pedro Armillas sobre variaciones climáticas a partir de transformaciones atmosféricas y su impacto en las comunidades agricultoras (1999 [1964]). Este fenómeno, que jamás fue comprobado,⁵² se asumió

⁵² Análisis polínicos en la región no sustentan un cambio caótico en las condiciones ambientales, las cuales parecen no haber llegado jamás a ser menos propicias que en la actualidad (ver para el sur de Querétaro a Nalda, 1975:132-134; para el área de Tula a Healan *et al*, 1989:248).

como uno de los factores determinantes en la contracción de la frontera septentrional de Mesoamérica.⁵³

El casi total desconocimiento del universo de sitios arqueológicos y sus secuencias ocupacionales concretas, aunado a los sucesos migratorios que narran las fuentes etnohistóricas y la extensión de la Mesoamérica agrícola hacia el siglo XVI, apoyaron esa idea de abandonos/fundaciones repentinos y condicionaron las perspectivas sobre la historia social, resultando en una desafortunada categorización del área que ha sido durante mucho tiempo considerada "marginal" (Armillas, 1999 [1964]:33; Braniff, 1972:277; 1974; Hers, 1988:23, 28, 30, 36-37; Paredes, 1990:30; Sugiura, 1996:243).

Nadie niega que los 'límites' del territorio mesoamericano experimentaron variaciones con el tiempo, pero el hecho de que la frontera agrícola se hubiese replegado hacia el sur dando como resultado la configuración hallada por los españoles, no significa que un eterno proceso de expansión-contracción se hubiese perpetrado en la franja septentrional durante toda su historia. Tampoco significa que los conflictos que narran las fuentes históricas con los grupos nómadas fuesen añejos; de hecho, para épocas anteriores a la Conquista se percibe una convivencia 'pacífica' con los sedentarios mesoamericanos (Braniff, 2000:36-37; Spence, 2000:256) y se reconoce que el papel que jugaron grupos nómadas y seminómadas en la dinámica mesoamericana pudo haber sido importante, especialmente como vínculo con otras áreas culturales (como el Suroeste Americano, Wilcox, 1986 en Braniff, 1994:121-122; Jiménez y Darling, 2000:178, nota 2). Actualmente se sabe que la historia de la región intermedia entre los límites de máxima expansión y contracción de la 'frontera septentrional', es mucho más compleja.

Es importante señalar que la hipótesis de Armillas derivó de un proceso detectado a una escala mundial que, de haber tenido resonancia en Mesoamérica, hubiese reducido el índice de precipitación pluvial hacia el siglo XII o XIII (Armillas *ibíd*:37-39, Braniff, 1977:10). Resulta entonces extraño que se haga referencia a esa idea al abordar procesos que tuvieron lugar por lo menos doscientos años antes (i.e. Hers, 1989:35-36; Saint Charles, 1990:51; Braniff, 1992:14, 159), algunos de ellos relacionados con el periodo que aquí nos interesa.

En la actualidad generalmente se apoya una contracción de la frontera hacia el año 900 o 1000 D.C. (véase Brambila *et al*, 1988:13, 19; Castañeda *et al*, 1988:327, 329; Hers, 1988:25; Flores y Crespo, 1988:205; Saint Charles, 1990:51, 53, 58; Saint Charles y Crespo, 1991:8; Braniff, 1992:14; 1994:119, 128; 1999:20; 2000:35, 42; Crespo y

⁵³ Una transformación en las condiciones ambientales, como fue propuesta por Armillas, podría ocasionar algunas modificaciones en los asentamientos de la región pero no tendría necesariamente que motivar el abandono general. Resulta más lógico pensar que los grupos humanos buscasen alternativas de subsistencia en un entorno conocido (Nalda, 1996:259), antes que viajar largas distancias en busca de nuevos lugares de emplazamiento. Pensar en una transformación ambiental como caótica y definitiva, al grado de exceder la "capacidad de carga" de un medio para con las comunidades que lo habitan, nos parece excesivo. Los cambios climáticos ocurren de manera gradual y en ese sentido siempre está presente el factor adaptación, la flexibilidad del modo de vida social y la explotación diferencial de recursos en un mismo medio, flexibilidad que de hecho, sabemos existía entre los grupos que poblaron dichas latitudes (i.e. grupos seminómadas). Para una crítica sobre este tipo de modelos derivados del determinismo ecológico, como explicativos de decadencia social, ver: Julio César Olivé N. y Beatriz Barba A., 1955.

Viramontes, 1996:11; Viramontes, 1996:23), aproximadamente hasta el sur de los ríos Lerma y San Juan (Saint Charles, 1990:15-16). Esta propuesta fue implementada por Beatriz Braniff en un famoso trabajo donde nos dice: "Ha sido generalmente aceptada la idea de que en época tolteca, es decir entre 900 D.C. y 1200 D.C., la frontera septentrional mesoamericana se expandió e incluyó zonas marginales como eran Guanajuato, Querétaro, Jalisco, Zacatecas [...] Las investigaciones preliminares que hemos llevado a cabo [...] sugieren otras ideas [...]" (1972:273). Entre esas "otras ideas" se cuenta aquella de que "[...] la frontera mesoamericana había iniciado su desintegración hacia finales del Clásico." (ibíd:275)

El sustento de esta supuesta "desintegración" fue frágil, como lo reconoce la misma autora al especificar que: "Los estudios arqueológicos en Guanajuato han sido *pocos y limitados*", "Durante los últimos años hemos reconocido *somera y superficialmente* los estados de San Luis Potosí, Zacatecas, Aguascalientes y Guanajuato [...]" y "[...] hemos hecho algunas pequeñas excavaciones lo que nos ha proporcionado datos *relativamente limitados* [...]" (idem, las cursivas son nuestras)

Las excavaciones a las que Braniff se refiere son aquellas que realizó en El Cópore, Morales y Carabino en Guanajuato, y el sitio de Villa de Reyes (Electra) en San Luis Potosí. Todas estas exploraciones dieron interesantes resultados sobre tipos cerámicos locales y sus vínculos con lozas foráneas, y de su análisis derivaron interesantes propuestas sobre secuencias cerámicas. Aunque en buena medida las asignaciones temporales y patrones de distribución de estos tipos han mostrado validez a partir de trabajos posteriores, algunas hipótesis (y sobre todo sus implicaciones) se asumieron como hechos, hasta la fecha incomprobados. Entre estas hipótesis resaltan, como hemos visto, el abandono general del área hacia el siglo X y su supuesto carácter "marginal".

Es innegable que, simultáneo a la paulatina decadencia del sistema teotihuacano y acentuándose en la época inmediatamente posterior, ocurrieron modificaciones en el patrón de asentamiento. Pero es posible que este proceso, que afectó a una buena parte del territorio mesoamericano y no sólo a su sector septentrional, resultara de adaptaciones locales a cambios importantes en la estructura social macrorregional, y no forzosamente de una situación permanente de abandonos totales y arribos multitudinarios. Sobre esto nos dice John Paddock:

"Las culturas rara vez se extinguen [...]. El proceso de renovación, en el cual el patrón antiguo u obsoleto da lugar a otro nuevo mediante una transformación más o menos radical, que a menudo implica un cambio de ubicación, parecería frecuente." (1987:26)⁵⁴

Si bien es cierto que hacia el año 1000 D.C. ciertas áreas aparecen despobladas en el registro arqueológico, en otras la continuidad es indudable e incluso pueden observarse

⁵⁴ Un buen ejemplo es el abandono del centro ceremonial de Tula Chico durante fase Corral sin que ello implicara el abandono total del asentamiento. Por el contrario, en el resto de la zona urbana se observa una continuidad Coyotlatelco-Tollán paralela a la fundación del nuevo centro ceremonial (Cobean, 1982:60).

apogeos regionales a partir de una complejización de los asentamientos y la explotación sistemática de nuevos y numerosos recursos.

Se habla de un abandono de la 'Mesoamérica Septentrional' hacia esas fechas (Flores y Crespo, 1988:205-206; Braniff, 1999:20), cuando una baja poblacional ocurre sólo en el Valle de Malpaso, Zacatecas, un sector al norte y noroeste de San Luis Potosí (Jiménez Betts, com. pers., 2001) y en la zona de Río Verde (Michelet, 1995:216); mientras que en otros sectores del territorio zacatecano,⁵⁵ en el centro-sur de San Luis Potosí y en el norte de Jalisco, existe una continuidad (Jiménez Betts, com. pers., 2001), lo mismo que en Durango (Kelley y Abbot, 1966; Kelley, 1971; 1989; Hers, 1988:25; Braniff, 1994:120; 2000:42; Darling, 1998:392). Durante esa época el Noroccidente experimenta un apogeo perceptible en la red Aztatlán (Braniff, 1975:10; 2000:42; Bojórquez Diego, en preparación) y ocurre igual en el sur de Tamaulipas y norte de Veracruz, Querétaro e Hidalgo, con el desarrollo huasteco (véase Ochoa, 1984 [1979]; Michelet, 1995:216).

Hellen Pollard sugiere una continuidad ocupacional en el Centro y Norte de Michoacán desde tiempos tempranos hasta la conformación del estado tarasco (Pollard, 1995; 2000a) y en la Vertiente del Lerma Brigitte Faugère describe un fenómeno similar (1996:100-106). Durante esta secuencia se perciben transformaciones significativas en la planeación, ubicación y ocupación de sitios específicos, pero en ambos casos los cambios se interpretan como consecuencia de transformaciones en dinámica social y no como signo de ruptura en la ocupación general ni en la tradición cultural (véase también Moguel y Sánchez, 1988:233 específicamente para Valle del Lerma y Cuitzeo; Healan y Hernández, 1999:140 para cuenca de Cuitzeo).

Posterior al año 900 D.C. se observa un cambio en el patrón de asentamiento de los sitios en la confluencia de los ríos Lerma y Guanajuato hacia las estribaciones de las sierras circundantes, pero también aquí se manifiesta una ocupación hasta época tarasca (Zepeda, 1988:305), y se ha puntualizado en que los asentamientos en las sierras de Pénjamo, Huanímaro y estribaciones de la sierra de Guanajuato, se enriquecen con nuevos elementos arquitectónicos, sustituyéndose el uso de patio cerrado por plazas abiertas e incorporando canchas para juego de pelota, en las mismas fechas (Castañeda *et al*, 1988:329-330). Cerca también de los límites de Guanajuato con los estados de Michoacán y Querétaro, se han descrito asentamientos que comparten cerámica con el resto del Bajío durante el Clásico Tardío (Brambila y Castañeda, 1991:146) pero cuya vajilla integra posteriormente cerámica del complejo Tollán (Brambila y Castañeda, *ibíd*:150), lo que sugiere una extensión ocupacional hasta por lo menos el Postclásico Temprano. Se ha propuesto que la ocupación de algunos sitios del Río Laja también se extendió hasta entonces, en el caso de Cañada de la Virgen con apoyo de fechamientos absolutos (Nieto, 1997 en Wright, 1999:83, nota 7).

⁵⁵ En el sur de Zacatecas, en los límites de ese estado con el de San Luis Potosí, se encuentra El Cerrito, donde al parecer hubo una ocupación desde finales del Clásico que se extendió por lo menos hasta el Postclásico Temprano (véase Braniff, 1974:43).



Mapa 2. Localización de Sitios Mencionados en el Texto.

- | | |
|-------------------------------------|-----------------------------|
| 1. Alta Vista, Zac. | 18. La Griega, Qro. |
| 2. La Quemada, Zac. | 19. Barrio de la Cruz, Qro. |
| 3. El Cerrito, Zac. | 20. San Bartolo, Gto. |
| 4. Villa de Reyes (Electra), S.L.P. | 21. Yuriria, Gto. |
| 5. Buena Vista Huaxcamá, S.L.P. | 22. Acámbaro, Gto. |
| 6. Río Verde, S.L.P. | 23. Zimapán, Hgo. |
| 7. Pánuco, Ver. | 24. Pahñú, Hgo. |
| 8. Cuarenta, Jal. | 25. Zethé, Hgo. |
| 9. Cóporo, Gto. | 26. Sabina Grande, Hgo. |
| 10. Carabino, Gto. | 27. Chapantongo, Hgo. |
| 11. Cerrito de Rayas, Gto. | 28. Tula, Hgo. |
| 12. Tierra Blanca, Gto. | 29. Huamango, Edo.Mex. |
| 13. Cañada de la Virgen. Gto. | 30. Zacapu, Mich. |
| 14. Morales, Gto. | 31. Cuitzeo, Mich. |
| 15. Salamanca, Gto. | 32. Zinapécuaro, Mich. |
| 16. La Magdalena, Gto. | 33. Toluca, Edo.Mex. |
| 17. El Cerrito, Qro. | 34. Teotenango, Edo.Mex. |

Entre las áreas que experimentan una continuidad más allá del año 1000 se encuentra, desde luego, la región de Tula. En vista de que muchos elementos de aquel sitio son compartidos por asentamientos hacia el norte y oeste (Brambila *et al*, 1988:18), la presencia de materiales que vinculan a Tula con el resto del Centro Norte ha sido explicada a partir de un "impulso de colonización" (Castañeda *et al*, 1988:329) por parte de los toltecas, hacia lugares que estaban deshabitados para entonces: "La explicación de la presencia de algunos asentamientos de origen tolteca se propone como un fenómeno de reocupación hacia esta región y no como una continuidad en el asentamiento" (Brambila *et al*, 1988:19, véase también Crespo y Flores, 1988:218;

Castañeda *et al*, 1988:328; Saint Charles, 1990:58; 1991b:61; Crespo, 1996:87; Braniff, 2000:36, 42).

Esta "reocupación" o "intrusión" tolteca, posterior a un abandono general del área septentrional, nos enfrenta con algunos problemas. Las primeras fases de ocupación de Tula anteceden al siglo X y algunas cerámicas de esos complejos tempranos aparecen también en aquellos sitios "de origen tolteca" en Guanajuato, Querétaro y San Luis Potosí, conviviendo con materiales locales. En algunos casos esa convivencia ocurre hasta con materiales de fase Tollán (véase Braniff, 1972; Flores y Crespo, 1988) y en otros, el complejo 'tolteca' se impone sobre la vajilla local pero no existe evidencia de un periodo de abandono que marque una discontinuidad en la ocupación.

Entre los sitios que comparten cerámica con Tula y se han considerado "aislados dentro del contexto regional", se cuentan principalmente El Cerrito, Qro., Carabino, Gto. y Villa de Reyes, S.L.P. (Castañeda *et al*, 1988:328, véase también Braniff, 1994:119; 2000:36). Cerca de El Cerrito, Qro. se encuentra el sitio de La Magdalena, el cual contiene algunos ejemplares del complejo Corral de Tula (véase Flores y Crespo, 1988:210), pero cuya ocupación inicia desde el periodo Clásico, donde aparecen materiales compartidos con el sur de Guanajuato (Crespo, 1991a, figs. 14a-14c, ver más adelante). De igual forma, El Cerrito en su Fase Arado (400-650 D.C.) comparte materiales con la Negreta (donde hay cerámica de fases Xolalpan y Metepec) (Crespo, 1991a:104; véase también Crespo, 1989:12; 1991b:165, 176, 192 fig. 9) y desde principios de la Fase Cerrito (650-1100 D.C.) hay tipos que lo vinculan con el Bajío, como Paso Ancho Borde Rojo, Cantinas y Garita (Crespo, 1991a:104 véase también Crespo, 1989:12; 1991b:176, 192 figs. 9 y 13); mientras que hacia la parte final de la misma Fase Cerrito aparecen cerámicas en común con los complejos toltecas Corral Terminal y Tollán, compartiendo además elementos arquitectónicos y escultóricos con Tula (Crespo, 1989:12; 1991a:104; 1991b:176, 189, 192, fig. 13; Flores y Crespo, 1988:208, 211, Crespo, 1998:327), aunque el material sigue siempre "lineamientos propios" (Crespo, 1991b:218).

Carabino, en Guanajuato, es otro sitio que se ha considerado avanzada tolteca. Esto se debe a que algunos de los materiales de fase Tollán para el área de Tula aparecieron en excavación (Braniff, 1972) y más tarde el espacio arquitectónico fue identificado como similar al de aquella ciudad (Bey, 1986:146-147). En recolección superficial George Bey confirmó la existencia del complejo Tollán en Carabino, pero especifica que Carabino participó de esa esfera cerámica a partir de un complejo diferente: "Usaron cantidades importantes tanto de cerámica local como de tipos de la fase Tollán, y su cerámica parece mostrar una mayor dependencia en tipos Rojo sobre Bayo que la colección promedio de fase Tollán" (ibíd:149). Aunque Bey se inclina por considerar al sitio como "tolteca", es significativo que los habitantes de Carabino jamás abandonaron su propia tradición, la cual desde luego conserva rasgos propios de su región a pesar de participar en redes de distribución como la tolteca. El caso de Carabino se repite bastante, donde sitios que debido a la permeabilidad de sus fronteras participaron en redes que les permitieron adoptar o adaptar rasgos ajenos, y que son interpretados como producto de ocupaciones sucesivas, discontinuas y divorciadas, por parte de grupos foráneos.

Por último, en el caso de Villa de Reyes ocurren materiales de Corral Terminal y Tollán que se complementan con "cerámicas locales burdas" (Castañeda *et al*, 1988:328-329), y en la descripción de su secuencia estratigráfica puede percibirse una clara continuidad entre las fases San Luis y Reyes, precisamente en la transición del Clásico al Postclásico (véase Braniff, 1992).⁵⁶

A pesar de que Braniff hace hincapié en un cambio drástico ocurrido en el sitio hacia 800-900/1000 D.C. (ibíd:14, 161), en la reseña de sus excavaciones realizadas entre 1966-67, la densidad material no parece sufrir mella alguna ni la secuencia interrumpirse. Como ejemplo de que la ocupación continua en Villa de Reyes se extiende más allá del siglo IX o X, podemos mencionar el lugar del que proceden las fechas más tardías de su muestrario. La primera de ellas (714 D.C.±44) fue recuperada sobre el piso de un cuarto que, a decir por su descripción y dibujos, es una prolongación de la plataforma que constituye la Capa 4 de la excavación general (Braniff, 1992:36), la cual fue rellenada y sellada por una serie de pisos (ibíd:33).⁵⁷ La segunda fecha (693 D.C.±137) proviene de la Trinchera 105, en una capa sellada por un piso, sobre el que se desplantan varios pisos más.⁵⁸

Si nos guiamos por la secuencia estratigráfica, no es difícil pensar que la última etapa de ocupación de estas construcciones fue algo posterior a las fechas obtenidas. Vale la pena subrayar que en ninguno de los ejemplos anteriores se menciona (o ilustra) una interrupción que represente el periodo de abandono que se supone ocurrió hacia 800-900 D.C. y que fue sucedido por una reocupación relacionada con el avance tolteca, ya en la fase Reyes (véase Braniff, 1992:161-162 (ver [nota 102](#))). De hecho, sobre el análisis de sus tipos cerámicos Braniff comenta: "[...] nos permiten establecer tres

⁵⁶ Braniff ha modificado por lo menos cinco veces la extensión relativa de la Fase San Luis. En el texto original, producto de sus excavaciones en Electra (1975), se propone una temporalidad para esta fase entre 650-900 D.C. y para la fase Reyes 900-1200 D.C. (1992:118). En la versión revisada para publicación (1992) se modifica la primera de estas cronologías, quedando Fase San Luis entre 350/400-700/800 D.C. (ibíd:149). En la tabla cronológica de un trabajo reciente la autora ilustra dos límites, haciendo referencia a trabajos suyos anteriores: 600-900 D.C. (1975) y 200/400-700/800 D.C. (1990) (véase Braniff, 2000:40, fig. 3.5). Por último, en el texto de ese mismo artículo se refiere a la Fase San Luis como 350-850 D.C. (ibíd:41). Desde luego los límites cronológicos de las fases arqueológicas son aproximados y están siempre sujetos a revisión a partir de la obtención de nuevos datos, pero hasta donde sabemos Braniff nunca ha hecho públicos aquellos que motivaron estas modificaciones. Esto ha generado varios problemas. En primer lugar, varios trabajos en el Centro Norte utilizan todavía las fechas iniciales, y en segundo, las posturas más recientes de Braniff suponen una ruptura de cien o cincuenta años entre ambas fases, ruptura que no parece tener sustento alguno.

⁵⁷ Cuarto Norte en su Unidad E de excavación (Apéndice III, Muestra 7, Elemento 14): "Este Cuarto Norte estaba relleno cuidadosamente con el tipo de barro revuelto con zacate que hemos encontrado en otras construcciones y cuya función es la de rellenar cuartos y elevar artificialmente el nivel, obviamente con la idea de hacer una construcción superior. Esta construcción superior es, entre otras, la correspondiente al gran muro 3 que bordea a la plataforma en esta porción" (Braniff, 1992:36). A decir por la descripción de la unidad de excavación, el cuarto en cuestión es una prolongación de la plataforma que constituye la Capa 4 de la excavación general, estando las primeras capas conformadas de la siguiente manera: "La Capa 1 [...] está constituida de varios pisos de lodo, uno sobre otro [...]. La Capa 2 es un relleno de barro negro que remata y a la vez se prolonga hacia arriba sobre el gran muro 3. La Capa 3 es un relleno de tierra rosa. La Capa 4 consiste de una gran acumulación de piedra bola unida con barro que forma una plataforma [...]" (ibíd:33)

⁵⁸ Pozo 1 de la Trinchera 105, Capa 4, que se extiende por debajo del piso que delimita la capa 3 y hasta la roca madre (Apéndice III, Muestra 1, Elemento 1). Braniff describe las capas que le anteceden de la siguiente manera: "la Capa 1 [...] se prolonga hasta un piso muy compacto de tierra. La Capa 2 incluye tanto el piso arriba mencionado como otra serie de pisos más profundos, de unos 2 cm de grueso cada uno [...]. La Capa 3 [...] termina en un piso de tierra compactada [...]" (1992:25).

fases [...]. Estas fases están bien representadas y son sucesivas en los pozos 3 y 4" (ibíd:117) y con respecto a la transición entre las fases San Luis y Reyes añade: "En forma bastante perceptible, pero no drástica, se reduce la importancia del tipo Valle de San Luis en la última Fase Reyes, aunque sigue apareciendo siempre con más del 50% de las cerámicas [...]." (ibíd:117, 151)

Los materiales de la fase San Luis se atribuyen al desarrollo local (entre ellos se encuentra el tipo Valle de San Luis), mientras que los de la fase Reyes se consideran alóctonos, principalmente relacionados con la conformación del 'estado' tolteca y producto de una colonización (Braniff, 1992:162). En el caso de la cerámica Mazapa Líneas Ondulantes (que se ha reconocido no puede considerarse diagnóstica de lo tolteca, puesto que en la ciudad misma es un tipo escaso, Cobean *et al*, 1981:195; Cobean, 1990:303) para Braniff representa una clara conexión con Tula, a pesar de que reconoce que existen claras diferencias entre el tipo de Villa de Reyes y el que se ha localizado en los Valles Centrales:

"Consideramos que este tipo en Electra es de importación, pero en Electra asume formas y terminado no usuales en los valles centrales, sugiriendo una pequeña variación ya sea debido a diferencias geográficas (producto o versión local de un tipo conocido) o diferencias cronológicas, o a ambas [...]. A pesar de esta pequeña diferencia nosotros utilizamos el valor cronológico dado a este tipo en los Valles Centrales para sugerir una fecha para nuestra fase Reyes dentro del Postclásico Temprano."(Braniff, 1992:104)

De ser ésta una cerámica importada es difícil explicar el por qué de las variaciones. Es quizás más sencillo asumir esas "diferencias geográficas" como aquella "versión local de un tipo conocido" a que se refiere la autora. Desde luego esto último, aunado a la integración de lozas locales con antecedente en el periodo Clásico (como Valle de San Luis Policromo), restaría validez a la propuesta sobre el "avance tolteca" y podría interpretarse tal vez como consecuencia de redes amplias de interacción interregional (ver más adelante). Esta adaptación por parte de los pobladores que desde el Clásico habitaron Villa de Reyes, es congruente con la ininterrumpida secuencia ocupacional registrada estratigráficamente por la autora.

Trabajos pioneros como los de Braniff resultaron de vital importancia al centrar su atención en un área hasta entonces ignorada por los estudios arqueológicos mexicanos, pero la mayoría de sus propuestas se consolidaron como base de interpretaciones posteriores sin haber sido seriamente cuestionadas, muchas de sus lagunas se olvidaron y sus implicaciones fueron adoptadas como definitivas.

Asumir que todo elemento compartido con Tula deriva de un proceso de "expansión" por parte de esa urbe, no sólo subestima a los desarrollos locales sino que genera un obstáculo para comprender la conformación misma de la capital tolteca, al desvincular su dinámica particular de toda dinámica regional. Nos dice Richard Diehl:

"Los datos sugieren ya sea que Tula fue establecida por migrantes del norte o que fue la única comunidad dentro de toda la configuración cultural

[regional] que se convirtió en un gran centro urbano. Yo prefiero esta última interpretación." (Diehl, 1976:272)

Es de esperar que, lejos de una influencia imperial ejercida sobre sus vecinos, las similitudes materiales entre el Valle de Tula y las zonas aledañas en realidad reflejen la dinámica cultural interregional de la que son contemporáneos, y que muchos de los rasgos y tipos cerámicos identificados en Tula se encuentren ahí precisamente por ese motivo y no porque sea éste su estricto lugar de origen y foco único de su distribución.⁵⁹

Esto es especialmente probable cuando se trata de los primeros complejos cerámicos de Tula, como son Prado, Corral y Corral Terminal. En ellos centraremos nuestra atención en adelante, pues anteceden la época de máximo esplendor de la ciudad, se localizan dentro del rango temporal que atañe a este trabajo e integran rasgos y tipos compartidos con sitios vecinos, que en ocasiones vivían sus últimas fases de ocupación.

De cualquier modo, la distribución del complejo de fase Tollán (950-1200 D.C.) más allá del Valle de Tula, tampoco representa forzosamente una imposición o 'influencia' directa de los habitantes de aquella ciudad sobre el resto. Tal vez deba considerarse, entre los sitios que adoptaron elementos de Tollán, su propio deseo de vincularse con el centro que en aquel momento se observaba prominente (una versión a menor escala de lo que ocurrió con Teotihuacán, ver Jiménez, 1992:191-192).

Esta discusión es importante porque las raíces del éxito y caducidad de la capital tolteca (como se intuye en el comentario de Diehl), podrán comprenderse sólo a partir de su contextualización en la dinámica cultural del Centro Norte, y no a la inversa, pretendiendo que son los vaivenes de Tula los que deben explicar la historia social de esa región.

Esto, desde luego, sólo tiene congruencia si se abandona primero la idea, revisada páginas atrás, de que hacia finales del Epiclásico y principios del Postclásico todo el sector septentrional de Mesoamérica sufría un drástico decaimiento y había iniciado un definitivo proceso de abandono.

⁵⁹ Hasta ahora es dudosa la correspondencia cultural original de muchos rasgos considerados "toltecas", pues la aparición de algunos precede la fundación de la ciudad de Tula (i.e. salones columnados, Tzompantli, Kelley, 1978; Hers, 1988; Jiménez, 1989:37; 1995:59; Braniff, 1992:14; 1999:19; Jiménez y Darling, 1992:7; Blanco Levantado, Braniff, 1972; 1992:162; Crespo, 1996:77) o su frecuencia no resulta tan significativa o diagnóstica como se ha supuesto (i.e. cerámicas Mazapa Líneas Ondulantes y Macana, Cobean *et al*, 1981:195; Cobean, 1990:303). El Tohil Plumbate se ha considerado una de las cerámicas de comercio cuya dispersión fue responsabilidad de Tula. Para el Centro Norte de México y quizás la Cuenca, la obtención de Plumbate sí podría estar vinculada a la esfera de Tula (Diehl, 1983:115), pero existen varios ejemplos, sobre todo a medida que nos acercamos a su área de producción, donde la presencia de Plumbate no está ligada a ningún otro elemento de la vajilla tolteca (véase Diehl, 1983:144).

Valle del Mezquital

Partiendo de la información que se tiene para el extremo poniente del Valle del Mezquital, sabemos que hacia el Epiclásico y principios del Postclásico coexisten en la región asentamientos vinculados, por un lado, con el sur de Querétaro y el Bajío, y por otro, con la región de Tula (Fournier, 1995:56; Cervantes y Fournier, 1996:113;⁶⁰ López *et al*, 1998:29-33) (el área de Tula está comprendida en los límites del Mezquital, longitudinalmente hacia su franja central). No es la más acertada una distinción binaria de los desarrollos locales, pero sí la más útil en el esbozo general que intentaremos aquí.

Es importante aclarar que los rasgos que permiten distinguir entre estos dos tipos de asentamientos y sus conexiones más estrechas, corresponden principalmente a su patrón de asentamiento y acervos domésticos, mientras que en el ámbito ritual existen objetos comunes a ambos. Por ello sabemos que aunque la historia de estos sitios y los sistemas sociales responsables de ellos no fuese en su totalidad paralela, sin duda en algún momento sus desarrollos coexistieron y, por supuesto, interactuaron.⁶¹

Hacia el extremo oeste de Hidalgo se localiza un conjunto de sitios con arquitectura monumental cuyo emplazamiento peculiar y elementos materiales los vinculan directamente con sitios en el sur de Querétaro (López, 1994:117; Cervantes y Fournier, 1996:113; Morett, 1996:1; López *et al*, 1998:29) ([Mapa 2](#)). El "desarrollo regional Xajay", como se conoce a la fecha, adoptó su nombre de una elevación que se encuentra al sur de San Juan del Río, lugar donde Enrique Nalda realizó un recorrido intensivo y excavó 39 pozos estratigráficos en la década de los setenta. Nalda bautizó con el mismo nombre a un tipo cerámico también de características singulares y que se ha considerado diagnóstico de estos grupos (Nalda, 1975:95-98) ([Figura 13](#) y [Figura 14](#)). Sin embargo, es importante resaltar que el Rojo Inciso Postcocción (RIP) Xajay es sólo uno de los elementos de un complejo cerámico, lítico, arquitectónico y simbólico mucho mayor, y por lo tanto, que sus límites temporales o distributivos no coinciden forzosamente con los de la totalidad del sistema social en el que está incluido.

Quizás el principal rasgo distintivo de los sitios Xajay sea la elección de mesas (en su mayoría orientadas al norte) para la ubicación de sus centros ceremoniales, cuya superficie, donde aflora la roca madre, fue nivelada para crear espacios llanos y facilitar la labor constructiva (Cedeño, 1998:57). Se han registrado cinco sitios mayores en Hidalgo (Zethé, Pañhú, Zidada, El Cerrito y Taxangú) (López *et al*, 1989 s/p; López y

⁶⁰ A partir de los patrones frecuenciales de tipos cerámicos, Cervantes y Fournier distinguen para el Valle del Mezquital dos subregiones: la zona Tula-Chapantongo (materiales del complejo Prado-Corral) y la zona Huichapan-Río San Juan (complejo Xajay) (1996:113). Coincidimos con su distinción pero no con la demarcación geográfica, pues en Huichapan se localiza el sitio de Sabina Grande, cuyo acervo material se vincula de manera más estrecha con Tula que con el sur de Querétaro, y a escasos seis kilómetros se localiza El Zethé, de filiación opuesta. No debemos tampoco olvidar que cerca del río San Juan existen asentamientos también con claros vínculos hacia el área de Tula, como El Cerrito.

⁶¹ Es posible que las diferencias sean reflejo de vínculos también diferenciales con sistemas ajenos, quizás producto de una "diversa orientación de las redes económicas", como proponen Cervantes y Fournier (1996:113) o tal vez resultado de una interacción cultural más profunda durante un periodo más prolongado. La respuesta es difícil, puesto que algunos de estos sitios se encuentran muy cerca unos de otros, pero a simple vista su interacción parece limitarse al intercambio de productos específicos y poco numerosos (Cervantes y Fournier, *ibíd*:117).

Fournier, 1990:131; 1992:9-13, 48-51) y el coincidente emplazamiento y características arquitectónicas de por lo menos cinco sitios reportados a lo largo del Río San Juan, al sur de Querétaro (Cerro de la Cruz, Santa Lucía, Santa Rita, San Sebastián de las Barrancas y Muralla Vieja) (Nalda, 1975; Saint Charles, 1991a; 1991b; 1993) nos hace pensar que corresponden al mismo desarrollo. El sistema constructivo, como ha sido descrito por Saint Charles para los sitios de Querétaro (1991b; 1993) y Cedeño para los de Hidalgo (1998:58) coincide también. En estos últimos se han recolectado cantidades importantes de RIP Xajay y lo mismo ocurre en San Sebastián de las Barrancas, Santa Lucía y Cerro de la Cruz (Nalda, 1975:39, 102; Crespo, 1985; Saint Charles y Crespo, 1991:4, Saint Charles, 1991a y 1991b).



Figura 13. Vasija Xajay.

El paisaje escarpado y los desniveles abruptos que ocurren entre los límites de las mesas y las cañadas que las rodean, propició originalmente que se considerara a estos sitios como defensivos (Nalda, 1975:123, 136-137; Saint Charles, 1987-88:5, 7; López y Fournier, 1990:131; 1992:240; Saint Charles, 1991b:94; López, 1994:117; Viramontes, 1996:28). Actualmente se sabe que terrazas, plataformas y muros perimetrales estuvieron destinados a nivelar el terreno o contener deslaves de los frentes rocosos (Saint Charles, 1993; Cedeño, 1998:58, lo mismo ocurre en La Quemada, Zac., Jiménez y Darling, 1992:6), que la mayoría de los centros ceremoniales no se localizan sobre tierra agrícola, habiendo tenido su emplazamiento una fuerte causalidad ritual (Cedeño, *ibíd*:57, 60-63) y que el grueso de la población prehispánica se asentó a un par de kilómetros de distancia o en las planicies irrigables que se extienden en la parte inferior (Morett, 1996:5; López *et al*, 1998:29).



Figura 14. Tiestos Rojo Xajay.

Existe una confusión en torno a la temporalidad de estos asentamientos, en buena medida porque sólo se han realizado excavaciones extensivas en tres de ellos (Cerro de la Cruz, Pañhú y Zethé⁶²), y porque no existen fechamientos absolutos para los contextos donde se han recuperado ejemplares del tipo cerámico considerado diagnóstico.

Para los sitios en Hidalgo Luis Morett se inclina por una ocupación a partir del siglo IV y hasta el X: "[...] coetáneo al clímax y contracción Teotihuacano, antecedente asimismo del surgimiento de Tula" (Morett, 1996:1-3, ver también Cedeño, 1998:56; López *et al*,

⁶² En los dos primeros casos además, se han explorado algunos sectores fuera del conjunto ceremonial monumental, presumiblemente atribuibles a la misma época (Barrio de la Cruz y Huesamenta, respectivamente).

1998:27-30). Al igual que en el vecino sitio de Cerro de la Cruz, las estructuras que han sido liberadas en sitios como el Pañhú y Zethé muestran varias etapas constructivas y como parte de sus colecciones cerámicas (que incluyen recolecciones superficiales) se cuentan algunas figurillas y tiestos tempranos que muestran vínculos hacia el Bajío (Chupícuaro) (Morett, 1996:8) y hacia el Centro de México (Ticomán) (López y Fournier, 1990:130; López *et al*, 1989 s/p; López, 1994:116; López *et al*, 1998:28), pero hasta donde sabemos éstos no se asocian con certeza a los restos arquitectónicos, lo que sí ocurre en San Juan del Río, donde materiales Chupícuaro y cerámicas tempranas de manufactura local aparecen debajo de pisos y en rellenos (Saint Charles, 1991b:69-77; 1998:339-340). Saint Charles ha propuesto una ocupación continua entre los años 500 a.C. y 800/900 D.C. (1991b:66).

En el Zethé se han recuperado y fechado dos muestras de carbón, pero estos fechamientos absolutos sólo sustentan el límite tardío propuesto por Morett y Saint Charles, y tal vez una extensión ligeramente mayor.⁶³

Debido al incipiente estado en el que se encuentran los estudios en los sitios Xajay del Mezquital, no se ha elaborado a la fecha una seriación cerámica que permita identificar si existen tipos correspondientes al Clásico, presentándose a primera vista un vacío entre una ocupación formativa discreta y una epiclásica de magnitud considerable.

Como resultado de sus trabajos de prospección y la excavación de 39 pozos en los alrededores de San Juan del Río, Enrique Nalda propuso una secuencia cerámica preliminar para la región donde se confirma la existencia de materiales tempranos y se sugiere una continuidad hasta aproximadamente el siglo XII (1975). Este trabajo, en el que se basaron correlaciones posteriores (i.e. Saint Charles, 1991b) se inclinó también a que la principal ocupación de la zona ocurrió durante la primera parte del Clásico.

Independientemente de la continuidad y extensión ocupacional en los sitios Xajay, actualmente es más viable sostener que el apogeo de este desarrollo ocurrió, no hacia los primeros siglos de nuestra era, sino hacia los últimos años del primer milenio, posibilidad que habían contemplado inicialmente algunos autores (p.e. López y Fournier, 1992:240; Saint Charles, 1993:17). En un trabajo posterior y como consecuencia de un análisis más puntual de los datos recabados en excavación, Enrique Nalda nos dice:

"Se derivan, de esta manera, dos épocas bien representadas y una intermedia de bajo perfil. El primer bloque se ubicaría en el Preclásico Tardío y Preclásico Terminal. [...] es posible fechar el segundo bloque en el Clásico Tardío y Postclásico Temprano. La época débilmente representada sería el Clásico Temprano. El análisis del material de excavación induce a pensar, entonces, que el desarrollo cultural, y posiblemente demográfico, en el área, tiene su clímax hacia finales del Clásico y no necesariamente, como sospechábamos antes, hacia el Clásico Medio." (Nalda, 1991:34)

⁶³ Muestra 1125 (Capa VII) calibrada con dos desviaciones estándar: 784-981 D.C./777-997 D.C.; Muestra 1360 (Capa XVIII) calibrada con dos desviaciones estándar: 641-677 D.C./600-770 D.C. (Morett *et al*, 1994:70-78, 93, 115).

En el Valle del Mezquital existen varias razones más para apoyar esto. Si una ocupación importante de los sitios Xajay en el Estado de Hidalgo hubiese ocurrido paralela al apogeo teotihuacano, ¿por qué no se expresa esta contemporaneidad en algún vínculo con los sitios de 'filiación' teotihuacana que se distribuyen cercanamente?⁶⁴ Entre los centros ceremoniales Xajay se había considerado indicador de una temporalidad clásica y alguna relación con la Cuenca de México el uso de talud-tablero, algunas navajas de obsidiana verde y una escultura que recuerda representaciones abstractas de Tlaloc, pero ninguno de estos rasgos se circunscribe a un periodo ni es exclusivo de Teotihuacán.⁶⁵

Habría que explicar entonces la ausencia de elementos verdaderamente diagnósticos compartidos entre sitios Xajay y sitios 'teotihuacanos' cercanos.⁶⁶

Esta carencia ha sido interpretada como consecuencia de una "relación excluyente" y una "disparidad de historias" (López *et al*, 1998:31), pero creemos que más bien podría deberse a un desfase temporal. Algunos elementos cerámicos comunes entre los sitios Xajay, por ejemplo, sí son compartidos por sitios contemporáneos con los complejos Prado, Corral y Corral Terminal de Tula (López y Fournier, 1992; Cervantes y Fournier, 1996:111-113, 117; Carrasco *et al*, 2001) y en sentido inverso, en los sitios Xajay se han localizado tipos frecuentes en el área de Tula y el Bajío durante la misma época (López y Fournier, 1992:11; Morett *et al*, 1994:93; Cedeño, 1998:56; Saint Charles, 1998:340-341) como especificaremos en breve.

Hubo en algún momento una tendencia a situar al tipo diagnóstico RIP Xajay hacia los siglos XIII, XIV e incluso XV y XVI (véase Crespo, 1985; Saint Charles, 1987-88:5; Saint Charles y Crespo, 1991; Saint Charles, 1991a:9-11; 1991b:66, 88, 91, 94; Crespo, 1991a:112, fig. 7h). Para esto, el principal argumento fue su convivencia con cerámicas aztecas y coloniales en el sitio de San Sebastián de las Barrancas, pero a decir por el informe respectivo esta propuesta se basó en lo observado en superficie:

⁶⁴ A escasos veinticinco kilómetros al sureste del Zethé se localiza El Mogote San Bartolo, lugar donde se han identificado, en excavación y superficie, los tipos diagnósticos de la vajilla teotihuacana de las fases Miccaotli y Tlamimilolpa, además de un patrón de asentamiento, elementos arquitectónicos y sistemas constructivos coincidentes con los de la gran urbe y con los de otros sitios de la región vinculados con ella (Polgar, 1997; 1998; en preparación).

⁶⁵ En un artículo donde incluye datos sobre sus excavaciones en el Mogote San Bartolo, Manuel Polgar menciona también como rasgo compartido por sitios Xajay el uso de talud-tablero (1998:47), pero en observaciones posteriores ha aclarado que su estructura, forma y proporción son muy distintas (Polgar Salcedo, com. pers., 2001). En el mismo texto se menciona la aparición de fragmentos de pipas, que son frecuentes entre los asentamientos Xajay, pero estos escasos tiestos se recuperaron en los estratos superiores de un conjunto habitacional cuya ocupación sobrevivió por varios siglos al abandono del centro ceremonial (Polgar Salcedo, com. pers., 2001).

⁶⁶ Existe al sur de Querétaro un tipo cerámico al que Nalda bautizó como "Teotihuacanoide", considerándolo una versión local de la tradición teotihuacana (1975:90-92, 127; 1991:53, 55, fig. 12). Nuevamente a raíz de la cuidadosa revisión de sus datos de excavación, esta loza resulta ser posterior al apogeo de aquella ciudad (Nalda, 1991:35, 38, 41), quizás contemporánea con la fase Metepec (Nalda, *ibíd*:41). En el Valle del Mezquital existen asentamientos cuya ocupación parece abarcar el lapso comprendido entre el abandono de los centros ceremoniales 'teotihuacanos' (hacia Tlamimilolpa) y la aparición de los sitios contemporáneos con las fases Prado y Corral de Tula (Fournier, 1995:55; Polgar Salcedo, com. pers., 2001). Sus características y la dinámica de la que fueron producto son motivo suficiente de un estudio aparte y no serán abordadas aquí, pero nos interesa resaltar en ellos la abundancia de aquel tipo cerámico. Fournier se refiere a estas "vasijas en estilo teotihuacanoide" como integrantes de un Complejo Atlán y similares a tradiciones contemporáneas del Bajío (1995:55, nota 14, cuadro 7 y fig. 10).

"[...] al hacer un rescate en San Sebastián de las Barrancas, se apreciaron en superficie grandes concentraciones de este tipo cerámico asociado con material tardío, como molcajetes de soporte plano y también con cerámicas manufacturadas en los inicios de la colonia, –figurillas de animales y vasijas con greta–. Esta asociación de materiales hace suponer una continuidad en la ocupación en San Sebastián desde el siglo XIV hasta la conquista (Crespo, 1985)." (Saint Charles y Crespo, 1991:3, véase también Saint Charles, 1991b:91)

En apoyo a esta asignación tardía, en uno de sus trabajos Saint Charles hizo hincapié en la convivencia de RIP Xajay con Azteca III en una unidad de excavación en Barrio de la Cruz, pero esto nuevamente ocurre sólo en superficie y en la primera capa (Saint Charles, 1991a:10), mientras que vasijas completas de este tipo se han recuperado en contextos ofrendarios dentro del mismo sitio y en asociación con vasijas que son claramente anteriores (Crespo y Saint Charles, 1996). Saint Charles interpreta la presencia del RIP Xajay en Cerro de la Cruz como una discontinuidad en el asentamiento, una "tercera etapa de ocupación" representada "exclusivamente" por este tipo cerámico y que "se produjo sobre las ruinas de este antiguo recinto", el cual había sido abandonado hacia 800-900 D.C. (1991b:88; véase también Saint Charles y Crespo, 1991:8). Desafortunadamente no se ha recuperado material Rojo Inciso Postcocción asociado a elementos arquitectónicos en dicho centro ceremonial, sólo en superficie, y no existe ningún otro tipo cerámico relacionado exclusivamente con él (Saint Charles, *ibíd*:66, 88). Esto causa dificultades en su correlación temporal, pero no creemos que pueda determinarse una etapa de ocupación con base exclusiva en un tipo cerámico.⁶⁷

También en algún momento se pensó que era factible correlacionar a la cerámica Xajay con la Azteca III por el uso de soportes planos tipo "placa" en ocasiones almenados (Saint Charles 1991b:91), pero se hace referencia a soportes planos en cerámicas del Clásico en el sur de Querétaro (Crespo, 1991a:123), algunos soportes de ejemplares Coyotlatelco en el museo de sitio de Tula también son de 'placa', y lo mismo en un cajete de la Colección Malo Zozaya con la que Braniff definió la hipotética fase Tierra Blanca, del Clásico Tardío en Guanajuato (1992:101, 115, 125, 140, lám. 5-18). Soportes almenados se presentan también entre los materiales de esta colección (ver Braniff, 1972:313, lám. 8; 1999:112, fig. 65b).

Por último, se postuló una ruptura entre el Rojo Inciso Postcocción y la tradición cerámica de la región, que se remite con frecuencia a la bicromía rojo/bayo con diseños pintados (Nalda, 1975:95; 1996:269, nota 17; Saint Charles, 1998:343); sin embargo,

⁶⁷ Saint Charles resalta que el RIP Xajay no se asocia con ninguna actividad constructiva, pero esto no necesariamente significa que dicha cerámica se usó cuando el sitio ya estaba abandonado. En su trabajo sobre la secuencia ocupacional en Cerro de la Cruz se propone una ocupación continua de 1300 años, habiéndose identificado sólo cinco etapas constructivas (1991b:66), lo que significa que entre una renovación arquitectónica y otra pudieron transcurrir bastantes años. En este sentido no sería incongruente que el material rojo inciso hubiese aparecido en el sitio cuando su última etapa constructiva ya había sido terminada y en consecuencia el relleno de las estructuras estuviese sellado. Si el relleno de la última etapa ha sido fechado relativamente entre los años 800 y 900 D.C., es lógico que esta renovación estuviese en funciones por un periodo que rebasa esas fechas, y no necesariamente que el lugar fue abandonado cerca de ellas.

se menciona un tipo en el que se conserva la bicromía rojo/bayo pero se implementan motivos esgrafiados (Nalda, 1975:94-95). En el área Xajay del Mezquital se han recuperado tiestos bicromos esgrafiados, menos frecuentes que el RIP pero evidentemente emparentados con él ([Figura 15](#)),⁶⁸ al tiempo que difieren bastante del rojo/bayo inciso teotihuacano (del que hay ejemplos en otros sectores de la región) en forma, color, técnica incisiva y motivos (desconocemos a cuál de estos dos se asemeje más la cerámica reportada por Nalda). Durante el Epiclásico, en la región de Tula la "incisión postcocción" aparece en los tipos Guadalupe Rojo Esgrafiado, Guadalupe Rojo sobre Café Esgrafiado y Clara Luz Negro Esgrafiado del complejo Prado (Cobean, 1990:75-93, 104-118). En el sur de Guanajuato, hacia la parte final del Clásico, también está presente la técnica decorativa del esgrafiado (Nalda, 1996:274) aunque es mucho más común la incisión, que tiene antecedente en la gama de tipos cerámicos incisos que aparecen en dicho Estado por lo menos desde el Clásico (Braniff, 1972:284, 286; 1999:50-58; 2000:39; Saint Charles, 1990:55). Esgrafiados e Incisos aparecen en Zacatecas de manera continua durante el Clásico y en el Epiclásico (Kelley y Abbott, 1971; Braniff, 1972:284, 286; Jiménez, 1989:10-11, 17; 1995:43, 49; 1998:299, nota 10; Jiménez y Darling, 1992:13; 2000; Braniff, 2000:39), lo mismo que en la Costa del Pacífico y en Jalisco (Braniff, 2000:39; Saint Charles, 1990:55; Jiménez, 1995:43; Jiménez y Darling, 2000:169).

La confusión cronológica inicial del tipo Xajay derivó de su supuesta postura estratigráficamente posterior y excluyente con respecto al tipo cerámico Rojo sobre Bayo El Mogote, para el que se había propuesto como límite tardío 700/850 D.C. (Nalda, 1975:80, 95). Este argumento fue modificado por el propio Nalda como consecuencia de la revisión de sus datos de excavación, reconociendo que existe un lapso en el que ambos tipos se traslapan, y bautizando al R/B El Mogote durante su última etapa como La Trinidad (Nalda, 1991:36, 38, 41, la convivencia de RIP Xajay y R/B El Mogote se observa también en su trabajo original, en dos de las cuatro unidades cuya frecuencia de tipos ilustra (UE52 y UE103), 1975:83). A pesar de estas reconsideraciones, en un trabajo reciente Nalda se refiere al Rojo Inciso Postcocción Xajay como haciendo su aparición en la región hacia 900 D.C. (1996:269).

⁶⁸ De esta cerámica conocemos cajetes de paredes recto divergentes, decoración roja sobre naranja o bayo y esgrafiado ("Inciso Postcocción") delineando los motivos. Fue nombrada Policromo Inciso por Luis Morett (1992:25, 26, fig. 33), siendo más apropiada la denominación Bicromo Esgrafiado Xajay de Patricia Fournier (1995, cuadro 8). Coincidimos con Morett (*idem*) y Crespo y Saint Charles (1996:132) en que se trata de una variedad y no de un tipo, por lo que más correcto sería hablar de *un tipo* Xajay Esgrafiado con *dos variedades*: Rojo Monocromo y Bicromo Rojo/Naranja o Bayo. Morett señala también que esta cerámica podría significar la unión de dos tradiciones decorativas "configurando una especie de híbrido" (*idem*). Gracias a la amabilidad del arqueólogo Carlos Castañeda hemos visto algunos tiestos que creemos son como éstos, procedentes de San Felipe Irapuato, Gto., actualmente en la bodega de la ceramoteca del Bajío, en Salamanca.



Figura 15. Xajay Bicromo Esgrafiado.

Con base en correlaciones cerámicas y en los escasos fechamientos directos que existen para la región, parece que el límite inferior extremo de este tipo cerámico no puede anteceder el año 750/800 D.C., puesto que uno de los contextos en Barrio de la Cruz, donde se halló una vasija completa, es posterior a la construcción de una plataforma fechada por C14 entre 650 y 750 D.C. (Saint Charles, 1998:340-341). En el extremo opuesto, y como veremos a continuación, el RIP Xajay coexiste con elementos diagnósticos de los complejos Prado y Corral de Tula en algunos sitios, habiendo además otros rasgos en común hasta Corral Terminal. De acuerdo con esto y a reserva de ajustes posteriores a la cronología de Tula, el límite máximo superior no podría exceder el año 950 D.C., que se ha propuesto como inicio de fase Tollán. Con este rango coinciden las fechas C14 que se tienen para el sitio de El Zethé, donde un contexto conteniendo una vasija de RIP Xajay se asociaba a la construcción de una plataforma, entre 777 y 997 D.C. (Morett *et al*, 1994:93, 115).⁶⁹

De gran apoyo en el intento de situar cronológicamente al RIP Xajay, es su presencia en otros asentamientos y convivencia con otros materiales que son diagnósticos de momentos más o menos precisos.

Varios sitios reportados por el Proyecto Valle del Mezquital muestran fuertes vínculos con las sociedades asentadas en el Valle de Tula, a decir por la cantidad de tipos cerámicos que comparten (López y Fournier, 1990:132; Fournier, 1995). En contraste con los Xajay, los centros ceremoniales de estos sitios se localizan en laderas de pendiente suave y sus alrededores fueron adaptados para la habitación y cultivo por

⁶⁹ En este fechamiento se apoyan Crespo y Saint Charles recientemente (1996:119) al proponer una cronología entre 600 y 900 D.C. para los contextos excavados en Barrio de la Cruz, donde se rescataron algunas vasijas RIP Xajay en contextos ofrendarios.

medio de terrazas (López y Fournier, 1990:132; López, 1994:117-118). Entre ellos nos interesa principalmente Sabina Grande, porque en él se han realizado excavaciones y varios estudios prospectivos (López y Fournier, 1990:91; 1992; Carrasco *et al*, 2001) y por situarse geográficamente muy cerca del Desarrollo Regional Xajay.

Como ya hemos mencionado, en Sabina Grande están representados en superficie los complejos Corral, Corral Terminal y Tollán (López y Fournier, 1992:16-42). No se ha recuperado en Sabina Grande un ejemplar completo de Xajay, pero el tipo es frecuente en superficie (véase López y Fournier, *idem*) de donde conocemos también un ejemplo de la variedad bicroma. Tiestos RIP Xajay aparecieron dentro de la secuencia estratigráfica que describimos en el tercer capítulo de esta tesis y que puede circunscribirse a Corral Terminal (900-950 D.C.). También dentro de esa secuencia se cuenta un gran fragmento de olla globular pulida de color bayo, con decoración de franja roja sobre el cuerpo y grecas al negativo sobre el cuello, que exhibe exactamente la misma forma, acabado, técnica decorativa y motivos, que un ejemplar completo recuperado durante la excavación de un entierro múltiple en El Zethé ([Figura 16](#)), contexto donde sí se halló un cajete trípode completo de RIP Xajay y al que se asocia el fechamiento que se mencionó líneas atrás.⁷⁰

Otro sitio cuya cerámica comparte muchos atributos con la región de Tula es Chapantongo, localizado en la franja central del Valle del Mezquital y a escasos veinte kilómetros al norte de Tula (López y Fournier, 1992: 71-74; Fournier, 1995:56-57; Cervantes y Fournier, 1996:106-108). En la colección proveniente de superficie se reportan varios tipos de los complejos Prado y Corral designados por Cobean, además de variedades, tipos locales (Fournier, *idem*; Cervantes y Fournier, *ibíd*:108-112, 117) y materiales que se consideran de intercambio intrarregional, entre éstos el RIP Xajay (López y Fournier, *ibíd*:73; Cervantes y Fournier, *idem*).

En un sentido inverso, en los sitios Xajay aparecen ocasionalmente algunos elementos de la vajilla frecuente en Sabina Grande y Chapantongo. Se han identificado entre las colecciones Xajay los tipos Ana María Rojo/Café y Coyotlatelco Rojo/Café de la clasificación de Cobean (complejos Prado y Corral respectivamente) (López y Fournier, 1989; 1992:12; Morett, 1992:29, 39; Fournier, 1995:56; Fournier y Cervantes, 1996:117) y El Marqués Café Pulido, un tipo propio de Chapantongo (Fournier y Cervantes, *idem*). En El Zethé y Pañhú se reporta una correspondencia de RIP Xajay con Cañones Rojo sobre Café (López y Fournier, 1992:11; Morett *et al*, 1994:93) que es otro de los tipos cerámicos considerados por Cobean como diagnósticos de fase Corral en Tula (1990:238-244) y que también está presente en Cerro de la Cruz (Saint

⁷⁰ La similitud entre las ollas de El Zethé y Sabina Grande es incuestionable, sugiriendo un mismo origen. Es posible que se trate de piezas importadas, pues al menos dentro de las colecciones del Proyecto Valle del Mezquital no conocemos ningún otro ejemplar o tiesto parecido. Se han reportado tipos Rojo/Bayo y Negativo en varios lugares pero no encontramos gran similitud con el que referimos, aunque un fragmento con decoración y motivos muy similares, pero distinta forma, se incluye en el muestrario que el Centro INAH Guanajuato conserva del Proyecto Gasoducto, tramo Salamanca-Yuriria, y que nos fue cordialmente mostrado por el arqueólogo Carlos Castañeda.

Charles, 1998:340-341; ver también 1991b:80, 87, fig. 10).⁷¹ Al parecer, hay más elementos en Cerro de la Cruz que se vinculan con los complejos Prado y Corral de Tula (Saint Charles, com. pers., 2002) y creemos que algunos de los tipos rojo/bayo de manufactura local en El Zethé y El Pañú pertenecen a la esfera Coyotlatelco. Los posibles alcances de esta última esfera y algunas de sus implicaciones serán tratados con más detalle en otro lugar (Solar, en preparación).



Figura 16. Olla al negativo.

Como ya hemos dicho, la ocupación Xajay no se circunscribe a los límites temporales del Rojo Inciso Postcocción.⁷² Sin embargo, la distribución intrarregional e interregional

⁷¹ En el trabajo de 1991b Saint Charles habla de Ollas de Cuello Alto Rojo/Bayo, que a decir por su ilustración (fig. 10) podrían ser del tipo Cañones al que hace referencia en su trabajo posterior (1998:340-341). Cervantes y Fournier se refieren a los cántaros Cañones que aparecen en la zona Xajay como una variedad del tipo reportado por Cobean (1996:117).

⁷² Es posible que su vigencia se extienda a los primeros años de la fase Tollán. Aunque no conocemos ningún tipo diagnóstico de ese complejo 'tolteca' entre los sitios Xajay del Mezquital, existe en ellos un tipo cerámico bautizado como Naranja Pañú, que en una de sus formas y decoración se asemeja bastante a los cajetes trípodes 'a brochazos' y con soportes de botón de Jara Anaranjado Pulido (Cobean, 1990:335-350). La pasta, sin embargo, es mucho más fina y delgada en el primero, y a simple vista parece provenir de la Costa del Golfo (de la Vega Doria, com. pers., 2001). Durante el Epiclásico aparecen en Chapantongo los tipos La Costa Anaranjado Pulido y La Costa Anaranjado/Anaranjado (Fournier, 1995:382, cuadro 8; Cervantes y Fournier, 1996:112, 118, fig. 11) pero desconocemos si se trata del mismo tipo.

de este tipo diagnóstico es un apoyo importante al rastrear los vínculos de la zona hacia el Epiclásico.

Contrario a lo que en algún momento se pensara, el RIP Xajay no se restringe al Valle de San Juan del Río (Saint Charles, 1987-88:7) ni se circunscribe a la cuenca del Río San Juan, las cercanías de su confluencia con el río Tula, el poniente del municipio de Tecozautla, Hgo. y como una excepción el Cerro Magoni en Tula (Saint Charles y Crespo 1991:4). Aislados, se ha hecho referencia a tiestos Rojo Xajay en Huamango, Méx. (Segura y León, 1981:116-117; Morett, 1996:1), Teotenango, Méx. (Nalda, 1996:269, nota 17) y la Sierra Gorda de Querétaro (Crespo y Saint Charles, 1996:119; Elizabeth Mejía y Alberto Herrera, com. pers, 2001⁷³), mientras que existe una continuidad distributiva entre el sur de Querétaro y el Poniente de Hidalgo, incluyendo con certeza el Valle de Querétaro (Crespo y Saint Charles, idem) y los municipios de San Juan del Río, Qro. (Nalda, 1975), Tecozautla, Hgo., Huichapan, Hgo. (López *et al*, 1989; López y Fournier, 1990:131; Crespo y Saint Charles, idem) y Chapantongo, Hgo. (Cervantes y Fournier, 1996:108-112, 117).⁷⁴ Hasta donde sabemos, no se ha reportado ningún tiesto RIP Xajay en Guanajuato, pero vale la pena recordar que en la mitad sur de dicho estado se han recolectado algunos que creemos corresponden a la variedad Rojo/Naranja del Xajay Esgrafiado y también un fragmento comparable con la olla de El Zethé que compartía contexto con un cajete RIP Xajay.

Un ejemplo más de que puede vincularse al Mezquital con El Bajío durante el Epiclásico lo constituyen las pipas de barro. Estos artefactos son abundantes en las colecciones de los sitios de Hidalgo pero su dispersión es en realidad mucho mayor.

La Red Septentrional del Altiplano

Siguiendo la tipología de Porter (1948:187), en el Mezquital son abundantes las pipas angulares con soporte plataforma sencillo o zoomorfo; el hornillo o cazoleta tiene forma de embudo y al igual que el tubo sus paredes son delgadas. Por lo general estas piezas llevan un baño de engobe rojo pulido, aunque también las hay cafés, negras o sin recubrimiento. La decoración es al pastillaje, frecuentemente una tira delgada que abraza a la cazoleta y cuyos extremos continúan por la parte superior del tubo, en forma recta, ondulada o formando motivos; algunas veces en la plataforma el diseño es zoomorfo ([Figura 12](#)). Como ya se ha dicho, objetos como éstos fueron rescatados por Acosta durante las exploraciones del Palacio Quemado en Tula ([Figura 11b](#)).⁷⁵

⁷³ Llama la atención este tiesto, pues a decir por Mejía y Herrera, se recuperó en un estrato tardío dentro de la secuencia de excavación.

⁷⁴ Luis Morett agrega el norte de Zumpango y las proximidades de Zimapán (1996:1). Esto en realidad sería bastante lógico dada su proximidad con las áreas que mencionamos aquí, pero no se hace referencia a ningún autor o contexto preciso, por lo que lo consideramos con algunas reservas. Morett también menciona que RIP Xajay apareció en los estratos más antiguos de Tula Chico (idem), pero tampoco hace referencia a quién o cuándo se realizó dicho hallazgo. En los informes que nosotros hemos consultado no se hace tal mención.

⁷⁵ En el Cerro de la Malinche, en los alrededores de Tula, Blanca Paredes reporta fragmentos de pipas que conviven estratigráficamente y aumentan en proporción con la cerámica Mazapa Líneas Rojas Ondulantes (1990:194). No se ilustran ejemplos, pero a decir por su descripción estas piezas difieren de las que tratamos nosotros, pues se dice que su decoración es esgrafiada (idem).

También se mencionó la asombrosa similitud de la pipa (objeto único en aquella región) que fue recuperada en el Templo de los Guerreros, Chichén Itzá (Morris *et al*, 1931:177-179, lám. 21), y cuyo origen se ha supuesto tolteca (Porter, 1948:210; Cobean, 1978:73) o michoacano (Thompson, 1966 en Cobean, *idem*) ([Figura 11a](#)). En los sitios Xajay del Mezquital (y alrededores) se han recolectado abundantes ejemplares de estas pipas en superficie y en excavación (Morett, 1992:24; 1996:8); mientras que entre los sitios que comparten vajilla con Tula, un ejemplar completo proviene de Sabina Grande (Carrasco *et al*, 2001:61, 68, 70) y en Sabina y Chapantongo se han recuperado en superficie varios fragmentos (Fournier, 1995:382, cuadro 8; Cervantes y Fournier, 1996:111, 112, 125, fig. 13).

En general para los sitios al sur de Querétaro se reportan fragmentos de pipas, por ejemplo en El Palacio (Brambila y Castañeda, 1991:153), La Joya (Crespo, 1991a:123, fig. 10a), La Magdalena (Crespo, 1991a, fig. 14c), La Griega (Flores y Crespo, 1988:214), El Cerrito (Flores y Crespo, 1988:214; Crespo, 1991a:104), el Valle de San Juan del Río (Nalda, 1991:37, 41), y Barrio de la Cruz (Saint Charles, 1991a:9; Crespo y Saint Charles, 1996:125). Aunque a veces no se ilustran o los segmentos son demasiado pequeños, es factible que la mayoría sea del mismo tipo que hemos descrito, como ocurre con piezas de Tequisquiapan, un lugar bastante cercano (véase Porter, 1948:203, lám. 17).⁷⁶ En Guanajuato, cerca de su límite con Querétaro, se reportan dos pipas en el sitio de Morales (Braniff, 1999:92), una de ellas muy semejante a las de Tequisquiapan (*ibíd*, fig. 52d), la otra diferente de todas las que hemos descrito (*ibíd*, fig. 52e).

Algunas pipas en Guanajuato también son angulares y de soporte plataforma, hornillo en forma de embudo y decoración al pastillaje frecuentemente zoomorfa. En ocasiones tienen un par de protuberancias en la plataforma, pero en la mayoría no podrían considerarse soportes pues se extienden a los lados y no llegan a alterar el ángulo del cuerpo. Varios ejemplares completos proceden de Tierra Blanca (Braniff, 1972:283, lám. 8; 1999:146) y otros se exhiben en el Museo de San Miguel de Allende, algunos semejantes a los nuestros. También en el centro de Guanajuato se han reportado fragmentos de pipas en Cañada de la Virgen (Nieto, 1997:101) y hacia el norte del estado en Cerrito de Rayas (Ramos *et al*, 1988:314) y Carabino (Diehl, 1976:271; Flores y Crespo, 1988:214), pero ninguno se ilustra.⁷⁷

⁷⁶ Sobre los fragmentos de Tequisquiapan Porter sugiere una similitud con las pipas de Guasave (1948:203, lám. 17), pero las primeras son de plataforma con aplicaciones al pastillaje, mientras que las segundas tienen soportes y muestran una decoración pintada o esgrafiada. En la Fig. se aprecia el parecido de las piezas queretanas con las hidalguenses.

⁷⁷ Muy cerca de estos sitios se encuentra Villa de Reyes, ya en territorio potosino, donde también hay pipas (Crespo, 1976: 43, 45, 56; Flores y Crespo, 1988:214, Braniff, 1992:39, 61; 1974:43) que son descritas con un baño de pintura roja pulida, cazoleta cónica y "remate" que "puede ser en forma de abanico o de espiral" (Crespo, *ibíd*:56), ocasionalmente con decoración zoomorfa o antropomorfa (Braniff, *ibíd*:61). Pipas de "remate en espiral" como las que describe Crespo se exhiben en el Museo de San Luis Potosí, en la Sala del Norte del Museo Nacional, y varias de las piezas de Tierra Blanca, Gto. lo tienen también (véase Braniff, 1999:146, lám. 11). El uso de pipas es una costumbre que comparten durante la misma época el sur de San Luis Potosí y los lugares que hemos mencionado, pero en apariencia es claro que las pipas del Tunal Grande se asemejan más a las de la región de Río Verde y Guadalcázar (Braniff, 1992:61; Braniff, 1999:146) y quizás también a las de la Sierra de Tamaulipas que son contemporáneas (Braniff, 1974:43). Es posible que los ejemplares del norte de Guanajuato (o algunos de ellos) sean como éstos y no como los que hemos referido para el sur de Querétaro y poniente de Hidalgo.

Refiriéndose a los estados de Querétaro, Guanajuato y San Luis Potosí, Beatriz Braniff considera que el uso de pipas inició hacia el Clásico Tardío (1972:292-293; 1974:43). Ahora sabemos que debe incluirse el estado de Hidalgo y, como veremos un poco más adelante, el de Michoacán.

Profundizando un poco en la temporalidad de estos objetos, es conveniente recordar que el contexto de Sabina Grande, donde se recuperó completa una de estas pipas, se ubica por correlación cerámica dentro de la fase Corral Terminal de Tula (900-950 D.C.). Los fragmentos localizados en Chapantongo, que se han clasificado con el nombre de Cerritos al Pastillaje, se relacionan con elementos de los complejos Prado-Corral (Fournier, 1995:382, cuadro 8; Cervantes y Fournier, 1996:111, 112, 125, fig. 13), que en la secuencia de Cobean se sitúan entre 700 y 900 D.C.⁷⁸ En el caso de Cerrito de Rayas, Guanajuato, los tipos cerámicos identificados sugieren que la ocupación del sitio no se extendió más allá de la misma época (véase Ramos *et al*, 1988).⁷⁹

Para el sur de Querétaro Enrique Nalda calcula que las pipas son posteriores al año 900 D.C. (1996:269) pero señala que aparecen por primera vez en asociación con el RIP Xajay (1975:97), que creemos puede situarse entre 750/800-950 D.C. Esto es congruente con fragmentos de pipas recuperados en excavación en Barrio de la Cruz, San Juan del Río, que convivían estratigráficamente con Café Inciso Pulido Garita, Rojo-Naranja sobre Bayo Cantinas, Rojo sobre Bayo El Mogote y ollas de tipo Cañones (Saint Charles, 1991a:9; Crespo y Saint Charles, 1996:125), por lo que Saint Charles las sitúa en la fase El Mogote de Cerro de la Cruz, entre 400 y 900 D.C. (Saint Charles, *ibid*:10). Los ejemplares de El Palacio provienen de superficie, pero entre los materiales que permiten situar cronológicamente al sitio se cuentan los tipos Cantinas y R/B El Bajío (400 a 900 D.C.), además de una cerámica que se considera muy similar a la Mazapa Líneas Ondulantes (Brambila y Castañeda, 1991:153). Un caso similar es el de La Joya, donde hay tiestos Cantinas y Paso Ancho Borde Rojo, este último con una duración propuesta de 600 a 900 D.C. (Saint Charles, 1990), misma temporalidad que sugiere Crespo para las pipas de este lugar (Crespo, 1991a:123, fig. 10a). En La Magdalena y La Griega las colecciones también son de superficie, por lo que la asignación temporal de las pipas es incierta. Ambos lugares comparten elementos de la vajilla de Tula y en sitios como éstos las pipas se han considerado correspondientes a fase Tollán (véase Flores y Crespo, 1988:214, 217).⁸⁰ Sin embargo, es interesante que en La Magdalena no se presentan tipos diagnósticos posteriores a la fase Corral (cfr. Flores y Crespo, *ibid*:210-215), con excepción del Blanco Levantado, que tiene una profundidad temporal mayor en esta región que en Tula (Braniff, 1992:105; Crespo,

⁷⁸ Al parecer los hallazgos en el Palacio Quemado de Tula son una excepción a la asignación Epiclásica de estas pipas, pues se localizaron sobre el piso y en convivencia con materiales de Fase Tollán (Cobean, 1978:71).

⁷⁹ Aunque el reconocimiento en Cerrito de Rayas fue superficial, destaca la presencia de tipos diagnósticos del Clásico Tardío como Valle de San Luis y Garita. Hay Blanco Levantado, pero éste no parece corresponder a una ocupación del Postclásico Temprano como en otros sitios, ya que en Cerrito de Rayas no hay Plumbate y tampoco parece haber otros elementos del complejo Tollán (véase Ramos *et al*, 1988). Existe una cerámica de pasta gruesa, pero los autores consideran que no corresponde a la conocida Pasta Gruesa Tardío (*ibid*:313).

⁸⁰ Flores y Crespo no señalan la existencia de pipas en La Magdalena (véase 1988:214), pero en un trabajo posterior Crespo ilustra un par de fragmentos de este lugar (1991a:fig. 14c). Al pie de las imágenes aparecen las fechas 400-800 D.C.

1996:77). Además, el asentamiento muestra una continuidad ocupacional por lo menos desde el periodo precedente, como lo demuestra la presencia de R/B El Mogote, Paso Ancho Borde Rojo, Cantinas y San Miguel R/B (véase Crespo, 1991a, figs. 14a-14c).

El Cerrito, Qro. es otro sitio vinculado con Tula en sus últimas fases. En este lugar se han registrado fragmentos de pipa en excavación, que en los niveles superiores conviven con materiales de Corral Terminal y Tollán (Crespo, 1989:12; 1991b:176). Sin embargo, también se les señala en correspondencia con tipos más tempranos, como Garita Black Brown y Valle de San Luis Policromo, en el Nivel III de su secuencia (véase Crespo, 1989:12; Crespo, 1991b, fig. 9), donde se obtuvieron dos fechamientos por radiocarbono (676 ± 77 y 805 ± 113 , Crespo, 1989:4; 1991b:165, 218). Regularmente, Crespo sitúa a las pipas de El Cerrito entre 600/650-900/950 D.C. (1989:20; 1991b:192), dentro de la fase homónima (650-1100 D.C.) (Crespo, 1991a:104), periodo donde además de las cerámicas mencionadas aparece el Paso Ancho Borde Rojo. Dada la frecuencia de tipos del sur de Guanajuato, la autora considera que las pipas provienen de la región del Río Laja (1989:20; 1991b:192).

En la fase San Luis del Tunal Grande (650-900 D.C.) se reporta el uso de pipas en Villa de Reyes, conviviendo con Valle de San Luis Policromo, el tipo diagnóstico de ese periodo (Crespo, 1976:43, 45, 56; Braniff, 1992:39, 61).⁸¹ La distribución temporal de esta cerámica es amplia, pero conviene recordar que en El Cerrito algunos fragmentos de pipas ocurren en el mismo nivel que Valle de San Luis. También se presenta en Guanajuato, donde se ha ubicado en la hipotética Fase Tierra Blanca del Clásico Tardío, nuevamente en compañía de las pipas de barro (Braniff, 1972:283).

Si hubiese que sugerir una filiación de las pipas que hemos mencionado (cuando conocemos su forma), con pipas de otra área, nuestro principal candidato sería sin duda el noreste de Michoacán, en los alrededores de la laguna de Cuitzeo ([Figura 11c-e](#)). De aquí provienen tres de los nueve ejemplares ilustrados por Porter que guardan entre sí una verdadera similitud (los otros son la pipa de Chichén, una de las rescatadas en Tula, otra procedente de Pánuco⁸² y tres fragmentos de Tequisquiapan, Qro.) (1948:186-189, 197, 209, 210, 216, láms. 8k, 17b, y 22). La autora parece asumir que todas las piezas de Michoacán son tarascas, pero en su estudio se observa que específicamente las de Cuitzeo difieren bastante del resto.⁸³ Desconocemos su

⁸¹ Braniff destaca que las pipas son comunes en Fase San Luis, pero existen tres fragmentos en la Fase San Juan (ca. 270 a.C.-130 D.C., 1992:147). Éstos son negros y carecen de decoración detrás de la cazoleta (ibid:61, 117-118)

⁸² Esta pieza es interesante, pues efectivamente es comparable con las que hemos descrito y parece excepcional entre las colecciones de la Huasteca, aunque en esta región se da una amplia variedad de tipos (Porter, 1948:191-193, láms. 8 y 9). Entre las más frecuentes se encuentran pipas de soporte plataforma, pero de bordes gruesos redondeados y con hornillo cilíndrico al centro (Porter, ibid, lám. 9b; Du Solier *et al*, 1947-48:21, lám. 3 a y b, 24). En cuanto a su forma, estos últimos artefactos parecen vincularse estrechamente con aquellos de la región de Caddo, en el sureste americano, donde suelen fabricarse en piedra (Porter, ibid:192, 227; Du Solier *et al*, ibid:26-29; Armillas, 1999 [1964]:34). Para el Mezquital únicamente conocemos un fragmento que tal vez corresponde a una pipa de barro de este tipo, recolectado en superficie y procedente de Sabina Grande.

⁸³ Las pipas tarascas más comunes son también angulares, pero no de plataforma, regularmente tienen soportes y la decoración se logra a partir de diseños punzonados, pintados o esgrafiados (Porter, 1948:186-190, 193-199, láms. 12-15), compartiendo algunos de estos atributos con las pipas sinaloenses en algún punto contemporáneas (véase Porter, ibid:199-203, láms. 16 y 17).

temporalidad y procedencia exacta pero, como vimos, puede considerarse que el tipo al que corresponden se generalizó antes del año 1000 D.C.

Entre trabajos recientes sólo conocemos un fragmento que con seguridad corresponde al mismo tipo, ilustrado por Moguel (1987:lám. 50) y recolectado durante la prospección en el Tramo Yuriria-Uruapan, a la par con ejemplares tarascos de boquilla 'enrollada' o 'retorcida' (Moguel, *ibíd*:láms. 50-51). Específicamente en la Cuenca de Cuitzeo se han recolectado pipas en superficie (Moguel y Sánchez, 1988:231) pero no sabemos si son del tipo que hemos descrito o son tarascas. Lo mismo ocurre en la Cuenca de Zacapu, donde Brigitte Faugere las atribuye a la fase Milpillas (1200-1450 D.C.), pero sólo con datos de superficie, habiendo pipas en lugares donde además de materiales de fase Milpillas hay algunos de La Joya (850-900 D.C.), como el Grupo Hornos y el Borde Chirimoyo (véase Faugère, 1996:87-88).⁸⁴

La distribución de pipas angulares con soporte plataforma, cazoleta en forma de embudo y decoración al pastillaje, abarcó durante el Epiclásico a varias esferas (que trataremos más tarde). Las piezas de Cuitzeo que ilustra Porter son un buen indicador de la existencia de una red que vinculaba por lo menos el Noreste de Michoacán, Guanajuato, el sur de Querétaro y la porción poniente de Hidalgo. Quizás estos vínculos, que también se observan en relación con otros materiales arqueológicos por lo menos desde finales del Clásico, propiciaron la inserción de Tula en las redes por las que circularon la obsidiana de Ucareo/Zinapécuaro y la turquesa, desde el Epiclásico y hasta el Postclásico Temprano.

La presencia humana en territorio michoacano tiene considerable antigüedad, pero se ha propuesto que la ocupación principal al noreste ocurrió a partir del Epiclásico.⁸⁵ Específicamente al este de la Laguna de Cuitzeo el asentamiento es relativamente insustancial hasta cerca del final del periodo Clásico, cuando aparecen sitios vinculados con la explotación de la obsidiana en Ucareo/Zinapécuaro (Healan, 1997:94-96; 1998:106) que durante el Epiclásico llegó a ser un recurso de importancia panmesoamericana (Healan, 1997:77; 1998:107; Healan y Hernández, 1999:136).

Los vínculos entre el Mezquital y el noreste michoacano también se hacen evidentes a partir de esta obsidiana, que por lo menos durante las primeras fases de Tula (700-950 D.C.) constituye casi el 90% (Cobean, 1982:80; Healan y Stoutamire, 1989:236; Healan *et al*, 1989:244, 248; Healan, 1997:77, 1998:101; Healan y Hernández, 1999:136,

⁸⁴ El único sondeo donde aparecen fragmentos de pipa se realizó en un abrigo. Se trata de boquillas negras pulidas, una de ellas 'retorcida'. Coincidimos con la autora en que "recuerdan" a los tipos tarascos (Faugère, 1996:94).

⁸⁵ A raíz del análisis de los materiales recuperados en el tramo Yuriria-Uruapan del Proyecto Gasoducto, María Antonieta Moguel observó una continuidad ocupacional desde el Preclásico Superior hasta el Postclásico Tardío en la Cuenca de Cuitzeo, pero ocurriendo la mayor diversidad y frecuencia de tipos cerámicos a partir del Clásico Tardío (1987:2, 5, 68, 115, 129). Al oeste de la laguna se localiza la población de Zacapu, y entre ésta y el río Lerma se ha observado también una continuidad desde épocas tempranas, aunque nuevamente ocurriendo la ocupación principal durante la parte final de la fase Lupe (700-850 D.C.), durante La Joya (850-900 D.C.) (Faugère, 1992:41, 43, 45; 1996:84, 90, 95; Pollard, 1995:36; 2000a:63) y extendiéndose durante la fase Palacio (900-1200 D.C.) (Faugère, 1996:84, 90-92, 95, 100).

141).⁸⁶ Es lógico pensar que la relación entre estas dos regiones fue consecuencia secundaria de la participación de ambas en una misma red (Healan y Hernández, 1999:141), y no que ocurrió forzosamente de manera directa: "[...] la red puede tener lazos directos (asentamiento a asentamiento) o indirectos (en cadena) y múltiples puntos de contacto, lo cual incide en principio en que los artefactos puedan transportarse distancias considerables." (Cervantes y Fournier, 1996:118)⁸⁷

Algunas Esferas y Posibles Traslapes

En el transcurso de las últimas tres décadas se han desarrollado varios proyectos arqueológicos en el noreste michoacano, sur de Guanajuato y sur de Querétaro. Aunque en los últimos años se ha excavado en varios sitios, la mayor parte de la información para esta zona se ha construido sobre lo observado en superficie. Para ello, la base correlativa ha sido principalmente la secuencia cerámica establecida por Michael Snarkis para el sitio de Acámbaro (1974; 1985) (véase Nalda, 1981; Velázquez, 1982; Contreras y Durán, 1982; Sánchez y Zepeda, 1982; Moguel y Sánchez, 1988; Ramos *et al*, 1988; Saint Charles, 1990; 1991b; Durán, 1991; Healan y Hernández, 1999:133), y aquellas propuestas por Nalda para San Juan del Río (1975) (véase Saint Charles, 1991b; Crespo) y Cobean para la región de Tula (véase Braniff, 1999; Flores y Crespo, 1988, Cervantes y Fournier, 1996).

A pesar de la vaguedad que en términos cronológicos ofrecen los estudios de superficie, a partir de ellos se ha ido precisando el alcance geográfico de algunas provincias cerámicas, cuyas extensiones y traslapes constituyen un acercamiento notable a la distinción de relaciones interregionales.

Con 'provincia' nos referimos a la dispersión de un tipo cerámico particular (o conjunto de tipos). En esta distinción resulta confuso el lugar que ocupan las variedades, especialmente si en ellas se percibe una filiación con tipos correspondientes a otras provincias. Esta observación es necesaria pues la confluencia de rasgos diagnósticos de provincias diversas, hipotéticamente resultaría de una orientación diferencial en los vínculos hacia el exterior por parte de cada grupo social y, consecuentemente, del grado de interacción implícito. En este sentido, resulta nuevamente de gran utilidad el concepto de 'estilo', como una posición intermedia entre la connotación particularizadora de 'tipo' o la connotación generalizante de 'tradición' (Willey y Phillips, 1958:34-43).

Las coincidencias/divergencias en términos de estilos cerámicos, rebasan la escala local e integran a varios sistemas sociales. En adelante, al hablar de "Esferas" lo haremos coincidiendo con la definición de Charles Kelley, como "[...] series de culturas

⁸⁶ Richard Diehl dice que por lo menos el 80% de la obsidiana en Tula proviene de Pachuca y tal vez el 10% de Zinapécuaro (1982:111), pero parece que esto aplica sólo a la fase Tollán (Cobean, 1978:117; Healan y Stoutamire, 1989:234, 236; Healan *et al*, 1989:248-249).

⁸⁷ Con seguridad se involucraron también recursos cuyo rastro no se aprecia de manera clara en el registro arqueológico, pudiendo ser uno de ellos la sal, cuya explotación al oriente de la laguna de Cuitzeo está documentada para el Postclásico Tardío (Moguel, 1987:12; Nalda, 1996:261-262; Williams, 1999:164-165, 170-171).

arqueológicas locales y más o menos contiguas, vinculadas por la presencia compartida de uno o más "estilos horizonte" [...] donde compartir dichos estilos implica algún grado de interacción cultural." (Kelley, 1974:33, nota 8).

Esfera del Bajío

Se ha manejado que entre los años 350-900 D.C. pueden identificarse en la región del Bajío principalmente tres "tradiciones": Blanco Levantado, Rojo sobre Bayo, y Negro o Café Inciso (Castañeda *et al*, 1988:326; Saint Charles, 1990:51; Braniff, 2000:39). Dada su extensión temporal y arraigo en una región particular, es apropiado el término 'tradición' para referirse en general a estas cerámicas (Willey y Phillips, 1958:34-35); sin embargo, a lo largo de su existencia experimentaron variaciones locales y cronológicas que, por sus diferencias en el aspecto formal o diseños, se han catalogado como tipos distintos.

Blanco Levantado

Sobre la técnica decorativa de Blanco Levantado existen varios trabajos, donde se describe su uso extendido y variabilidad a lo largo de una considerable profundidad temporal (Saint Charles, 1990:56-59, 80-82, 102-103; Crespo, 1991a; 1996; Durán, 1991:70-71). El análisis de formas ha permitido distinguir algunos tipos. El más tardío es aquel que forma parte de los complejos Corral Terminal y Tollan de Tula (Saint Charles, 1990:56; Crespo, 1996:77; Braniff, 2000:40), el más temprano aparece en sitios del Formativo en ambas costas (Crespo, *ibíd*:79) y desde el Clásico Medio y hasta el Postclásico Temprano ocurre en los sitios del norte de Guanajuato y el Bajío (Saint Charles, *ibíd*:56; Crespo, *ibíd*:77).

Sobre el Blanco Levantado que se generalizó en el Bajío durante el Clásico y aparece en el Mezquital durante el Epiclásico y Postclásico Temprano, su distribución hacia el norte alcanza por lo menos el sur de San Luis Potosí, abarca casi todo el territorio guanajuatense presentándose hasta Salvatierra y por el oriente aparece en varios sitios al sur de Querétaro y poniente del Valle del Mezquital ([Mapa 2](#)).⁸⁸ Frecuentemente se

⁸⁸ Se ha reportado Blanco Levantado en Villa de Reyes, SLP (Flores y Crespo, 1988:210-215; Crespo, 1996:87; Braniff, 1999:30-31); Cuarenta, Jal. (Durán, 1991:70); Carabino, Gto. (Braniff, 1972:279; 1999:30-31; Flores y Crespo, 1988:210-215; Crespo, 1996:87); El Cópore, Gto. (Fases Cópore Medio y Tardío asociado a tipos locales) (Braniff, 1972:276; 1999:30-31; Flores y Crespo, 1988:210-215; Crespo, 1996:82); Alfaro, Gto. (Ramos y López, 1999:253); en los sitios de la Sierra Comanjá-Guanajuato (como Cerrito de Rayas) (Ramos *et al*, 1988:313; Ramos y López, 1996:112); Agua Espinoza, Gto. (Crespo, 1996:87); Cañada de la Virgen, Gto. (aquí se sitúa entre 850-900 a 1100 D.C.) (Nieto, 1997:107); La Gavia, Gto. (a partir del Clásico Tardío y en el Postclásico Temprano) (Moguel y Sánchez, 1988:232); Tlacote, Gto. (Crespo, 1991a:123); Urétaro, Gto. (Crespo, 1996:83); La Magdalena, Gto. (Flores y Crespo, 1988:210-215; Crespo, 1991a:figs. 14a-14c; Braniff, 1999:30-31); Salvatierra, Gto. (Braniff, 1999:30-31); tramos Salamanca-Yuriria (Contreras y Durán, 1982 s/p) y Salamanca-Degollado (Sánchez y Zepeda, 1982 s/p); Valle del Lerma (Moguel y Sánchez, 1988:231); La Griega, Qro. (Flores y Crespo, 1988:210-215; Crespo, 1996:87); Santa Bárbara, Qro. (Crespo, 1996:88); El Cerrito, Qro. (Flores y Crespo, 1988:210-215; Crespo, 1991a:104; Crespo, 1996:82, 87); La Negreta, Qro. (Crespo, 1996:82); San Juan del Río (Nalda, 1975:94-95); Zimapán (Sánchez *et al*, 1995:141-142); Sabina Grande (Carrasco *et al*, 2001); Tula (Cobean, 1990).

le encuentra en convivencia con cerámica local y hacia fines del Epiclásico en convivencia con cerámica del complejo Corral Terminal de Tula. Es curioso que Blanco Levantado esté ausente en Acámbaro, Cuitzeo y no aparezca en grandes cantidades hacia el sur del Valle del Lerma (Moguel, 1987:122; Moguel y Sánchez, 1988:232; Castañeda *et al*, 1988:326; Durán, 1991:70; Braniff, 1999:58), pues algunos de los tipos que caracterizan esta área y que se encuentran hacia el norte, sur y este, conviven en varios sitios con él. Además, en las cercanías de Acámbaro existen yacimientos de Caolín, recurso indispensable en su decoración (Cárdenas, 1997:17, mapa 2), y se ha propuesto como principal zona productora de Blanco Levantado la Cuenca del Río Laja (Crespo, 1996:80), que desemboca en el Lerma casi a la altura de la Laguna de Yuriria y cerca de Cuitzeo.

Existe una cerámica Negro sobre Naranja que se ha considerado variedad del Blanco Levantado (Contreras y Durán, 1982 s/p; Castañeda *et al*, 1988:326; Saint Charles, 1990:83-84, 102-103; Durán, 1991:68-Crespo, 1996:77). Ésta se ha confundido ocasionalmente con el tipo Azteca II (véase Juárez y Morelos, 1988:279, 282) pero además de diferir, la primera parece ser anterior (Braniff, 1972:281-282). Se ha propuesto su posible inicio hacia 750/800 D.C. (Contreras y Durán, 1982 s/p; Sánchez y Zepeda, 1982 s/p; Saint Charles, *ibíd*:57; 84). El Negro sobre Naranja del Bajío muestra un patrón de distribución similar al de Blanco Levantado, pues aunque suele reportársele en menor proporción (Durán sostiene lo contrario 1991:69-70), igualmente aparece en el sur potosino, centro y sur de Guanajuato, sur de Querétaro y algunos ejemplares se exhiben en el museo de sitio de Tula.⁸⁹

Rojo sobre Bayo y Negro-Café Inciso/Esgrafiado

El comportamiento de estas cerámicas no puede tratarse por separado, pues casi siempre aparecen asociadas. Ambas abarcan, como el Blanco Levantado, un espectro temporal amplio, pero gracias a su presencia en varias secuencias estratigráficas se cuenta con un poco más de información sobre sus diferencias, la validez cronológica de algunas particularidades y los alcances de su dispersión geográfica.

⁸⁹ Se ha reportado Negro sobre Naranja en Villa de Reyes, SLP (Braniff, 1992:112; 1999:98); Alfaro (Ramos y López, 1999:253); en los sitios de la Sierra Comanjá-Guanajuato (como Cerrito de Rayas) (Crespo, 1996:82; Ramos y López, 1996:112); Morales, Gto. (Braniff, 1999:96); La Gavia, Gto. (a partir del Clásico Tardío y en el Postclásico Temprano) (Moguel y Sánchez, 1988:232); Huanímaro, Gto. (Juárez y Morelos, 1988:279, 282); los tramos Salamanca-Yuriria (Contreras y Durán, 1982; Durán, 1991:68-69) y Salamanca-Degollado (Sánchez y Zepeda, 1982); Valle del Lerma (Moguel y Sánchez, 1988:231); El Cerrito, Qro. (Crespo, 1991a:104; 1991b:192, fig. 13); y Tula, Hgo. (Braniff, 1999:98; Cobean, 1990:463-470). Se ha mencionado cerámica Negro sobre Naranja en el Valle del Río Turbio, El Cópore, Gto. y Cuarenta, Jal., pero no se tiene la certeza de que se trata del mismo tipo (Durán, 1991:69)



Figura 17. Tiestos Tipo Cantinas Red-Orange A.



Figura 18. Tiestos Tipo Garita Black-Brown B.

Como ya mencionamos, la base correlativa para los estudios en el Bajío ha sido principalmente el trabajo de Michael Snarkis, quién bautizó al Rojo sobre Bayo diagnóstico de la Fase Lerma de Acámbaro⁹⁰ como *Cantinas Red-Orange A* (Snarkis, 1985:239, figs. 70-75) y al principal tipo diagnóstico inciso como *Garita Black-Brown B* (ibíd:238, figs. 62-69) ([Figura 17](#) y [Figura 18](#)). Aparentemente, la distribución de estos tipos abarca el centro y sur del estado de Guanajuato (Nalda, 1981; Contreras y Durán, 1982; Velázquez, 1982 s/p; Ramos *et al*, 1988:315; Durán, 1991:64-68; Crespo, 1991a:123, figs.14a-14c) el noreste de Michoacán (Moguel, 1987:72-73, 80-81; Moguel y Sánchez, 1988:231; Faugère, 1996:84; Healan, 1998:106; Healan y Hernández, 1999:139) y sur de Querétaro (Brambila y Castañeda, 1991:146; Crespo, 1991a:104; 1991b:192, fig. 13; Saint Charles, 1991b:80-88; 1998:340). La aparición generalizada de los tipos de Acámbaro no parece haber rebasado hacia el este los límites del estado de Querétaro.⁹¹

La concurrencia de Cantinas y Garita es uno de los rasgos que definen la Esfera del Bajío, pero su aparición es la expresión local de un fenómeno mayor, donde parece existir una relación primaria entre la fabricación de tipos rojo sobre bayo con diseños pintados y tipos cafés/negros con diseños incisos/esgrafiados. Esta relación primaria es importante porque nos permite contemplar a las múltiples expresiones locales como traducciones de conceptos o estilos interregionales, más que como emulaciones de tipos específicos.

Durante el Clásico y Epiclásico, la complementación de decoraciones pintadas rojo sobre bayo y decoraciones incisas o esgrafiadas sobre piezas monocromas, se difundió a todo lo largo de la porción septentrional de la Mesa Central y hacia el Noroccidente (véase Braniff, 2000:39), por lo menos desde Sinaloa, Colima, Jalisco (Meighan, 1972 en Braniff, *idem*) y Zacatecas/Durango (véase Kelley y Abbott, 1971; Jiménez y Darling, 1992:14; Jiménez, 1995:43), hasta la región de Tula (véase Cobean, 1990).

La relación primaria se observa con mayor claridad en algunos casos, donde estos tipos además de coexistir comparten motivos. Los singulares diseños del material Xajay Esgrafiado, por ejemplo, no son directamente comparables con los de tipos esgrafiados en lozas vecinas; sin embargo, algunos de ellos sí son reproducidos en rojo sobre bayo en cerámica también de fabricación local. Ya Beatriz Braniff había llamado al atención sobre este fenómeno, resaltando, no una analogía directa entre ciertos tipos del centro

⁹⁰ La periodificación preliminar de Acámbaro fue diseñada por Shirley Gorenstein con base en el análisis cerámico de Snarkis y comprendió cuatro fases. La fase Lerma, que es la que nos interesa aquí, se situó en el Clásico Tardío (Saint Charles, 1990:8, 53, 114). Años después, con el resultado de algunos fechamientos por C14, se ampliaron sus límites hasta 450/475-1450 D.C. (Gorenstein, 1985:45-46, 97; Saint Charles, 1990:8, 53, 114; 1998:337). Los trabajos anclados en la secuencia de Acámbaro lo hicieron sobre la cronología inicial, resultando incierta, en ese sentido, su precisión. Sin embargo, la naturaleza de las correlaciones sí resulta válida, y a pesar de que todavía no existe una base firme de fechamientos absolutos, la propuesta cronológica también parece apropiada (Saint Charles, 1990:59). En algunos lugares se da una correspondencia de los tipos diagnósticos de fase Lerma de Acámbaro con tipos cerámicos que han sido tentativamente ubicados hacia finales del Clásico o en el Epiclásico, y en el sur de Querétaro se cuenta con fechamientos absolutos para estratos donde aparecen Cantinas y Garita (El Cerrito, Cala 3, Capa III, 805±113 D.C., Crespo, 1991b:165, fig. 9; Barrio de la Cruz, Unidad de Excavación F, Capa 6, 760±35 D.C., Crespo y Saint Charles, 1996:124-125).

⁹¹ Falta verificar, sin embargo, si algunos incisos intrusivos que han aparecido en el poniente hidalguense, en sitios Xajay y en Sabina Grande, se corresponden con Garita, pues a simple vista sostienen similitudes además de resultar contemporáneos.

y sur de Guanajuato, sino entre la relación Cantinas-Garita de Snarkis y la relación de sus tipos San Miguel Rojo sobre Bayo-San Miguel Esgrafiado (Braniff, 1999:58), los últimos presentes en las fases San Miguel (100 a.C.-300 D.C.) y Tierra Blanca (300 D.C.-950 D.C.) (Braniff, 1972:279-281; 1999:46, 125). En este sentido, la relación primaria que hemos mencionado comprendería a varios 'estilos', y desde aquel punto de vista son trascendentes las diferencias entre los Rojos sobre Bayo y Negros o Cafés Incisos/Esgrafiados que se generalizaron hacia finales del Clásico en la porción norte del Altiplano Central.

Al sur de Guanajuato y Querétaro, uno de estos estilos integraría a tipos cerámicos como el Cantinas Red-Orange A de Snarkis y tal vez a una buena parte de los que han sido reportados como sus variantes o equivalentes (y lo mismo ocurriría con los Negros-Cafés Incisos) (véase Nalda, 1981:s/p; Contreras y Durán, 1982:s/p; Sánchez y Zepeda, 1982 s/p; Velázquez, 1982 s/p; Moguel, 1987:72-73, 80-81; Saint Charles, 1990:64-66, láms. 50-58; Durán, 1991:64-68), pero estos tipos también coexisten con cerámicas rojo sobre bayo que derivan de otros estilos.

Nos referimos por ejemplo a aquel en el que encajaría el tipo Rojo sobre Bayo de San Bartolo Aguacaliente, Gto., contemporáneo con Cantinas por lo menos durante el Epiclásico (600-900 D.C.) (Flores, 1981 en Saint Charles, 1990:62 y Durán, 1991:62). Se ha prestado poca atención a esta cerámica, por lo que es difícil rastrear sus alcances y posibles vínculos, pero tipos con diseños, formas y acabados muy similares han sido reportados en varios sitios de Guanajuato (véase Rojo/Bayo de Contreras y Durán, 1982 s/p; Rojo/Bayo Grupo 10 de Sánchez y Zepeda, 1982 s/p; Rojo/Bayo El Bajío de Saint Charles, 1990:52, 60-62, láms. 33-49; Rojo/Bayo Pulido de Zepeda, 1986 en Braniff, 1999:46) y Querétaro (Brambila y Castañeda, 1991:146; Saint Charles, 1991b:80-88; 1998:340). Estos tipos relacionados con San Bartolo Rojo sobre Bayo conviven con Cantinas en algunos sitios (véase Contreras y Durán, idem; Sánchez y Zepeda, idem), pero a simple vista pareciera que el alcance de ambos no se corresponde totalmente. Quizás la distribución de San Bartolo Rojo sobre Bayo y tipos asociados, debiera contemplarse como una subesfera dentro de la Esfera del Bajío ([Figura 19](#)).⁹²

La dispersión (o 'provincias') de tipos particulares como Negro sobre Naranja, Cantinas Red Orange-A, Garita Black-Brown B o San Bartolo Rojo/Bayo, no se circunscribe a la Esfera del Bajío, sino que abarca hasta el sur de Zacatecas, San Luis Potosí o los Altos de Jalisco, donde aparecen como intrusivos. Adicionalmente, en la Esfera del Bajío aparecen cerámicas rojo sobre bayo que, pensamos, se integrarían adecuadamente a estilos alóctonos, como el Coyotlatelco. Ambos fenómenos son resultado del traslape con esferas vecinas.

⁹² Es posible que el tipo San Miguel Rojo sobre Bayo, que Braniff identificó en el sitio de Morales, Gto. y alrededores de San Miguel de Allende (Braniff, 1972:282; 1999:32-50, láms. 3 y 4), corresponda al mismo estilo (Saint Charles, 1990:52, 62), aunque aparentemente con una mayor profundidad temporal. Nieto correlaciona al Rojo sobre Bayo de Cañada de la Virgen con el tipo de Braniff y también con materiales del norte de Michoacán (1997:107), quizás refiriéndose al tipo Ramón Rojo sobre Café del Valle de Ucareo, bautizado por Healan y Hernández, quienes señalan su semejanza con el Rojo sobre Bayo El Bajío de Saint Charles (1999:138).

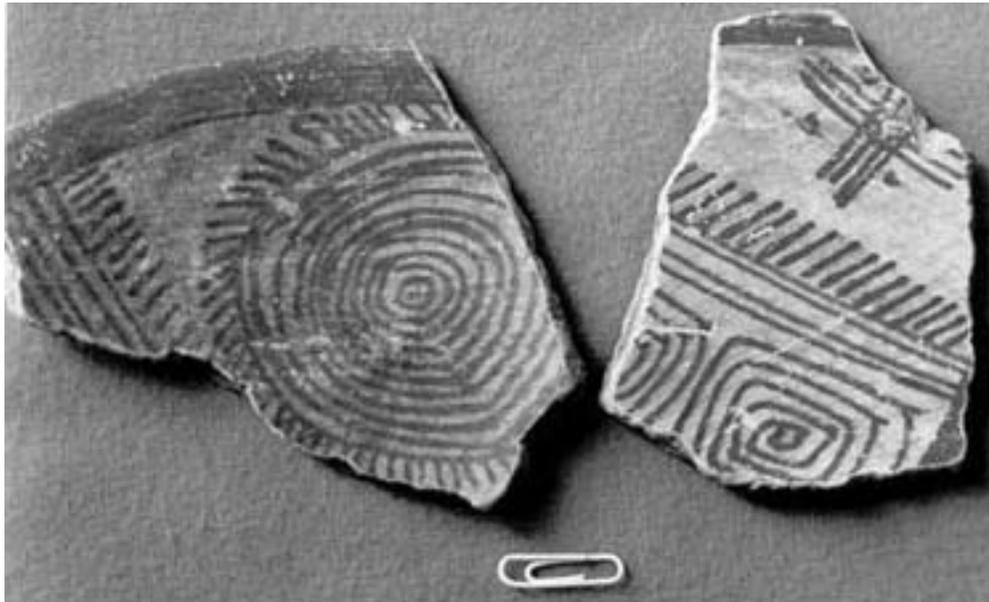


Figura 19. Tiestos Tipo San Bartolo Rojo sobre Bayo.

La Esfera del Bajío hacia sus extremos este y sur engrana con la Coyotlatelco, confirmando la relación de los grupos sociales que habitaron el noreste de Michoacán, sur de Guanajuato y sur de Querétaro, con aquellos al poniente de Hidalgo, el Estado y la Cuenca de México. Por ahora dirigiremos nuestra atención hacia los vínculos del Bajío con el norte y noroeste.

Esfera Septentrional

Desde finales de los años ochenta, Peter Jiménez ha correlacionado una serie de rasgos y materiales arqueológicos comunes a una extensa área en el Noroeste de Mesoamérica, redefiniendo la "Esfera Septentrional" propuesta originalmente por Charles Kelley (1974) (Jiménez, 1989; 1992; 2001; Jiménez y Darling, 1992; 2000). En sus palabras, "La presencia de esta esfera es importante, porque articula el área de Chalchihuites con áreas vecinas y con el corredor Lerma-Santiago." (Jiménez, 1989:9)

El traslape de esta esfera con regiones al sur se infiere por lo menos desde el Clásico Temprano (Jiménez, 1989:36), pues ya entonces existe una relación entre los tipos esgrafiados y rojo sobre bayo de Chalchihuites, Juchipila, Malpaso y Guanajuato (Braniff, 1972; Jiménez, 1989:10-11; 1995:40; Jiménez y Darling, 2000:160). Dicha relación cerámica permanecerá por varios siglos, percibiéndose claramente durante el Epiclásico e involucrando a varias regiones más.

De acuerdo con Jiménez, hacia finales del Clásico y durante el Epiclásico (ca. 650-850 D.C.), la articulación de los grupos humanos que habitaron el centro y sur del actual estado de Zacatecas, los Altos/Valle de Atemajac en Jalisco y el norte de Guanajuato, se hace evidente, entre otras cosas, a partir de la distribución generalizada de algunos materiales diagnósticos como son la cerámica pseudo-cloisonné (Kelley, 1974; Jiménez, 1989:20, 35; 1995:56; Jiménez y Darling, 1992:14; 2000:164, 175) y la Figurilla Tipo I (Jiménez, 1989:14-16, 35; 1995:47, 56; Jiménez y Darling, 1992:14; 2000:165-166, 175).⁹³ Los sitios donde concurren estos elementos, el esquema arquitectónico del complejo plaza-altar-pirámide, y lozas de manufactura local que sostienen entre sí coincidencias que sugieren una relación genérica, integran la Esfera Septentrional (Jiménez, 1989; 1992; 1995; Jiménez y Darling, 1992; 2000) ([Figura 20](#)).

Jiménez y Darling (2000) delimitan dos subesferas en la porción sur de la Esfera Septentrional: Altos-Juchipila y Valle de San Luis Policromo (Jiménez y Darling, *ibíd*, fig. 10, 13) ([Figura 20](#)), esta última caracterizada por la cerámica homónima.

El tipo Valle de San Luis Policromo es diagnóstico del Tunal Grande durante su fase San Luis (ca. 600-900 D.C.) (Crespo, 1976:37-38; Braniff, 1992:17-18) y su distribución abarca principalmente Aguascalientes, el extremo sureste de Zacatecas, Noreste de Jalisco (Los Altos), norte de Guanajuato y sur de San Luis Potosí (Crespo, 1976:37-38; Brown, 1985:224; Braniff, 1992:17-18, 69; Crespo, 1998:329), aunque aparece como intrusivo en el Valle de Malpaso (Jiménez y Darling, 2000:164, 180, nota 13), la Cuenca de Río Verde, el centro de Guanajuato y el suroeste de Querétaro (Braniff, 1992:17-18,

⁹³ En su propuesta original, Jiménez asigna a la distribución de la Figurilla Tipo I una temporalidad de ca. 650-850/900 D.C., apoyándose en su presencia en contexto estratigráfico en el sitio de Alta Vista, durante la fase homónima (ca. 750-850 D.C.) (Jiménez, 1989:16, 35; 1995:47, nota 16). Más tarde, la anotación de Beatriz Braniff sobre la convivencia de esta figurilla con Anaranjado Delgado en El Cópore, Gto. llevó a Jiménez a reconsiderar dicha cronología, hacia el Clásico Medio (Jiménez, 1992; Jiménez y Darling, 1992). Sin embargo, posteriormente Braniff reconoció que en su contexto también estaba presente el tipo Valle de San Luis Policromo, lo que, aunado a la aparición de nuevos ejemplares de la Figurilla Tipo I en la Cuenca de Sayula en contextos del Epiclásico, o su asociación con figurillas tipo Cerrito de García y cerámica del complejo Ixtépete-El Grillo en Juanacatlán, Jal., revierte su cronología a la postura inicial (Jiménez y Darling, 2000:179, nota 10). La supuesta presencia de 'Anaranjado Delgado' en el estrato de El Cópore no atenta necesariamente contra una temporalidad clásica tardía de la Figurilla Tipo I, pues si bien se ha considerado a esta cerámica como un marcador de vínculos hacia Teotihuacán, quienes la han estudiado reconocen que en aquella urbe su consumo se incrementó durante la última fase (Ratray, 1981:64-65). Generalmente se dice que Anaranjado Delgado dejó de existir a la caída de Teotihuacán (Ratray, *ibíd*:67), pero también se han expuesto evidencias de su posible existencia en la Cuenca hasta época Coyotlatelco (Good 1972, en Cobean, 1982:66). Por otro lado, en el complejo Prado de Tula (ca. 700-800 D.C.) se incluye una cerámica "muy similar al Anaranjado Delgado [...] inclusive en la textura y el color de la pasta", sugiriéndose que, aunque las formas difieren, puede tratarse de una imitación local (Cobean, 1982:65). Esto es congruente con los datos sobre el tipo de arcilla con la que se fabricó el Anaranjado Delgado, la cual también se encuentra en una franja al Centro del estado de Querétaro y Noroeste de Hidalgo (Lambert, 1978 en Ratray, *ibíd*:67). Tal vez cabría preguntarse si algunos tiestos que han sido identificados en sitios al Norte de la Mesa Central (incluyendo El Cópore), como el Anaranjado Delgado producido en Puebla y consumido por la Cuenca durante el Clásico, no son en realidad variedades producidas con arcillas de estos yacimientos cercanos. De ser así, la utilidad correlativa de esta cerámica en la región quedaría por evaluarse.

69; Crespo, 1991b:192, 1998:329). No conocemos ningún tiesto ya en territorio hidalguense.⁹⁴

Este tipo diagnóstico se encuentra usualmente en conjunción con Blanco Levantado, vasijas al negativo y ocasionalmente Cloisonné (Brown, 1985:224; Braniff, 2000:40). La presencia de Blanco Levantado en el Tunal, aunada a la intrusión de Valle de San Luis Policromo en sitios del centro de Guanajuato y suroeste de Querétaro, confirma el traslape de la Esfera del Bajío con la Septentrional, pero además insinúa la conexión de ambas hacia el este, con territorio Huasteco (Jiménez, 2001:6).⁹⁵

En un trabajo reciente, Beatriz Braniff habla de una clara frontera cultural que separó al Tunal Grande y El Bajío de los territorios al noreste, incluyendo la Sierra Gorda de Querétaro, el Valle de Río Verde en San Luis Potosí y la Sierra de Tamaulipas (2000:36). Es cierto que estas últimas regiones sostienen más afinidades con la Costa del Golfo (Michelet, 1989:185; Herrera y Quiroz, 1991), pero también existen elementos que las vinculan con las esferas Septentrional y del Bajío. Es notable, por ejemplo, la aparición en sitios del Tunal de Zaquil Negro (Braniff, 1972:276; 1992:17; Crespo, 1976:56; Jiménez, 2001:6) y San Diego Naranja Fino (Crespo, *idem*), cerámicas diagnósticas del Periodo IV en la región de Pánuco (Ekholm). Como especifica Crespo, "Ambos tipos son del Clásico tardío y representan la tradición desarrollada en el altiplano potosino, basada en patrones cerámicos de la vertiente del Golfo" (*idem*). Congruentemente, tiestos Valle de San Luis se han recuperado en Buena Vista Huaxcamá (Braniff, 1972:276; 1992:17) y en Río Verde durante su Fase B (700-900 D.C.) (Michelet, 1984 en Crespo, 1998:329). Pipas que aparecen tanto en Río Verde como en Villa de Reyes muestran similitudes, y Braniff comenta que algunas pipas de barro y piedra de San Luis Potosí se asemejan a las de la región de Caddo. Precisamente la conexión con esta área del Sureste Americano se ha detectado vía norte de Tamaulipas y la Huasteca (Porter, *ibíd*:192, 227; Du Solier *et al*, *ibíd*:26-29; Armillas, 1999 [1964]:34). La relación entre el Tunal Grande y Río Verde ya ha sido destacada (Braniff, 1992:43-44; Michelet, 1995:218, nota 48), lo mismo que los lazos

⁹⁴ Valle de San Luis Policromo se ha reportado en Buenavista, SLP (Braniff, 1992:17-18, 69); Peñasco, SLP (Braniff, 1992:69); Río Verde (Michelet, 1984, en Crespo, 1998:329); Villa de Reyes (Crespo, 1976:37-38; Braniff, 1992:17-18); La Quemada (Jiménez y Darling, 2000:164, 180, nota 13); El Cerrito, Zac. (Brown, 1985:224; Braniff, 1992:69); Peñón Blanco, Zac. (Braniff, 1992:69); Aguascalientes (Braniff, 1992:17-18); Chinampas, Jal. (Braniff, 1992:69); Cuarenta, Jalisco (Brown, 1985:224; Braniff, 1992:69); El Cópore, Gto. (Fase Cópore Medio, asociado a materiales locales y Cloisonné) (Brown, 1985:224; Braniff, 1992:69); Cerrito de Rayas, Gto (Ramos *et al*, 1988:313); Agua Espinoza y Tierra Blanca, Gto. (Brown, 1985:224; Braniff, 1972:283); La Gavia, Gto. (Jiménez y Darling, 2000, nota 13); La Magdalena, Gto. (Brown, 1985:224); Tlacote, Gto. (Crespo, 1991a:123); El Cerrito, Qro. (Crespo, 1991b:192, fig. 13).

⁹⁵ El Tunal Grande pudo ser también una región intermediaria entre las poblaciones agrícolas y los grupos nómadas de los desiertos al norte (Braniff, 2000:36). Para Braniff, "Las interrelaciones entre grupos mesoamericanos y los de la región de cazadores-recolectores del norcentro, se pueden corroborar con base en ciertos artefactos líticos que son compartidos en la región llamada del Tunal Grande, que es mesoamericana, y las extensas regiones al norte de San Luis Potosí y sur de Coahuila" (1994:135, véase también Crespo y Viramontes, 1999 en general para el norcentro). Entre estos artefactos líticos se cuentan los famosos 'Raspadores Coahuila', que además de en El Tunal han aparecido en Guanajuato (Rodríguez, en Crespo y Viramontes, 1999:113), en Zimapán (Sánchez *et al*, 1995:143, 154, fig. 17) y en Cerro Las Burras, al poniente del Valle del Mezquital (Polgar Salcedo, *com pers.* 2000).

entre esta última región y la Huasteca (Ochoa, [1979] 1984:33).⁹⁶ Al suroeste de Querétaro se reporta un fragmento de "escultura de barro del Golfo", presumiblemente procedente de El Cerrito (Crespo, 1991b:192, fig. 13), sitio donde además se ha recuperado cerámica "Negro Esgrafiado Postcocción de Río Verde" (Crespo, idem). Zaquil Negro se ha encontrado hasta en el Mezquital (Fournier, 1995, cuadro 9).⁹⁷

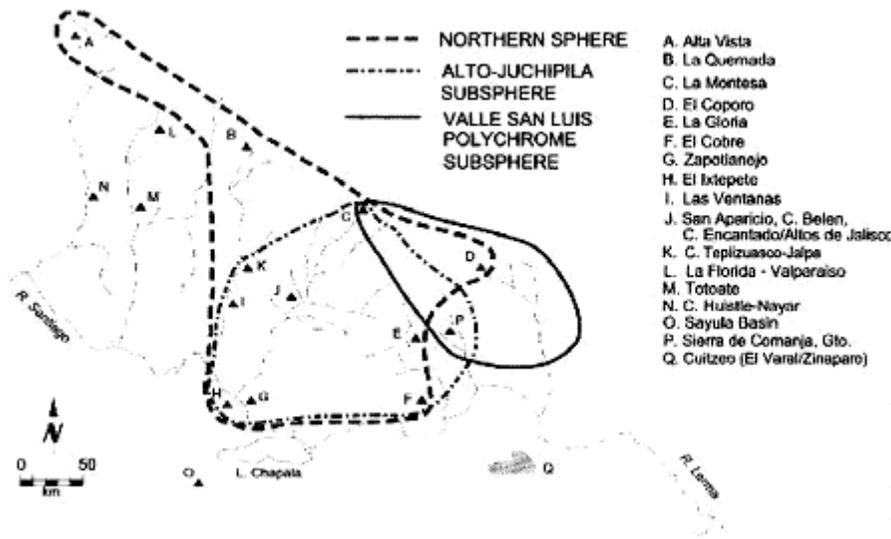


Figura 20. Esfera Septentrional. Tomado de Jiménez y Darling, 2000.

Volviendo a la subesfera Valle de San Luis, Beatriz Braniff considera que los vínculos más estrechos del sur potosino y el Bajío se sostuvieron con el Occidente (Braniff, 2000:36, 41). Destaca como ejemplo de ello el que algunos tipos cerámicos recuperados en Villa de Reyes son reminiscentes del Chametla Polícromo Temprano de Sinaloa, que las figurillas también son similares a las de la Costa occidental, y que en La Gloria y Peralta, Guanajuato, hay algunos elementos arquitectónicos de tradición Teuchitlán (Braniff, ibíd:40-41). Esta asociación pudo ocurrir principalmente vía la subesfera Altos-Juchipila, que en su extremo este se traslapa con la subesfera Valle de San Luis (Figura 20), y cuyas conexiones con el Occidente ya han sido ampliamente

⁹⁶ "[...] con base en las similitudes cerámicas de la última parte del Periodo IV y principios del V, quizá podrían correlacionarse con las cerámicas de Río Verde, zona que tal vez fuera lugar de tránsito de varios elementos mesoamericanos, no sólo hacia el norte de México, sino tal vez a la sierra de Tamaulipas. En algunos sitios de esta área, que no son claramente huastecos, indistintamente aparecen formas circulares y rectangulares en la arquitectura, cerámicas semejantes a las de Buenavista y los tipos Zaquil negro e inciso, así como juego de pelota y yugos en entierros, entre otros elementos." (Ochoa, [1979] 1984:33)

⁹⁷ Se habla también de una relación entre Río Verde y la Sierra Gorda (Herrera y Quiroz, 1991:299; Michelet, 1995:215) y desde luego entre esta última y la Huasteca (Herrera y Quiroz, ibíd:287, 297, 299). Aunque son escasos los rasgos atribuibles a la Sierra que aparecen en el sur de Querétaro y poniente de Hidalgo, vale la pena recordar que en sus estribaciones se ha recuperado el tipo Xajay Esgrafiado (Mejía y Herrera, com. pers, 2001), y del Mezquital conocemos fragmentos de figurilla del mismo tipo que una expuesta en el Museo Nacional, como procedente de Sierra Gorda. Se ha supuesto que el cinabrio, que decora varias figurillas en el Mezquital, proviene de los yacimientos de la Sierra, pero esto de ningún modo es confiable dada su existencia en otras regiones, por ejemplo cerca de la región de Acámbaro (Cárdenas, 1997, mapa 2).

exploradas (Jiménez y Darling, 2000:167-171, fig. 10-13). Quizá a esto se deba que una forma tan característica en la cerámica del grupo naranja-guinda de los Altos de Jalisco, como es el borde de escalón, se haya encontrado hasta el valle de San Luis Potosí (durante la fase San Luis) y hasta la región de Río Verde, "lo que amplía la interrelación de las formas diagnósticas del norcentro-Occidente hacia la zona oriental de Mesoamérica." (Ramos y López, 1999:255)

La Esfera Septentrional se traslapa con la del Bajío vía sus dos subesferas. La de los Altos-Juchipila se extiende ligeramente fuera de los límites de la Esfera Septentrional hacia el este, llegando a Cerrito de Rayas e incluyendo también a La Gavia, en Guanajuato. Estos dos sitios son importantes porque muestran el engranaje de las dos subesferas a partir de las cerámicas al Negativo y el Valle de San Luis Policromo, pero además representan un área de conexión con los límites distributivos de Garita, Cantinas y Negro sobre Naranja (Moguel y Sánchez, 1988:230; Ramos *et al*, 1988:315; Ramos y López, 1999:258; Jiménez y Darling, 2000:180, nota 13; Jiménez, 2001:6). También hacia su extremo sureste, la Esfera Septentrional incorpora a los sitios de El Cópore, La Gloria y El Cobre, en Guanajuato, que constituyen el límite noreste de la Esfera del Bajío (Jiménez y Darling, 1992:17). En los tres sitios conviven la Figurilla Tipo I, el Pseudocloisonné y el Negativo, con Blanco Levantado, tipos incisos, esgrafiados y rojo sobre bayo (Jiménez, 1992:189-190, nota 8; Jiménez y Darling, 1992:14-15, 18; Braniff, 2000:40).

Hace ya bastante tiempo, Charles Kelley llamó la atención sobre la similitud entre algunos tipos cerámicos Rojo sobre Bayo de Durango y Zacatecas, y el tipo Coyotlatelco definido por Tozzer (1921) para la Cuenca de México (Kelley, 1960:570; véase también Braniff, 1972:284-285; Jiménez, 1989:34-36; Mastache y Cobean, 1989:55). Desde el Altiplano Central esta relación generalmente se asume como secuencial, considerando al Coyotlatelco como derivado de un proceso evolutivo con tendencia de avance geográfico, y no a ambos estilos como interrelacionados. Esto se debe, por un lado, a la supuesta aparición repentina del Coyotlatelco en la Cuenca de México durante la época en la que el sistema teotihuacano se encontraba en decline; y por otro, a la postura cronológica inicial de aquellos tipos 'norteños', donde aparecían como anteriores. Con los ajustes recientes a la cronología de estas dos áreas, actualmente parece más adecuado asumir que la similitud entre los tipos Suchil o Gualterio Rojo sobre Crema de Chalchihuites y el Coyotlatelco de la Cuenca, es reflejo de su parcial contemporaneidad (Jiménez, 1989:34-35; *com pers.* 2002), que Coyotlatelco es una expresión local de un fenómeno panregional (Solar, en preparación), y que alguna respuesta importante sobre este fenómeno debe buscarse en la región intermedia (Jiménez, *idem*; Jiménez y Darling, 1992:2), precisamente en el traslape de las esferas que, como la del Bajío, integraron la Red Septentrional del Altiplano.

La Concurrencia de Vínculos Inmediatos en la Construcción de Redes Macroregionales

Las vajillas compartidas por los grupos humanos que habitaron esta franja geográfica son el testimonio residual de la construcción y mantenimiento de vínculos sociales. Como hemos visto, por lo menos desde mediados del Clásico y en el Postclásico Temprano, el Centro Norte del Altiplano participaba de un sistema de comunicación e intercambio cuyo cauce principal fluía en dirección este-oeste, consecuencia de los sistemas fluviales Lerma/Santiago y Moctezuma-Pánuco (Diehl, 1976:280; Jiménez, 1989: Sánchez *et al*, 1995:145; Faugère, 1996:142; Ramos y López, 1999:258). A primera vista las relaciones se manifiestan en la distribución de recursos específicos como la obsidiana y en el uso compartido de materiales como las pipas de barro o ciertos tipos cerámicos, pero con seguridad derivan de un interés mucho mayor. De hecho, como propone Peter Jiménez, "las materias primas que circularon al interior de este amplio sistema económico no fueron las causas del sistema, sino sus resultados" y "Parecería que las redes de intercambio surgieron a la par de la interacción per se." (Jiménez, 2001:4)

El origen y consecuencia de estos vínculos debió tener expresiones e implicaciones más complejas que la sola adopción de vasijas. Una de las más significativas en nuestro caso es su posible enganche con redes vecinas (véase Pollard, 2000a:64) y la subsecuente conformación de redes macrorregionales:

"[...] los espacios económicos del Epiclásico no son excluyentes sino más bien interactuantes, conformándose canales a través de los cuales circulan artefactos desde diferentes regiones. Tales canales tienden a ser preferenciales respecto a un determinado tipo de artículo y son en este sentido redes limitadas en cuanto a la clase y número de artefactos, aunque pueden ser muy amplias respecto a su cobertura espacial." (Cervantes y Fournier, 1996:117)

No es difícil reflexionar sobre las ventajas que ofrecía a estas sociedades su participación en dicha red. Entre ellas está, por supuesto, el enlace de productos de proveniencias extremas a partir de relaciones consolidadas entre regiones intermedias. Guanajuato y el noreste michoacano, por ejemplo, fueron clave para la integración en las esferas del Norte y Occidente (véase Diehl, 1983:114, 116; Jiménez, 1992:180; Williams, 1999:160-161), también conectando con el Estado y la Cuenca de México (Jiménez, *idem*; Williams, *idem*), y vía el Valle de Toluca posiblemente con el Valle Occidental de Morelos (ver [págs. 49-51](#) este volumen). San Luis Potosí contribuyó con sus vínculos hacia el Noroccidente, Norte y La Huasteca; mientras que por el sur de Querétaro y el Mezquital pudo darse una conexión también con la Cuenca de México, tal vez la Sierra Gorda, nuevamente la Huasteca (véase Sánchez *et al*, 1995:145; Fournier, 1995:61) y quizás a partir de la Costa del Golfo con el sur de Veracruz y hasta el Área Maya (véase Diehl, 1983:114).

Podemos pensar entonces que los diversos objetos de 'lujo' o 'prestigio' que tanto hemos considerado en este trabajo, se 'desplazaron' a partir de esas redes, aunque

estemos muy lejos todavía de comprender la plataforma ideológica sobre la que esto ocurría. Visto así, no resulta ya tan 'asombroso' encontrar durante el Postclásico Temprano en Tula concha de abulón del Golfo de California... adornando una vasija Plumbate de la región maya.⁹⁸

La eficacia de este sistema permitió que por lo menos desde el Epiclásico algunos sitios tierra adentro tuvieran acceso a material querático, como Cerrito de Rayas (Ramos *et al*, 1988:314; Ramos y López, 1996:104)⁹⁹ y Cañada de la Virgen (Nieto, 1997:101), en Guanajuato, Barrio de la Cruz (Crespo y Saint Charles, 1996:130; 1991; Saint Charles, 1991a:7-8, 11) en Querétaro, o Sabina Grande (Carrasco *et al*, 2001), El Zethé (Morett, 1991; López y Fournier, 1992:240-257) y El Pañhú (Morett, com. pers. 1996), en Hidalgo. En ocasiones se obtuvo concha proveniente tanto del Pacífico como del Golfo, por ejemplo en Tula, al suroeste de Hidalgo (Diehl, 1976:263; Cobean y Estrada, 1994:78) y en Urichu (Pollard, 2000b) y Loma Santa María (Cárdenas, 1999:223), en Michoacán.¹⁰⁰

La importación y conjunción contextual de concha de ambas costas, en sitios tierra adentro, nos permite considerar que existió una relativa facilidad de tránsito de objetos entre las sociedades involucradas en la red.¹⁰¹

Menos sorprendente es la presencia de concha en sitios michoacanos pues, aunque no siempre se ha comprobado, es de esperar que una buena parte provenga del Pacífico. Además de los ya mencionados, entre los sitios del noreste con ocupación epiclásica donde se ha registrado material querático están Tingambato (Pollard, 1995:37; 2000a:63); Tres Cerritos (Pollard, 2000a:63) y la zona de la Vertiente del Lerma (Faugère, 1992:39; 1996:132). En este último lugar se han hallado también figurillas cerámicas del Occidente (Faugère, 1996:93-132).

⁹⁸ Se ha identificado como concha de abulón a las aplicaciones en la vasija plumbate que representa un rostro humano surgiendo de las fauces de un coyote (Braniff, 1994:137), actualmente en el Museo Nacional. En su texto, Braniff puntualiza en el lugar de origen de esta especie, que se restringe al norte del paralelo 28o en la Costa del Pacífico, Baja California Norte y Alta California (idem).

⁹⁹ Ramos *et al*, (1988:314) mencionan una cerámica en Cerrito de Rayas que quizá proviene del Golfo.

¹⁰⁰ Loma Santa María tuvo una ocupación importante relacionada con Teotihuacán. Sin embargo, el análisis de los materiales cerámicos y elementos arquitectónicos del sitio ha permitido a Efraín Cárdenas distinguir dos momentos principales, el primero de ellos efectivamente dentro del Clásico (300-600 D.C.) y el segundo en el Epiclásico (600-900 D.C.) (1999:217, 228). Desconocemos el contexto del que provienen la concha y otros materiales que incluimos aquí, además de su temporalidad. Al parecer, el registro llevado a cabo durante las exploraciones arqueológicas (1977-1982) fue insuficiente y el análisis de materiales quedó inconcluso, por lo que mucha de esa información se ha perdido (Cárdenas, 1999). Si incluimos a Loma Santa María al hablar de una red que funcionó durante el Epiclásico, es por la gran coincidencia que existe entre los materiales que en conjunto circularon a partir de dicha red y los que han sido recuperados, también asociados, en aquel sitio. Entre ellos se cuenta la obsidiana de Ucareo (Cárdenas, 1999:222), cuya explotación no debe limitarse al Epiclásico, pero que en ese momento, como hemos visto, alcanzó su mayor demanda.

¹⁰¹ En La Negreta, un sitio del Clásico al sur de Querétaro, se importó también concha de ambas costas (Brambila y Velasco, 1988:291). Aunque en un periodo anterior al que abordamos en este trabajo, es interesante la posibilidad de que la red del Centro Norte existiese desde el Clásico. ¿Por qué no pensar que fue ésta una de las razones por las que Teotihuacán se vinculó con las regiones norteñas del Altiplano Central? En el Templo de Quetzalcóatl se recuperó concha del Golfo de California y del Océano Pacífico (Rubín de la Borbolla, 1947:65; Sugiyama, 1989:92-93). ¿No podrían haber jugado un papel importante, al menos en lo que concierne al abastecimiento de la concha de Occidente, sitios como La Negreta, y no a la inversa como se ha planteado, que los objetos de concha "llegaron a La Negreta vía Teotihuacán" (Brambila y Velasco, 1988:292-293, ver también Brambila *et al*, 1988:17)?

Es importante rastrear los vínculos del noreste de Michoacán con la costa, pues es posible que el comercio de algunos productos (i.e. la concha) se enganchara durante el Epiclásico al mecanismo de distribución de la obsidiana de Ucareo/Zinapécuaro que, en dirección oriente, pudo haberse valido de la red septentrional del Altiplano para llegar a Tula y quizás hasta territorio veracruzano (se ha localizado por ejemplo en El Tajín, Healan, 1998:102, 104). Esto en un momento dado ayudaría a explicar la presencia de concha del Pacífico en sitios del poniente hidalguense, la aparición de figurillas con ruedas en Michoacán (ver [nota 94](#)), la aparición de figurillas aparentemente de Occidente en Tula (Diehl, 1976:263) y, vía el centro y sur de Veracruz, la existencia de obsidiana del yacimiento michoacano tan lejos como el norte de Campeche (i.e. Edzná, Healan, 1998:104), el norte de la Península de Yucatán (Healan, 1997:77; 1998:102, 104; Healan y Hernández, 1999:137; Schmidt, 1999:445) o la costa de Belice (Healan, 1998:102, 104; Healan y Hernández, 1999:137).

La distribución de la obsidiana de Ucareo/Zinapécuaro tuvo también otro cauce importante, que posiblemente atravesaba el Valle de Toluca para llegar a Xochicalco y quizás vía el territorio morelense continuaba hacia el sur, pues se ha identificado obsidiana de esta fuente en la Costa y los Valles Centrales de Oaxaca (Healan, 1997:77; Healan, 1998:102, 104).

Por lo menos durante el Epiclásico la circulación de la turquesa pudo también engancharse a ambos cauces de la misma red,¹⁰² como lo sugiere por un lado la aparición de este material nuevamente en Urichu (Pollard, 2000b), Tingambato (Pollard, 1995:37; 2000a:63), Loma Santa María (Cárdenas, 1999:215, 221-222; ver nota 137), Cerrito de Rayas (Ramos y López, 1996:104); Barrio de la Cruz (Saint Charles, 1991a:9; Crespo y Saint Charles, 1991 s/p), Sabina Grande (Carrasco *et al*, 2001), Tula (Cobean y Estrada, 1994:77-78; Mastache y Cobean, 2000:121), y hasta Chichén Itzá (Morris *et al*, 1931:186-188; Marquina, 1990 [1951]:854-855, fotos 426 y 427); y por otro lado, hasta Xochicalco (Sáenz, 1962b:1-2).

Sobra resaltar la importante incidencia que estos enlaces pudieron tener en la dispersión, en sentido contrario, de nuestras placas de jade.

¹⁰² Es bien sabido que en territorio mesoamericano se importó turquesa desde el Suroeste de los Estados Unidos. Aunque de menor calidad, existen también yacimientos en México que fueron explotados durante la época prehispánica. De acuerdo con los estudios de Weigand, éstos ocurren en Santa Rosa, al oeste de San Luis Potosí, Saucedo de Mulatos, Zacatecas, Coahuila, Chihuahua y Sonora (Weigand, 1995:127). Mientras no se analice la composición de este material en las diversas fuentes y por supuesto de las piezas recuperadas en contexto arqueológico, es difícil establecer su procedencia exacta; sin embargo, parece que la distribución de la turquesa en general estuvo estrechamente vinculada con el sistema social responsable de la actividad minera en Chalchihuites, Zacatecas: "Aparte de sus propias operaciones mineras, las gentes de la zona de Chalchihuites se encontraban asiduamente adquiriendo turquesa química de otras regiones [...]. Parte de esta turquesa se obtenía de yacimientos bastante cercanos, aunque de relativamente mala calidad, encontrados en Zacatecas, San Luis Potosí y Coahuila. Mientras que estos depósitos eran los más cercanos [...] no fueron tan intensamente explotados como los de mayor calidad que se encontraban más al norte" (Weigand, *ibíd*:120-121). Las primeras turquesas químicas en el área de Chalchihuites aparecen hacia 500 D.C. (*idem*) pero su consumo se intensifica desde finales del Clásico (véase Weigand, *ibíd*:130, fig. 1).

Lista de Figuras

[Figura 1.](#) Sáenz, 1963a.

[Figura 2.](#) Tomado de Sáenz, 1963a.

[Figura 3.](#) Tomado de Sáenz, 1956.

[Figura 4.](#) Tomado de Paddock, 1966.

[Figura 5.](#) Tomado de Proskouriakoff, 1974.

[Figura 6.](#) Tomado de Proskouriakoff, 1974.

[Figura 7.](#) Tomado de Proskouriakoff, 1974.

[Figura 8.](#) Carrasco *et al*, 2001.

[Figura 9.](#) Tomado de Crespo y Saint Charles, 1996.

[Figura 10.](#) Tomado de Acosta, 1956-57.

[Figura 11.](#) Tomado de Porter, 1948.

[Figura 12.](#) Pipas recuperadas en el Valle del Mezquital, municipios de Tecozautla y Huichapan.

[Figura 13.](#) Vasija Xajay.

[Figura 14.](#) Tiestos Rojo Xajay.

[Figura 15.](#) Xajay Bicromo Esgrafiado.

[Figura 16.](#) Olla al negativo.

[Figura 17.](#) Tiestos Tipo *Cantinas Red-Orange A*.

[Figura 18.](#) Tiestos Tipo *Garita Black-Brown B*.

[Figura 19.](#) Tiestos Tipo San Bartolo Rojo sobre Bayo.

[Figura 20.](#) Esfera Septentrional. Tomado de Jiménez y Darling, 2000.

[Mapa 1.](#) Distribución de las Placas de Jade.

[Mapa 2.](#) Localización de Sitios Mencionados en el Texto.

Referencias Citadas

Acosta, Jorge R.

1956 "Resumen de las Exploraciones Arqueológicas en Tula, Hgo., durante las VI, VII y VIII Temporadas, 1946-1950", en: *Anales del INAH*; T. VIII, No. 37, pp. 37-115; INAH-SEP. México, 1954 (publicado en 1956).

1955 "Resumen de los Informes de las Exploraciones Arqueológicas en Tula, Hgo., Durante las IX y X Temporadas, 1953-1954", en: *Anales del INAH*; Vol. IX, No. 38, pp. 37-115; INAH-SEP. México.

1956-57 "Interpretación de Algunos de los Datos en Tula relativos a la Época Tolteca", en: *Sexta Mesa Redonda de la Sociedad Mexicana de Antropología*; Revista Mexicana de Estudios Antropológicos, Vol. XIV, No. 2, pp. 75-110;. México, D.F.

1972 "El Epílogo de Teotihuacán", en: *Teotihuacán*; Onceava Mesa Redonda de la Sociedad Mexicana de Antropología (celebrada en 1966), Vol. II, pp. 149-156. México.

Angulo, Jorge V. y Kenneth G. Hirth

1981 "Presencia Teotihuacana en Morelos", en: *Interacción Cultural en el México Central*; Evelyn Rattray, Jaime Litvak, Clara Díaz (Comps.); Serie Antropologica, No. 41, pp. 81-97; IIA-UNAM. México.

Armillas, Pedro

1950 "Teotihuacán, Tula y los Toltecas. Las Culturas Post-arcaicas y Pre-aztecas del Centro de México. Excavaciones y Estudios, 1922-1950", en: *Runa*; Archivo para las Ciencias del Hombre; Vol. III, pp. 37-70. Buenos Aires.

1999 "Condiciones Ambientales y Movimientos de Pueblos en la Frontera Septentrional de Mesoamérica", reedición en: Boletín de la Biblioteca Juan Comas, No. 31, pp. 29-43; IIA-UNAM. México, (publicado originalmente en 1964).

Aveleyra Arroyo de Anda, Luis

1964 *Obras Selectas del Arte Prehispánico (Adquisiciones Recientes)*; Consejo para la Planeación e Instalación del Museo Nacional de Antropología. SEP- INAH. México.

Ball, Joseph W. y Jennifer T. Taschek

1989 "Teotihuacán's Fall and the Rise of the Itzá: Realignment and Role Changes in the Terminal Classic Maya Lowlands", en: *Mesoamerica After the Decline of Teotihuacán A.D.700-900*; Richard Diehl y Catherine Berlo (Eds.), pp. 187-200; Dumbarton Oaks Research Library and Collection. Washington.

Bennyhoff, James A

1966 "Chronology and Periodization: Continuity and Change in the Teotihuacán Ceramic Tradition", en: *Teotihuacán*; Onceava Mesa Redonda de la Sociedad Mexicana de Antropología, Vol. I, pp. 19-29. México.

Bernal, Ignacio

1965 "Archaeological Synthesis of Oaxaca", en: *Archaeology of Southern Mesoamerica*, 2a. parte, Gordon Willey (Ed.); Handbook of Middle American Indians, Vol. 3, pp. 788-813; University of Texas Press. Austin.

1976 "Formación y Desarrollo de Mesoamérica", en: *Historia General de México*, Daniel Cosío Villegas (Ed.); T. I, pp. 127-164; Colegio de México. México.

Bey, George James

1986 *A Regional Analysis of Toltec Ceramics, Tula, Hidalgo, México*, Tesis Doctoral, Departamento de Antropología, Universidad de Tulane. Nueva Orleans.

Bojórquez Diego, Victoria y Laura Solar Valverde

1997 "Análisis de un Objeto de Concha Encontrado en Superficie", en: *Informe de la Séptima Temporada de Trabajo de Campo del Proyecto Valle del Mezquital*; Fernando López Aguilar (Coord); pp. 70-76; ENAH, Archivo Técnico del INAH, México.

Brambila, Rosa y Carlos Castañeda

1991 "Arqueología del Río Huimilpan, Querétaro", en: *Querétaro Prehispánico*; Ana María Crespo y Rosa Brambila (Coords.), pp. 137-161; Colección Científica del INAH. México.

Brambila, Rosa, Carlos Castañeda, Ana María Crespo, Trinidad Durán, Luz María Flores y Juan Carlos Saint Charles

1988 "Problemas de las Sociedades Prehispánicas del Centro Occidente de México. Resumen", en: *Primera Reunión Sobre las Sociedades Prehispánicas en el Centro Occidente de México. Memoria*; Cuaderno de Trabajo No. 1, pp. 11-21; Centro Regional Querétaro, INAH. México.

Brambila, Rosa y Margarita Velasco

1988 "Materiales de La Negreta y la Expansión de Teotihuacán al Norte"; en: *Primera Reunión Sobre las Sociedades Prehispánicas en el Centro Occidente de México. Memoria*; Cuaderno de Trabajo No. 1, pp. 287-297; Centro Regional Querétaro, INAH. México.

Braniff Cornejo, Beatriz

1972 "Secuencias Arqueológicas en Guanajuato y la Cuenca de México: Intento de Correlación", en: *Teotihuacán*; Onceava Mesa Redonda de la Sociedad Mexicana de Antropología (celebrada en 1966), Vol. II, pp. 273-323. México.

1974 "Oscilación de la Frontera Septentrional Mesoamericana", en: *The Archaeology of West México*; Betty Bell (Ed.); Sociedad de Estudios Avanzados del Occidente de México, A.C.; pp. 40-50. México.

1977 "La Posibilidad de Comercio y Colonización en el Noroeste de México, Vista desde Mesoamérica", en: *Revista Mexicana de Estudios Antropológicos*, T. XXIII, Mecanoscrito en la Biblioteca Juan Comas del IIA-UNAM, pp. 1-20. México.

1992 *La Estratigrafía Arqueológica de Villa de Reyes, San Luis Potosí*; Colección Científica del INAH, No. 265. México.

1994 "La Frontera Septentrional de Mesoamérica", en: *Historia Antigua de México*; Linda Manzanilla y Leonardo López Luján (Coords); Vol. I, pp. 113-143. INAH-UNAM-Grupo Editorial Miguel Ángel Porrúa. México.

1999 *Morales, Guanajuato, y la Tradición Tolteca*. Colección Científica del INAH, No. 395. México.

2000 "A Summary of the Archaeology of North-Central Mesoamerica. Guanajuato, Querétaro, and San Luis Potosí", en: *Greater Mesoamerica. The Archaeology of West and Northwest México*; Michael Foster y Shirley Gorenstein (Eds.), pp. 35-42; University of Utah Press.

Brown, Roy B.

1985 "A Synopsis of the Archaeology of the Central Portion of the Northern Frontier of Mesoamerica", en: *The Archaeology of West and Northwest Mesoamerica*; Michael S. Foster y Phil C. Weigand (Eds.); pp. 219-235; Westview Press/ Boulder y Londres.

Cárdenas García, Efraín

1997 "Un Modelo Arquitectónico Asociado a la Tradición Cerámica Rojo sobre Bayo en el Bajío", en: *Anales del Museo Michoacano*, Tercera Época, No. 6, pp. 11-41; Morelia, Michoacán.

1999 "Santa María, Morelia: Un Desarrollo Cultural Local con Notables Influencias Externas", en: *Arqueología y Etnohistoria. La Región del Lerma*; Eduardo Williams y Phil C. Weigand (Eds.); pp. 213-244; El Colegio de Michoacán, México.

Carrasco Teja, Mario; Alejandra Chacón Trejo, Sabrina Farias Pelayo, Antonio Huitrón Santoyo, Mónica Jiménez Ramírez, Juan Carlos Olivares Orozco, Joel Torices Armenta y Rodrigo Vilanova de Allende

2001 "Excavación en Sabina Grande, Huichapan, Hidalgo", en: *Proyecto Arqueológico Valle del Mezquital. Informe de la Octava Temporada de Campo*; Fernando López Aguilar (Coord.); Vol. 2, pp. 57-75; ENAH, México.

Caso, Alfonso

1933 "Las Tumbas de Monte Albán", en: *Anales del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnografía*; Época 4a., T. VIII, No. 4, pp. 641-647; SEP-MNAHE. México.

1965 (a) "Lapidary Work, Goldwork, and Copperwork from Oaxaca", en: *Archaeology of Southern Mesoamerica*, 2a. parte, Gordon Willey (Ed.); Handbook of Middle American Indians, Vol. 3, pp. 896-930; University of Texas Press. Austin.

Caso, Alfonso e Ignacio Bernal

1952 *Urnas de Oaxaca*; Memorias del INAH, No. II; INAH-SEP. México.

Castañeda, Carlos, Ana María Crespo, José Antonio Contreras, Juan Carlos Saint Charles, Trinidad Durán y Luz María Flores

1988 "Interpretación de la Historia del Asentamiento en Guanajuato", en: *Primera Reunión Sobre las Sociedades Prehispánicas en el Centro Occidente de México. Memoria*; Cuaderno de Trabajo No. 1, pp. 321-355; Centro Regional Querétaro, INAH. México.

Cedeño Nicolás, Jaime

1998 "El Culto al Lugar Central. Posibilidades en Torno a un Problema Arqueológico", en: *Arqueología*; Segunda Época, No. 20, pp. 53-64; INAH. México.

Centro Cultural de la Villa de Madrid y Museo Etnológico de Barcelona

1990 *Los Mayas. Esplendor de una Civilización*, Catálogo de la Exposición Homónima, Editorial Turner, España.

Cervantes, Beatriz, Ana María Crespo y Luz María Flores

1990 "Tunal Grande: Frontera de Equilibrio para Mesoamérica"; en: *Antropología*; Boletín del INAH, Nueva Época, No. 32, pp. 22-37; México.

Cervantes Rosado, Juan y Patricia Fournier García

1996 "Regionalización y Consumo: Una Aproximación a los Complejos Cerámicos Epiclásicos del Valle del Mezquital, México", en: *Boletín de Antropología Americana*; No. 29, pp. 105-130; Instituto Panamericano de Geografía e Historia, México.

Chase, Diane Z. y Arlen F. Chase

1996 "Maya Multiples: Individuals, Entries, and Tombs in Structure A34 of Caracol, Belize", en: *Latin American Antiquity*; Vol. 7, No. 1, pp. 61-79. SAA. Washington D.C.

Cobean, Robert H.

1978 *The Preaztec Ceramics of Tula, Hidalgo*; Tesis Doctoral, Universidad de Harvard. Cambridge, Massachusetts.

1982 "Investigaciones Recientes en Tula Chico, Hidalgo", en: *Estudios sobre la Antigua Ciudad de Tula*; Colección Científica del INAH, No. 121, pp. 37-81. México.

1990 *La Cerámica de Tula, Hidalgo*; Colección Científica del INAH, No. 215. México.

1998 "Notes on Three Decades of Obsidian Source Investigations in Central México", en; *Rutas de Intercambio en Mesoamérica*; III Coloquio Pedro Bosch Gimpera; Evelyn Childs Rattray (Ed.); pp. 115-149; UNAM, IIA. México.

Cobean, Robert H. y Elba Estrada Hernández

1994 "Ofrendas Toltecas en el Palacio Quemado de Tula", en *Arqueología Mexicana*; Vol. I, No. 6 pp. 77-78; Editorial Raíces, México.

Cobean, Robert H. y Alba Guadalupe Mastache

1989 "The Late Classic and Early Postclassic Chronology of the Tula Region", en: *Tula of the Toltecs. Excavations and Survey*; Dan M. Healan (Ed.); pp. 34-46; University of Iowa Press.

Cobean, Robert H., Alba Guadalupe Mastache, Ana María Crespo y Clara Luz Díaz

1981 "La Cronología de la Región de Tula", en: *Interacción Cultural en el México Central*; Evelyn Rattray, Jaime Litvak, Clara Díaz (Comps.); Serie Antropologica, No. 41, pp. 187-214; IIA-UNAM. México.

Coggins, Clemency Chase

1984 "The Cenote of Sacrifice: Catalogue", en: *Cenote of Sacrifice. Maya Treasures from the Sacred Well at Chichén Itzá*; Clemency Chase Coggins y Orrin C. Shane III (Eds.); pp. 23-110. University of Texas Press. Austin, Texas.

Coggins, Clemency Chase (Ed.)

1992 *Artifacts from the Cenote of Sacrifice, Chichén Itzá, Yucatán*; Memoirs of the Peabody Museum; Vol. 10, No. 3. Harvard.

1999 "Objetos Portátiles de Arte", en: *Los Mayas*; Peter Schmidt, Mercedes de la Garza y Enrique Nalda (Coords.), pp. 249-269; CONACULTA-INAH-Landucci Editores. Italia.

Cohodas, Marvin

1989 "The Epiclassic Problem: A Review and Alternative Model", en: *Mesoamerica After the Decline of Teotihuacán A.D. 700-900*; Richard Diehl y Catherine Berlo (Eds.), pp. 219-240; Dumbarton Oaks Research Library and Collection. Washington.

Contreras Ramírez, José Antonio y María Trinidad Durán Anda

1982 *Proyecto Gasoducto del Edo. de Guanajuato. Tramo Salamanca-Yuriria*; Informe General de la Temporada de Laboratorio Marzo-Noviembre. México.

Crespo Oviedo, Ana María

1976 *Villa de Reyes, San Luis Potosí. Un Núcleo Agrícola en la Frontera Norte de Mesoamérica*; Colección Científica del INAH, No. 42. México.

1989 *El Recinto Ceremonial de El Cerrito*; Archivo Técnico de Arqueología del INAH. México.

1991a "Variantes del Asentamiento en el Valle de Querétaro. Siglos I a X D.C.", en: *Querétaro Prehispánico*; Ana María Crespo y Rosa Brambila (Coords.), pp. 99-135; Colección Científica del INAH. México.

1991b "El Recinto Ceremonial de El Cerrito", en: *Querétaro Prehispánico*; Ana María Crespo y Rosa Brambila (Coords.), pp. 163-223; Colección Científica del INAH. México.

1996 "La Tradición Cerámica del Blanco Levantado", en: *Tiempo y Territorio en Arqueología. El Centro Norte de México*; Ana Ma. Crespo y Carlos Viramontes (Coords.); Colección Científica del INAH, No. 323, pp. 77-91. México.

1998 "La Expansión de la Frontera Norte (y la Cronología Oficial para Teotihuacán)", en: *Los Ritmos de Cambio en Teotihuacán: Reflexiones y Discusiones de su Cronología*; Rosa Brambila y Rubén Cabrera (Coords.); Colección Científica del INAH, Serie Arqueología; No. 366, pp. 323-334. México.

Crespo Oviedo, Ana María y Rosa Brambila

1991 "Perspectivas de la Arqueología de Querétaro", en: *Querétaro Prehispánico*; Ana María Crespo y Rosa Brambila (Coords.), pp. 7-9; Colección Científica del INAH. México.

Crespo Oviedo, Ana María y Juan Carlos Saint Charles Zetina

1991 *Entierros y Ofrendas de Pueblos de la Marca del Río San Juan (siglos XIII-XIV D.C.)*; Archivo Técnico de Arqueología del INAH. México.

1996 "Ritos Funerarios y Ofrendas de Élite. Las Vasijas Xajay", en: *Tiempo y Territorio en Arqueología. El Centro-Norte de México*; Ana Ma. Crespo y Carlos Viramontes (Coords.); Colección Científica del INAH, No. 323, pp. 115-142. México.

Crespo Oviedo, Ana María y Carlos Viramontes

1996 "Presentación", en: *Tiempo y Territorio en Arqueología. El Centro Norte de México*; Ana Ma. Crespo y Carlos Viramontes (Coords.); Colección Científica del INAH, No. 323, pp. 9-13. México.

1999 "Elementos Chichimecas en las Sociedades Agrícolas del Centro-Norte de México", en: *Arqueología y Etnohistoria. La Región del Lerma*; Eduardo Williams y Phil C. Weigand (Eds.); pp. 109-132; El Colegio de Michoacán, México.

Darling, Andrew J.

1998 *Obsidian Distribution and Exchange in the North-Central Frontier of Mesoamerica*; Tesis Doctoral, Universidad de Michigan.

Diehl, Richard A.

1976 "Pre-Hispanic Relationships between the Basin of México and North and West México", en: *The Valley of México. Studies in Pre-Hispanic Ecology and Society*; Eric R. Wolf (Ed.); pp. 249-286; University of New Mexico Press, Albuquerque.

1983 *Tula. The Toltec Capital of Ancient México*; New Aspects of Antiquity, Colin Renfrew (Ed.); Thames and Hudson, Londres.

1987 "Tollan y la Caída de Teotihuacán", en: *El Auge y la Caída del Clásico en el México Central*; Joseph B. Mountjoy y Donald L. Brockington (Eds.); Serie Antropológica No. 89, pp. 129-143; IIA-UNAM. México.

Diehl, Richard A. y Lawrence H. Feldman

1974 "Relaciones entre la Huasteca y Tollan", en: *Proyecto Tula, Primera Parte*; Eduardo Matos (Coord.); Colección Científica del INAH, No. 15, pp. 105-108. México.

Diehl, Richard A. y Margaret D. Mandeville

1987 "Tula, and Wheeled Animal Effigies in Mesoamerica", en: *Antiquity*; Vol. 61, No. 232, pp. 239-246; The Black Bear Press Ltd. Gran Bretaña.

Díaz Oyarzábal, Clara Luz

1981 "Chingú y la Expansión Teotihuacana"; en: *Interacción Cultural en el México Central*; Evelyn Rattray, Jaime Litvak, Clara Díaz (Comps.); Serie Antropologica, No. 41, pp. 109-112; IIA-UNAM. México.

Digby, Adrian

1972 *Maya Jades*; publicado por The Trustees of the British Museum. Londres.

Drake Barbour, Warren

1998 "The Figurine Chronology of Teotihuacán, México", en: *Los Ritmos de Cambio en Teotihuacán: Reflexiones y Discusiones de su Cronología*; Rosa Brambila y Rubén Cabrera (Coords.); Colección Científica del INAH, Serie Arqueología; No. 366, pp. 243-253. México.

Drennan, Robert D.

1998 "¿Cómo nos Ayuda el Estudio sobre el Intercambio Interregional a Entender el Desarrollo de las Sociedades Complejas?", en: *Rutas de Intercambio en Mesoamérica*; III Coloquio Pedro Bosch Gimpera; Evelyn Childs Rattray (Ed.); pp. 23-39; UNAM, IIA. México.

Drucker, Philip

1943 *Ceramic Stratigraphy at Cerro de las Mesas Veracruz, México*; Bulletin, No. 141; Bureau of American Ethnology, Smithsonian Institution. Washington.

1955 *The Cerro de las Mesas Offering of Jade and Other Materials*; Anthropological Papers, No. 44; Bureau of American Ethnology, Smithsonian Institution. Washington.

Dumond, D.E. y Florencia Müller

1972 "Classic to Postclassic in Highland Central México", en: *Science*; Vol. 175, pp. 1208-1215; American Association for the Advancement of Science.

Durán Anda, María Trinidad

1991 *El Desarrollo de los Grupos Agrícolas en la Región Salamanca-Yuriria de 500 A.C. a 900 D.C.*; Tesis de Licenciatura en Arqueología, ENAH, México.

Du Solier, Wilfrido

1941 "Recopilación y Conclusiones Sobre los Problemas Arqueológicos de Tula, Hgo.", en: *Revista Mexicana de Estudios Antropológicos*; T. V, Nos. 2-3, pp. 185-192; Sociedad Mexicana de Antropología. México.

Du Solier, Wilfrido, Alex D. Krieger y James B. Griffin

1947-48 "The Archaeological Zone of Buena Vista, Huaxcamá, San Luis Potosí, México", en: *American Antiquity*, Vol. XIII, pp. 15-32; Kraus Co., Millwood, Nueva York, (traducido al español en 1991).

Earle, Timothy

1990 "Style and Iconography as Legitimation in Complex Chiefdoms", en: *The Uses of Style in Archaeology*; Margaret W. Conkey y Christine A. Hastorf (Eds.); pp. 73-81; Cambridge University Press.

Easby, Elizabeth K. y Dudley T. Easby Jr.

1956 "Apuntes sobre la Técnica de Tallar Jade en Mesoamérica", en: *Anales del Instituto de Arte Americano*, No. 6, Buenos Aires.

Easby, Elizabeth K.

1961 "The Squier Jades from Toniná, Chiapas", en: *Essays in Pre-Columbian Art and Archaeology*; Samuel K. Lothrop (Ed.); pp. 61-80; Harvard University Press, Cambridge.

Ekholm, Gordon F.

1941 "Tula and Northwestern México", en: *Revista Mexicana de Estudios Antropológicos*; Tomo V, Nos. 2-3, pp. 193-198; Sociedad Mexicana de Antropología. México.

1944 *Excavations at Tampico y Pánuco in the Huasteca, México.*; Anthropological Papers of the American Museum of Natural History; Vol. XXXVIII, Parte V. Nueva York.

Erosa Peniche, José

1939 "Descubrimiento y Exploración Arqueológica de la Subestructura del Castillo en Chichén Itzá", en: *Vigésimoséptimo Congreso Internacional de Americanistas*; Tomo II, pp. 229-248. INAH-SEP. México.

Flores Morales, Luz María y Ana María Crespo Oviedo

1988 "Elementos Cerámicos de Asentamientos Toltecas en Guanajuato y Querétaro", en: *Ensayos de Alfarería Prehispánica e Histórica de Mesoamérica*. Mari Carmen Serra Puche y Carlos Navarrete Cáceres (Eds.); Homenaje a Eduardo Noguera Auza; Serie Antropológica, No. 82, pp. 205-220; IIA, UNAM. México.

Fash, William L. y Barbara W. Fash

2000 "Teotihuacán and the Maya: A Classic Heritage", en: *Mesoamerica's Classic Heritage. From Teotihuacán to the Aztecs*; David Carrasco, Lindsay Jones y Scott Sessions (Eds.), pp. 433-463; University Press of Colorado.

Faugère-Kalfon, Brigitte

1992 "Algunos Aspectos del Clásico en el Centro-Norte de Michoacán", en: *Arqueología*; No. 7, pp. 39-50; INAH, México.

1996 *Entre Zacapu y Río Lerma: Culturas en una Zona Fronteriza*; CEMCA, México.

Foshag, W.F.

1957 "Mineralogical Studies on Guatemalan Jade", en *Smithsonian Miscellaneous Collections*; Vol. 135, No. 5; Washington.

Fournier García, Patricia

1995 *Etnoarqueología Cerámica Otomí: Maguey, Pulque y Alfarería entre los Hñähñü del Valle del Mezquital*. Tesis de Doctorado, FFL-UNAM. México.

Fournier García, Patricia y Juan Cervantes Rosado

en prensa "Mito y Realidad del Estilo Epiclásico Coyotlatelco", en: *Estudios del Hombre*; Universidad de Guadalajara. México.

Fuente, Beatriz de la

1995 "Xochicalco: Una Cima Cultural", en: *La Acrópolis de Xochicalco*; Javier Wimer (Coord.); pp. 145-208; Instituto de Cultura de Morelos. México.

García Bárcena, Joaquín

1972 "Origen y Desarrollo de Algunos Aspectos de las Representaciones de los Dioses Mesoamericanos de la Lluvia y su Relación con las Rutas de Intercambio Prehispánicas", en: *Religión en Mesoamérica*; XII Mesa Redonda de la Sociedad Mexicana de Antropología, pp. 151-160. México.

- Garza Tarazona, Silvia y Norberto González Crespo
1995 "Xochicalco", en: *La Acrópolis de Xochicalco*; Javier Wimer (Coord.); pp. 89-143; Instituto de Cultura de Morelos. México.
- Gettens, Rutherford
1961-62 "Maya Blue: an Unsolved Problem in Ancient Pigments", en: *American Antiquity*; Vol. 27, pp. 557-564; Washington.
- Gettens, R.J. y G.L. Stout
1942 *Painting Materials. A Short Encyclopaedia*; Van Nostrand, N.Y.
- Gómez Serafín, Susana, Francisco Javier Sansores y Enrique Fernández Dávila
1994 *Enterramientos Humanos de Época Prehispánica en Tula, Hidalgo*; Colección Científica del INAH, No. 276. México.
- Gorenstein, Shirley
1985 *Acambaro: Frontier Settlement on the Tarascan-Aztec Border*; Publications in Anthropology, No. 32; Vanderbilt University, Nashville.
- Grinberg, Adolfo
1987 "Sobre la Naturaleza Físico-química del Azul Maya", en: *Antropología Mexicana: Proyección al Futuro*; sobretiro de la XX mesa redonda de la Sociedad Mexicana de Antropología.
- Hall, Barbara Ann
1997 "Spindle Whorls and Cotton Production at Middle Classic Matacapán and the Gulf Lowlands", en: *Olmec to Aztec Settlement Patterns in the Ancient Gulf Lowlands*; Barbara Stark y Phillip Arnold (Eds.); pp. 115-135. University of Arizona Press.
- Healan, Dan M.
1989 "Synthesis of Prehispanic Occupation of the Canal Locality", en: *Tula of the Toltecs. Excavations and Survey*; Dan M. Healan (Ed.); pp. 163-167; University of Iowa Press.
- 1997 "Prehispanic Quarrying in the Ucareo-Zinapécuaro Obsidian Source Area", en: *Ancient Mesoamerica*; Vol. 8, No. 1, pp. 77-100; Cambridge University Press.
- 1998 "La Cerámica Coyotlatelco y la Explotación del Yacimiento de Obsidiana de Ucareo-Zinapécuaro", en: *Génesis, Culturas y Espacios en Michoacán*; Véronique Darras (Coord.); pp. 101-108; CEMCA. México.

Healan, Dan M., Robert H. Cobean y Richard A. Diehl
1989 "Synthesis and Conclusions", en: *Tula of the Toltecs. Excavations and Survey*; Dan M. Healan (Ed.); pp. 239-251; University of Iowa Press.

Healan, Dan M. y Christine E. Hernández
1999 "Asentamiento Prehispánico y Cronología Cerámica en el Noreste de Michoacán", en: *Arqueología y Etnohistoria. La Región del Lerma*; Eduardo Williams y Phil C. Weigand (Eds.); pp. 133-155; El Colegio de Michoacán, México.

Healan, Dan M. y James W. Stoutamire
1989 "Surface Survey of the Tula Urban Zone", en: *Tula of the Toltecs. Excavations and Survey*; Dan M. Healan (Ed.); pp. 203-236; University of Iowa Press.

Helms, Mary W.
1979 *Ancient Panama. Chiefs in Search of Power*; University of Texas Press. Austin, Texas.

Hernández Reyes, Carlos
1994 "Rescate de una Tumba Zapoteca en Tepeji del Río", en: *Simposium sobre Arqueología en el Estado de Hidalgo. Trabajos Recientes, 1989*; Enrique Fernández Dávila (Coord.); Colección Científica del INAH, No. 282, pp. 125-142. México.

Herrera Muñoz, Alberto y Jorge Quiroz Moreno
1991 "Historiografía de la Investigación Arqueológica de la Sierra Gorda de Querétaro", en: *Querétaro Prehispánico*; Ana María Crespo y Rosa Brambila (Coords.), pp. 285-306; Colección Científica del INAH. México.

Hers, Marie Areti
1988 "Caracterización de la Cultura Chalchihuites", en: *Primera Reunión Sobre las Sociedades Prehispánicas en el Centro Occidente de México. Memoria*; Cuaderno de Trabajo No. 1, pp. 23-37; Centro Regional Querétaro, INAH. México.

Hirth, Kenneth
2000 *Ancient Urbanism at Xochicalco. The Evolution and Organization of a Pre-Hispanic Society*; Vol. 1. University of Utah Press.

Jiménez Betts, Peter
1989 "Perspectivas sobre la Arqueología de Zacatecas", en: *Arqueología*; No. 5, pp. 7-50; Dirección de Monumentos Prehispánicos, INAH. México.

- 1992 "Una Red de Interacción del Noroeste de Mesoamérica: Una Interpretación", en: *Origen y Desarrollo en el Occidente de México*; Brigitte Bohem de Lameiras y Phil C. Weigand (Coords.); pp. 177-204; El Colegio de Michoacán. México.
- 1995 "Algunas Observaciones sobre la Dinámica Cultural de la Arqueología de Zacatecas", en: *Arqueología del Norte y del Occidente de México*; Homenaje al Dr. L. Charles Kelley. Barbro Dahlgren y Ma. de los Dolores Soto (Coords.); pp. 35-66; IIA-UNAM. México.
- 1998 "Áreas de Interacción del Noroeste Mesoamericano: Consideraciones y Tiestos", en: *Actas del IV Coloquio de Occidentalistas*; pp. 295-303; Universidad de Guadalajara, México.
- 2001 "Alcances de la Interacción entre el Occidente y el Noroeste de Mesoamérica en el Epiclásico"; Ponencia presentada en el Taller de Arqueología del CEMCA (Mecanoscrito); México, D.F. 30 de Marzo de 2001.
- Jiménez Betts, Peter y Andrew Darling
 1992 (en prensa) "Cultural Dynamics on the North-Central Periphery of Mesoamerica: Zacatecas and Northern Jalisco in the Middle Classic Period", ponencia presentada en: *The Culture Dynamics of West and Northwest México*; SISA Mesa Redonda; Phoenix Arizona.
- 2000 "Archaeology of Southern Zacatecas. The Malpaso, Juchipila, and Valparaiso-Bolaños Valleys", en: *Greater Mesoamerica. The Archaeology of West and Northwest México*; Michael Foster y Shirley Gorenstein (Eds.), pp. 155-180; University of Utah Press.
- Jiménez García, Elizabeth
 1998 *Iconografía de Tula. El Caso de la escultura*; Colección Científica del INAH, Serie Arqueología, No. 364. México.

Jiménez Moreno, Wigberto

1941 "Tula y los Toltecas Según las Fuentes Históricas", en: *Revista Mexicana de Estudios Antropológicos*; Tomo V, Nos. 2-3, pp. 79-83; Sociedad Mexicana de Antropología. México.

1959 "Síntesis de la Historia Pretolteca de Mesomérica", en: *Esplendor del México Antiguo*; Carmen Cook de Leonard (Ed.); Vol. II, pp. 1019-1108; Centro de Investigaciones Antropológicas de México. México.

Joyce, Arthur A.

1993 "Interregional Interaction and Social Development on the Oaxaca Coast", en: *Ancient Mesoamerica*; Vol. 4, No. 1, pp. 67-84; Cambridge University Press.

Juárez Cossío, Daniel y Noel Morelos García

1988 "Proyecto Abasolo 1978, Fase de Prospección de Superficie", en: *Primera Reunión Sobre las Sociedades Prehispánicas en el Centro Occidente de México. Memoria*; Cuaderno de Trabajo No. 1, pp. 257-286; Centro Regional Querétaro, INAH. México.

Kelemen, Pál

1956 *Medieval American Art. Masterpieces of the New World Before Columbus*; The MacMillan Company. Nueva York.

Kelley, Charles J.

1960 "North México and the Correlation of Mesoamerican and Southwestern Cultural Sequences", en: *Men and Cultures*; Selected Papers of the Fifth International Congress of Anthropology and Ethnological Sciences; pp. 566-573; Nueva York-Londres.

1974 "Speculations on the Culture History of Northwestern Mesoamerica", en: *The Archaeology of West México*; Betty Bell (Ed.); pp. 19-39; Centro de Estudios Avanzados del Occidente, Ajijic, Jalisco. México.

Kelley, Charles J y Ellen Abbott Kelley

1971 *An Introduction to the Ceramics of the Chalchihuites Culture of Zacatecas y Durango, México. Part I: The Decorated Wares*; Mesoamerican Studies, No. 5; University Museum-Southern Illinois University. Carbondale.

Kelly, Isabel

1941 "The Relationship Between Tula and Sinaloa", en: *Revista Mexicana de Estudios Antropológicos*; Tomo V, Nos. 2-3, pp. 199-207; Sociedad Mexicana de Antropología. México.

1948 "Ceramic Provinces of Northwest México", en: *El Occidente de México*; Cuarta Reunión de Mesa Redonda sobre Problemas Antropológicos de México y Centro América; pp. 55-71; Sociedad Mexicana de Antropología. México.

Kowalewski, Stephen

1983 "Monte Albán IIIb-IV Settlement Patterns in the Valley of Oaxaca", en: *The Cloud People. Divergent Evolution of the Zapotec and Mixtec Civilizations*; Kent Flannery y Joyce Marcus (Eds.); pp. 188-190; Academic Press. Michigan.

Kroster, Paula H.

1981 "Veracruz: Corredor Hacia el Sureste", en: *Interacción Cultural en el México Central*; Evelyn Rattray, Jaime Litvak, Clara Díaz (Comps.); Serie Antropológica, No. 41, pp. 175-185; IIA-UNAM. México.

Kristiansen, Kristian

1993 "From Villanova to Seddin. The Reconstruction of an Elite Exchange Network during the Eight Century B.C.", en: *Trade and Exchange in Prehistoric Europe*; Chris Scarre y Frances Healy (Eds.); pp. 143-151. Oxbow Monograph 33.

Kubler, George A.

1961 "Chichén Itzá y Tula", en: *Estudios de Cultura Maya*; Vol. I, pp. 47-79; Seminario de Cultura Maya, FFL, UNAM. México.

1972 (a) "La Iconografía del Arte en Teotihuacán", en: *Teotihuacán*; Onceava Mesa Redonda de la Sociedad Mexicana de Antropología (celebrada en 1966), Vol. II, pp. 69-85. México

León Portilla, Miguel

1995 "Xochicalco en la Historia", en: *La Acrópolis de Xochicalco*; Javier Wimer (Coord.); pp. 35-86; Instituto de Cultura de Morelos. México.

Litvak King, Jaime

1972 "Las Relaciones Externas de Xochicalco: Una Evaluación de su Posible Significado", en: *Anales de Antropología*; Vol. IX, pp. 53-76; IAH, UNAM, México.

1987 "Xochicalco del Preclásico al Postclásico", en: *El Auge y la Caída del Clásico en el México Central*; Joseph B. Mountjoy y Donald L. Brockington (Eds.); Serie Antropológica No. 89, pp. 199-208; IIA-UNAM. México.

López Aguilar, Fernando

1994 "Historia Prehispánica del Valle del Mezquital", en: *Simposium Sobre Arqueología en el Estado de Hidalgo. Trabajos Recientes, 1989*; Colección Científica, No. 282, pp. 113-123; INAH, México.

López Aguilar, Fernando y Patricia Fournier García (Coords.)

1990 *Proyecto Valle del Mezquital. Informe de la Tercera Temporada de Trabajo de Campo: 1989*; Archivo Técnico de Arqueología del INAH. ENAH, México.

1992 *Proyecto Valle del Mezquital. Informe de la Cuarta Temporada de Campo: 1991*; Archivo Técnico de Arqueología del INAH. ENAH, México.

López Aguilar, Fernando, Patricia Fournier García, Miguel Ángel Trinidad y Clara Paz (Coords.)

1989 *Proyecto Valle del Mezquital. Informe de la Segunda Temporada de Trabajo: 1988*; Archivo Técnico de Arqueología del INAH s/p. ENAH, México.

López Aguilar, Fernando, Laura Solar Valverde y Rodrigo Vilanova de Allende

1998 "El Valle del Mezquital. Encrucijadas en la Historia de los Asentamientos Humanos", en: *Arqueología*; No. 20, pp. 21-40; INAH, México.

López Austin, Alfredo

1999 *Breve Historia de la Tradición Religiosa Mesoamericana*; Colección Textos, Serie Antropología e Historia Antigua:2. IIA, UNAM. México.

López Austin, Alfredo y Leonardo López Luján

2000 "The Myth and Reality of Zuyuá. The Feathered Serpent and Mesoamerican Transformations from the Classic to the Postclassic", en: *Mesoamerica's Classic Heritage. From Teotihuacán to the Aztecs*; David Carrasco, Lindsay Jones y Scott Sessions (Eds.), pp. 21-84; University Press of Colorado.

López de Gómara, Francisco

- 1985 "Conquista de Méjico", en: *Hispania Victrix, Primera y Segunda Parte de la Historia General de las Indias, con Todo el Descubrimiento y las Cosas Notables que han Acontecido Desde que se Ganaron Hasta el Año 1551*; Segunda Parte; modernización del texto por Pilar Guibelalde; Biblioteca de Historia, No. 13; Ediciones Orbis. Barcelona.

López Luján, Leonardo

- 1995 "El Epiclásico: el Caso del Valle de Morelos", en: *Historia Antigua de México*; Linda Manzanilla y Leonardo López Luján (Coords); Vol. II, pp. 261-293. INAH-UNAM-Grupo Editorial Miguel Ángel Porrúa. México.

Manzanilla Naim, Linda

- 1995 "La Zona del Altiplano Central en el Clásico", en: *Historia Antigua de México*; Linda Manzanilla y Leonardo López Luján (Coords); Vol. II, pp. 139-173. INAH-UNAM-Grupo Editorial Miguel Ángel Porrúa. México.

Marcus, Joyce

- 1983 (a) "Stone Monuments and Tomb Murals of Monte Albán IIIa", en: *The Cloud People. Divergent Evolution of the Zapotec and Mixtec Civilizations*; Kent Flannery y Joyce Marcus (Eds.); pp. 137-143; Academic Press. Michigan.

- 1983 (b) "Rethinking the Zapotec Urn", en: *The Cloud People. Divergent Evolution of the Zapotec and Mixtec Civilizations*; Kent Flannery y Joyce Marcus (Eds.); pp. 144-148; Academic Press. Michigan.

- 1992 *Mesoamerican Writing Systems: Propaganda, Mith, and History in Four Ancient Civilizations*; Princeton University Press. Nueva Jersey.

- 2001 "Clásico Tardío (600-900 D.C.)", en: *Arqueología Mexicana*; Serie Tiempo Mesoamericano VI; Vol. VIII, No. 48, pp. 20-29; Editorial Raíces. México.

Marquina, Ignacio

- 1941 "Relaciones entre los Monumentos del Norte de Yucatán y los del Centro de México", en: *Revista Mexicana de Estudios Antropológicos*; Tomo V, Nos. 2-3, pp. 135-150; Sociedad Mexicana de Antropología. México.

- 1990 *Arquitectura Prehispánica*; Memorias del INAH, No. 1; INAH-SEP. México, (publicado originalmente en 1951).

Mastache, Alba Guadalupe y Robert H. Cobean

1989 "The Coyotlatelco Culture and the Origins of the Toltec State", en: *Mesoamerica After the Decline of Teotihuacán A.D. 700-900*; Richard Diehl y Catherine Berlo (Eds.), pp. 49-67; Dumbarton Oaks Research Library and Collection. Washington.

2000 "Ancient Tollan. The Sacred Precinct", en: *Anthropology and Aesthetics*; RES 38, pp. 101-133.

Matos Moctezuma, Eduardo

1974 "Excavaciones en la Microárea: Tula Chico y la Plaza Charnay", en: *Proyecto Tula, Primera Parte*; Eduardo Matos (Coord.); Colección Científica del INAH, No. 15, pp. 61-69. México.

McVicker, Donald y Joel W. Palka

2001 "A Maya Carved Shell Plaque from Tula, Hidalgo, México.", en: *Ancient Mesoamerica*; Vol. 12, No. 2, pp. 175-197; Cambridge University Press.

Mena, Ramón

1990 *Catálogo de la Colección de Objetos de Jade*; (primera edición en los Talleres Gráficos del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnografía, 1927). Facsímil de la primera edición, INAH. México.

Michelet, Dominique

1995 "La Zona Nororiental en el Clásico", en: *Historia Antigua de México*; Linda Manzanilla y Leonardo López Luján (Coords); Vol. II, pp. 205-226. INAH-UNAM-Grupo Editorial Miguel Ángel Porrúa. México.

Miller, Mary Ellen

1986 *The Art of Mesoamerica from Olmec to Aztec*; Thames and Hudson. Londres.

Moguel Cos, María Antonieta

1987 *Trabajos de Salvamento Arqueológico en las Cuencas de Cuitzeo, Patzcuaro y Zirahuen: Un Intento de Interpretación Cultural*; Tesis de Licenciatura, ENAH. México.

Moguel Cos, María Antonieta y Sergio A. Sánchez Correa

1988 "Guanajuato y Noreste de Michoacán: Algunas Apreciaciones Cerámicas", en: *Primera Reunión Sobre las Sociedades Prehispánicas en el Centro Occidente de México. Memoria*; Cuaderno de Trabajo No. 1, pp. 223-235; Centro Regional Querétaro, INAH. México.

Morett Alatorre, Luis

1991 *Unidad de Excavación 1, Sitio 248, El Zethé. Análisis de Materiales Cerámicos*; Mecanoscrito en el Archivo del Proyecto Valle del Mezquital, ENAH. México.

1996, sin publicar "El Desarrollo Regional Xajay en el Poniente del Valle del Mezquital"; Ponencia Presentada en el II Coloquio de Historia Regional en Pachuca, Hidalgo. México.

Morett Alatorre, Luis, Fernando López Aguilar, María Rosa Avilés Moreno y María Antonieta Viart Muñoz

1994 "Excavación Extensiva en El Zethé", en: *Proyecto Valle del Mezquital. 5a. Temporada*; Fernando López Aguilar (Coord.); T. II, pp. 93-131; Archivo Técnico de Arqueología del INAH. ENAH, México.

Morris, Earl H., Jean Charlot y Ann Axtell Morris

1931 *The Temple of the Warriors at Chichen Itzá, Yucatán*; Vol. 1, Publicación No. 406, Carnegie Institution of Washington.

Mountjoy, Joseph B.

1987 "La Caída del Clásico en Cholula Visto Desde el Cerro Zapotecas", en: *El Auge y la Caída del Clásico en el México Central*; Joseph B. Mountjoy y Donald L. Brockington (Eds.); Serie Antropológica No. 89, pp. 237-258; IIA-UNAM. México.

Nagao, Debra

1989 "Public Proclamation in the Art of Cacaxtla and Xochicalco", en: *Mesoamerica After the Decline of Teotihuacán A.D. 700-900*; Richard Diehl y Catherine Berlo (Eds.), pp. 83-104; Dumbarton Oaks Research Library and Collection. Washington.

Nalda Hernández, Enrique

1975 *UA San Juan del Río. Trabajos Arqueológicos Preliminares*; Tesis de Arqueología ENAH y Maestría en Ciencias Antropológicas UNAM. México.

1981 *Proyecto Lerma Medio. Sección Salvatierra-Acámbaro*; Reporte No. 14, Análisis de Material de Superficie; ENAH. México.

1991 "Secuencia Cerámica del Sur de Querétaro", en: *Querétaro Prehispánico*; Ana María Crespo y Rosa Brambila (Coords.), pp. 31-56; Colección Científica del INAH. México.

1996 "La Frontera Norte de Mesoamérica", en: *Temas Mesoamericanos*; Sonia Lombardo y Enrique Nalda (Coords.); pp. 255-278; INAH-CONACULTA. México.

Navarrete, Ángel y Bernabé Valencia

1988 *Estudio de la Composición del Azul Maya*. Proyecto Terminal de Ingeniería Química. UAM, México.

Nelson Jr., Fred W. y John E. Clark

1998 "Obsidian Production and Exchange in Eastern Mesoamerica" en: *Rutas de Intercambio en Mesoamérica*; III Coloquio Pedro Bosch Gimpera; Evelyn Childs Rattray (Ed.); pp. 277-333; UNAM, IIA. México.

Nieto Gamiño, Luis Felipe

1997 "Centro Ceremonial Cañada de la Virgen, Guanajuato: Arquitectura de la Cultura Híbrida Tolteca-Chichimeca", en: *Arqueología*; Segunda Época, pp. 99-110; INAH, México.

Noguera, Eduardo

1941 "La Cerámica de Cholula y sus Relaciones con Otras Culturas", en: *Revista Mexicana de Estudios Antropológicos*; Tomo V, Nos. 2-3, pp. 151-161; Sociedad Mexicana de Antropología. México.

1960 "Xochicalco", en: *Zonas Arqueológicas del Estado de Morelos*; Guías del INAH; EDIMEX. México.

Ochoa, Lorenzo

1984 *Historia Prehispánica de la Huasteca*; Serie Antropológica No. 26; IIA-UNAM. México, (publicado originalmente en 1979).

Olivé Negrete, Julio César y Beatriz Barba A.

1955 "Sobre la Desintegración de las Culturas Clásicas", en: *Anales del INAH*; T. IX, pp. 57-71; México.

Paddock, John

1966 *Ancient Oaxaca. Discoveries in Mexican Archaeology and History*; John Paddock (Ed.); Stanford University Press. California.

1972 (a) "Distribución de Rasgos Teotihuacanos en Mesoamérica", en: *Teotihuacán*; pp. 223-239; Onceava Mesa Redonda celebrada en el Museo Nacional de Antropología e Historia en agosto de 1966; Sociedad Mexicana de Antropología. México.

1972 (b) "Religión Antigua Oaxaqueña: Ensayo y Lección", en: *Religión en Mesoamérica*; XII Mesa Redonda de la Sociedad Mexicana de Antropología, pp. 247-267. México.

1983 "Some Thoughts on the Decline of Monte Albán", en: *The Cloud People. Divergent Evolution of the Zapotec and Mixtec Civilizations*; Kent Flannery y Joyce Marcus (Eds.); pp. 186-188; Academic Press. Michigan.

1987 "La Perspectiva desde Monte Albán", en: *El Auge y la Caída del Clásico en el México Central*; Joseph B. Mountjoy y Donald L. Brockington (Eds.); Serie Antropológica No. 89, pp. 21-36; IIA-UNAM. México.

Paredes Gudiño, Blanca Luz

1990 *Unidades Habitacionales en Tula, Hidalgo*; Colección Científica del INAH, No. 210. México.

Pascual Soto, Arturo

1990 *Iconografía Arqueológica de El Tajín*; IIA-UNAM-FCE. México.

Pastrana, Alejandro

1991 "Sobre el Jade y Rocas Verdes en el México Prehispánico", en: *Homenaje a Julio César Olivé Negrete*, Beatriz Barba (Ed.), UNAM. México.

Pasztory, Esther

1974 *The Iconography of the Teotihuacán Tlaloc*; Studies in Pre-Columbian Art and Archaeology, No. 15; Dumbarton Oaks, Trustees for Harvard University. Washington.

1988 "A Reinterpretation of Teotihuacán and Its Mural Painting Tradition", en: *Feathered Serpents and Flowering Trees. Reconstructing the Murals of Teotihuacán*; Kathleen Berrin (Ed.), pp. 45-77. The Fine Arts Museum of San Francisco.

1992 "Abstraction and the Rise of a Utopian State at Teotihuacán", en: *Art, Ideology, and the City of Teotihuacán*; Janet Catherine Berlo (Ed.); pp. 281-320; Dumbarton Oaks Research Library and Collection. Washington D.C.

Polgar Salcedo, Manuel

1997 "Excavaciones en el Mogote San Bartolo", en: *Informe de la Séptima Temporada de Trabajo de Campo del Proyecto Valle del Mezquital*; Fernando López Aguilar (Coord); ENAH, Archivo Técnico del INAH, México.

1998 "La Periferia en la Continuidad y el Colapso. Los Asentamientos del Periodo Clásico en el Occidente del Valle del Mezquital", en: *Arqueología*; Segunda Época, No. 20, pp. 41-52; INAH. México.

Pollard, Hellen Perlstein

1995 "Estudio del Surgimiento del Estado Tarasco: Investigaciones Recientes", en: *Arqueología del Occidente y Norte de México*; Eduardo Williams y Phil C. Weigand (Eds.); pp. 29-63, El Colegio de Michoacán, México.

2000a "Tarascans and Their Ancestors. Prehistory of Michoacán", en: *Greater Mesoamerica. The Archaeology of West and Northwest México*; Michael Foster y Shirley Gorenstein (Eds.), pp. 59-70; University of Utah Press.

2000b *Proyecto Desarrollo del Estado Tarasco: Los Señoríos Urichu, Xaracuaro y Pareo. Cuenca de Pátzcuaro, Michoacán, 1990-1998. Informe Final al Consejo de Arqueología, Department of Anthropology Michigan State University.*

Porter, Muriel N.

1948 *Pipas Precortesianas*; Acta Antropológica III:2; México.

Proskouriakoff, Tatiana

1974 *Jades From the Cenote of Sacrifice, Chichén Itzá, Yucatán*; Memorias del Peabody Museum of Archaeology and Ethnology, Vol. 10, No. 1, Harvard University. Cambridge.

Ramos de la Vega, Jorge y Lorenza López Mestas

1996 "Arqueología de la Sierra de Comanjá-Guanajuato", en: *Tiempo y Territorio en Arqueología. El Centro Norte de México*; Ana Ma. Crespo y Carlos Viramontes (Coords.); Colección Científica del INAH, No. 323, pp. 93-113. México.

1999 "Materiales Cerámicos de la Región Alteña de Jalisco", en: *Arqueología y Etnohistoria. La Región del Lerma*; Eduardo Williams y Phil C. Weigand (Eds.); pp. 245-259; El Colegio de Michoacán, México.

- Ramos de la Vega, Jorge, Sergio Vázquez Zárate y Raúl Matadama Díaz
1988 "Rescate e Investigación en "Cerrito de Rayas", León, Guanajuato", en: *Primera Reunión Sobre las Sociedades Prehispánicas en el Centro Occidente de México. Memoria*; Cuaderno de Trabajo No. 1, pp. 307-319; Centro Regional Querétaro, INAH. México.
- Rands, Robert L.
1965 "Jades of the Maya Lowlands", en: *Archaeology of Southern Mesoamerica*, 2a. parte, Gordon Willey (Ed.); Handbook of Middle American Indians, Vol. 3, pp. 561-580; University of Texas Press. Austin.
- Rattray, Evelyn C.
1972 "El Complejo Cultural Coyotlatelco", en: *Teotihuacán*; Onceava Mesa Redonda de la Sociedad Mexicana de Antropología (celebrada en 1966), Vol. II, pp. 201-209. México.

1981 "Anaranjado Delgado: Cerámica de Comercio de Teotihuacán", en: *Interacción Cultural en el México Central*; Evelyn Rattray, Jaime Litvak, Clara Díaz (Comps.); Serie Antropologica, No. 41, pp. 55-80; IIA-UNAM. México.
- Ringle, William M., Tomás Gallareta Negrón y George J. Bey III.
1998 "The Return of Quetzalcóatl. Evidence for the Spread of a World Religion During the Epiclassic Period", en: *Ancient Mesoamerica*; No. 9, pp. 183-232; Cambridge University Press.
- Rivas Castro, Francisco
1993 "Dos Elementos Iconográficos Teotihuacanos Asociados al Ritual del Pulque en la Pirámide de las Serpientes Emplumadas de Xochicalco, Morelos", en: *Cuadernos de Arquitectura Mesoamericana*; No. 24, pp. 29-36; Seminario de Arquitectura Prehispánica, F.A.-UNAM. México.
- Sáenz, César A.
1956 *Exploraciones en la Pirámide de la Cruz Foliada*; Dirección de Monumentos Prehispánicos, INAH. México.

1962 (a) *Xochicalco, Temporada 1960*; Informes No. 11, Departamento de Monumentos Prehispánicos, INAH. México.

1962 (b) "Exploraciones Arqueológicas en Xochicalco, Morelos", en: *Boletín INAH*; No. 7, pp. 1-2. México, marzo de 1962 (b).

- 1963 (a) "Exploraciones en la Pirámide de las Serpientes Emplumadas, Xochicalco", en: *Revista Mexicana de Estudios Antropológicos*; Tomo XIX, pp. 7-25; Sociedad Mexicana de Antropología. México.
- 1963 (b) "Nuevos Descubrimientos en Xochicalco, Mor.", en: *Boletín INAH*; No. 11, pp. 3-7. México, marzo de 1963 (b).
- 1964 *Últimos Descubrimientos en Xochicalco*; Informes No. 12, Departamento de Monumentos Prehispánicos, INAH. México.
- 1966 "Exploraciones en Xochicalco", en: *Boletín INAH*; No. 26, pp. 24-34. México, diciembre de 1966.
- Sahagún, Bernardino de
- 1982 *Historia General de las Cosas de Nueva España*; anotaciones y apéndices de Ángel Ma. Garibay; Colección "Sepan Cuantos..." No. 300; Editorial Porrúa. México.
- Saint-Charles Zetina, Juan Carlos
- 1987-88 *Proyecto Arqueológico Cerro de la Cruz San Juan del Río, Qro.*; Archivo Técnico de Arqueología del INAH, México.
- 1990 *Cerámicas Arqueológicas del Bajío: Un Estudio Metodológico*; Tesis de Licenciatura en Arqueología; Universidad Veracruzana. México.
- 1991a *Rescate Barrio de la Cruz, San Juan del Río, Qro. Informe de Excavación*; Archivo Técnico de Arqueología del INAH, México.
- 1991b "Cerro de la Cruz. Persistencia de un Centro Ceremonial", en: *Querétaro Prehispánico*; Ana María Crespo y Rosa Brambila (Coords.), pp. 57-97; Colección Científica del INAH. México.
- 1993 "Asentamiento sobre Barrancas. Río San Juan", en: *Cuadernos de Arquitectura Mesoamericana*; No. 25, pp. 17-22; UNAM. México.

1998 "Los Problemas para la Periodificación del Bajío y la Secuencia de San Juan del Río", en: *Los Ritmos de Cambio en Teotihuacán: Reflexiones y Discusiones de su Cronología*; Rosa Brambila y Rubén Cabrera (Coords.); Colección Científica del INAH, Serie Arqueología; No. 366, pp. 335-345. México.

Saint-Charles Zetina, Juan Carlos y Ana María Crespo Oviedo

1991 *Las Vasijas Xajay, Cerámica de los Pueblos de la Frontera Septentrional, Siglos XIII y XIV D.C.*; Archivo Técnico de Arqueología del INAH; México.

Sánchez Correa, Sergio, Ma. Antonieta Moguel Cos y Nelly Silva Sánchez

1995 "Investigaciones Arqueológicas en los Límites de Querétaro e Hidalgo (Presa Hidroeléctrica Zimapán)", en: *Arqueología del Occidente y Norte de México*; Eduardo Williams y Phil C. Weigand (Eds.); pp. 139-160, El Colegio de Michoacán, México.

Sánchez Correa, Sergio y Gabriela Zepeda García

1982 *Proyecto Gasoducto Guanajuato. Tramo: Salamanca-Degollado. Informe Cerámico*. México.

Sanders, William T.

1989 "The Epiclassic as a Stage in Mesoamerican Prehistory: An Evaluation", en: *Mesoamerica After the Decline of Teotihuacán A.D. 700-900*; Richard Diehl y Catherine Berlo (Eds.), pp. 211-218; Dumbarton Oaks Research Library and Collection. Washington.

Scott, Sue

1998 "A Continuing Connection Between Teotihuacán and Monte Albán", en: *Rutas de Intercambio en Mesoamérica*; III Coloquio Pedro Bosch Gimpera; Evelyn Childs Rattray (Ed.); pp. 185-199; UNAM, IIA. México.

Schele, Linda y Mary Ellen Miller

1986 *The Blood of Kings. Dynasty and Ritual in Maya Art*; Kimbell Art Museum, Fort Worth.

Schmidt, Peter

1999 "Chichén Itzá: los Contactos con el Centro de México y la Transición al Periodo Postclásico", en: *Los Mayas*; Peter Schmidt, Mercedes de la Garza y Enrique Nalda (Coords.); pp. 427-449; CONACULTA-INAH-Landucci Editores. Italia.

Segura, Ángeles y Maximino León

1981 "Cerámica y escultura de Huamango, Estado de México", en: *Investigaciones Sobre Huamango y Región Vecina*; Román Piña Chán (Coord.); Vol. I, pp. 86-119; Gobierno del Estado. México.

Séjourné, Laurette

1996 *Teotihuacán Capital de los Toltecas*; Siglo Veintiuno Editores. México, (publicado originalmente en 1969).

Senter, Donovan

1981 "Algunas Semejanzas entre Xochicalco y Teotihuacán", en: *Interacción Cultural en el México Central*; Evelyn Rattray, Jaime Litvak, Clara Díaz (Comps.); Serie Antropologica, No. 41, pp. 149-158; IIA-UNAM. México.

Smith, Mary Elizabeth

1983 "The Earliest Mixtec Dynastic Records", en: *The Cloud People. Divergent Evolution of the Zapotec and Mixtec Civilizations*; Kent Flannery y Joyce Marcus (Eds.); p. 213; Academic Press. Michigan.

Snarkis, Michael

1985 "Ceramic Analysis", en: *Acambaro: Frontier Settlement on the Tarascan-Aztec Border*; Publications in Anthropology, No. 32, pp. 207-296; Vanderbilt University, Nashville.

Sociedad Mexicana de Antropología

1990 *La Validez Teórica del Concepto Mesoamérica*; XIX Mesa Redonda de la Sociedad Mexicana de Antropología; Colección Científica del INAH. México.

Solar Valverde, Laura

1997 "Análisis de Pigmentos en la Cerámica de Los Huemás", en: *Informe de la Séptima Temporada de Trabajo de Campo del Proyecto Valle del Mezquital*; Fernando López Aguilar (Coord); pp. 66-69; ENAH, Archivo Técnico del INAH, México.

en *Evidencias de Interacción Interregional durante el Epiclásico y Posibles preparación Implicaciones Culturales*. Tesis de Arqueología, ENAH. México.

Spence, Michael W.

2000 "From Tzintzuntzan to Paquimé. Peers or Peripheries in Greater Mesoamerica?", en: *Greater Mesoamerica. The Archaeology of West and Northwest México*; Michael Foster y Shirley Gorenstein (Eds.), pp. 255-261; University of Utah Press.

Spinden, Herbert J.

1975 *A Study of Maya Art: Its Subject Matter & Historical Development*; Dover Publications Inc. Nueva York, (publicado originalmente en 1913).

Sugiura Yamamoto, Yoko

1996 "El Epiclásico y el Problema del Coyotatelco Vistos desde el Valle de Toluca", en: *Arqueología Mesoamericana*, Homenaje a William T. Sanders; Alba Guadalupe Mastache (Coord.); Vol. I, pp. 233-255; México.

2001 "La Zona del Altiplano Central en el Epiclásico", en: *Historia Antigua de México*; Linda Manzanilla y Leonardo López Luján (Coords); Vol. II, pp. 347-390. INAH-UNAM-Grupo Editorial Miguel Ángel Porrúa. México, Segunda Edición.

Sugiura Yamamoto, Yoko y Rubén Nieto Hernández

1987 "La Cerámica con Engobe Naranja Grueso: Un Indicador del Intercambio en el Epiclásico", en: *Homenaje a Román Piña Chán*; Barbro Dahlgren et al, (Eds.); Serie Antropológica No. 79, pp. 455-466; IIA-UNAM. México.

Taube, Karl A.

1992 "The Iconography of Mirrors at Teotihuacán", en: *Art, Ideology, and the City of Teotihuacán*; Janet Catherine Berlo (Ed.); pp. 169-204; Dumbarton Oaks Research Library and Collection. Washington D.C.

2000a *The Writing System of Ancient Teotihuacán*; Ancient America, No. 1; Center for Ancient American Studies; Barnardsville N.C. y Washington D.C.

2000b "The Turquoise Hearth", en: *Mesoamerica's Classic Heritage. From Teotihuacán to the Aztecs*; David Carrasco, Lindsay Jones y Scott Sessions (Eds.), pp. 269-340; University Press of Colorado.

Thompson, J. Eric S.

1941 "A Coordination of the History of Chichén Itzá With Ceramic Sequences in Central México", en: *Revista Mexicana de Estudios Antropológicos*; Tomo V, Nos. 2-3, pp. 97-111; Sociedad Mexicana de Antropología. México.

1953 "Relaciones entre Veracruz y la Región Maya", en: *Huastecos, Totonacos y sus Vecinos*; Quinta Mesa Redonda de la Sociedad Mexicana de Antropología; Revista Mexicana de Estudios Antropológicos, T. XIII, Nos. 2 y 3, pp. 447-454. México.

1973 *The Rise and Fall of Maya Civilization*; University of Oklahoma Press, (versión revisada y actualizada de la publicación original de 1954).

Torres Rodríguez, Alfonso, Juan Cervantes Rosado y Patricia Fournier García
1999 "Las Relaciones entre el Centro y la Periferia: el Caso de las Comunidades del Clásico en la Región de Tula, México", en: *Boletín de Antropología Americana*; No. 35, pp. 73-93; Instituto Panamericano de Geografía e Historia. México.

Tozzer, Alfred M.

1921 *Excavation of a Site at Santiago Ahuizotla, D.F. México*; Bureau of American Ethnology; Bulletin 74. Smithsonian Institution. Washington.

Urcid, Javier

1993 "The Pacific Coast of Oaxaca and Guerrero: The Westernmost Extent of Zapotec Script", en: *Ancient Mesoamerica*; Vol. 4, No. 1, pp. 141-165; Cambridge University Press.

Velázquez Corichi, Gilda

1982 *Análisis Cerámico del Proyecto: Lerma Medio, Guanajuato*; Tesis de Licenciatura en Arqueología. ENAH, México.

Von Winning, Hasso y Alfred Stendahl

1972 *Pre-Columbian Art of México and Central America*; Harry N. Abrams, Inc. Publishers. Nueva York.

Weigand Phil C.

1995 "Minería Prehispánica en las Regiones Noroccidentales de Mesoamérica, con Énfasis en la Turquesa", en: *Arqueología del Occidente y Norte de México*; Eduardo Williams y Phil C. Weigand (Eds.); pp. 115-137, El Colegio de Michoacán, México.

Weitlaner, R.J.

1948 "Exploración Arqueológica en Guerrero", en: *El Occidente de México*; Cuarta Reunión de Mesa Redonda sobre Problemas Antropológicos de México y Centro América; pp. 77-84; Sociedad Mexicana de Antropología. México.

Willey, Gordon R. y Philip Phillips

1958 *Method and Theory in American Archaeology*; University of Chicago Press.

Williams, Eduardo

- 1999 "Producción de Sal en la Cuenca de Cuitzeo, Michoacán: Contribución a la Interpretación Arqueológica", en: *Arqueología y Etnohistoria. La Región del Lerma*; Eduardo Williams y Phil C. Weigand (Eds.); pp. 157-211; El Colegio de Michoacán, México.

Winter, Marcus C.

- 1989 "From Classic to Post-Classic in Pre-Hispanic Oaxaca", en: *Mesoamerica After the Decline of Teotihuacán A.D. 700-900*; Richard A. Diehl y Catherine Berlo (Eds.), pp. 123-130; Dumbarton Oaks Research Library and Collection. Washington, D.C.

- 1994 "Oaxaca: La Herencia Mixteco-Zapoteca", en: *México en el Mundo de las Colecciones de Arte*; Mesoamérica, T. I, pp. 131-182; Editorial Azabache. México.

- 1998 "Monte Albán and Teotihuacán", en: *Rutas de Intercambio en Mesoamérica*; III Coloquio Pedro Bosch Gimpera; Evelyn Childs Rattray (Ed.); pp. 153-184; UNAM, IIA. México.

Wren, Linnea H.

- 1984 "Chichén Itzá: The Site and Its People", en: *Cenote of Sacrifice. Maya Treasures from the Sacred Well at Chichén Itzá*; Clemency Chase Coggins y Orrin C. Shane III (Eds.); pp. 13-21; University of Texas Press. Austin, Texas.

Wren, Linnea H. y Peter Schmidt

- 1991 "Elite Interaction during the Terminal Classic Period: New Evidence from Chichén Itzá", en: *Classic Maya Political History*; Patrick Culbert (Ed.); pp. 199-225; Columbia University Press.

Wright Carr, David Charles

- 1999 "El Bajío Oriental durante la Época Prehispánica", en: *Arqueología y Etnohistoria. La Región del Lerma*; Eduardo Williams y Phil C. Weigand (Eds.); pp. 75-108; El Colegio de Michoacán, México.

Zeitlin, Judith Francis

- 1993 "The Politics of Classic-Period Ritual Interaction: Iconography of the Ballgame Cult in Coastal Oaxaca", en: *Ancient Mesoamerica*; Vol. 4, No. 1, pp. 121-140; Cambridge University Press.

Zepeda García, Gabriela M.

1988 "Nogales: Fortaleza Tarasca en el Estado de Guanajuato", en: *Primera Reunión Sobre las Sociedades Prehispánicas en el Centro Occidente de México. Memoria*; Cuaderno de Trabajo No. 1, pp. 299-306; Centro Regional Querétaro, INAH. México.